
Marcada
POR EL
VIKINGO
DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Marcada por el Vikingo

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

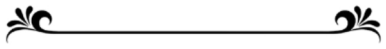
Primera edición.
Marcada por el vikingo
©Dylan Martins. Janis Sandgrouse
©mayo, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Capítulo 1



Alba

"Siempre creí que el mar terminaba donde alcanzaba la vista… hasta que entendí que en realidad empezaba ahí todo lo que aún no sabía de mí."

Nunca me gustaron las despedidas. Ni siquiera cuando era pequeña y mi abuelo Olav me prometía que volvería al día siguiente con otra historia, otra palabra rara en noruego que yo repetiría mal, otra mirada perdida hacia el horizonte que entonces no entendía. Siempre había algo en su forma de marcharse que parecía definitivo, incluso cuando no lo era.

Aquella tarde, Málaga olía a sal y a despedida.

La luz entraba por las persianas del salón de mis padres, dibujando líneas cálidas sobre el suelo. El mismo suelo donde de niña me sentaba a escuchar a mi abuelo hablar de fiordos, de inviernos interminables y de hombres que navegaban mares imposibles con más orgullo que miedo. Yo entonces no sabía que esas historias eran una herencia. Pensaba que eran cuentos. Pensaba que él simplemente necesitaba llenar silencios.

Me equivoqué.

Sostenía entre mis manos una fotografía antigua. El papel estaba algo doblado en las esquinas, como si hubiera pasado por demasiados viajes. En ella aparecía él, mucho más joven, con el rostro serio y esa mirada azul que parecía atravesarte. Detrás, un paisaje que no era Málaga. Montañas afiladas, agua oscura, casas rojas que parecían encendidas en medio del frío.

—Siempre decías que veníamos del norte… —Murmuré, más para mí que para nadie.

Mi madre, apoyada en el marco de la puerta, no respondió de inmediato. Como siempre, medía sus palabras. Y tenía esa forma elegante de sostener el silencio, como si también fuera una manera de hablar.

—No era una historia, Alba —dijo al fin—. Era su vida.

Levanté la vista hacia ella. Había algo distinto en su expresión. No era tristeza, no exactamente. Era… reconocimiento. Como si por fin estuviéramos mirando en la misma dirección.

—Nunca quiso volver —añadí, aunque no estaba segura de si era una pregunta o una afirmación.

—Quiso —respondió—. Muchas veces. Pero eligió quedarse.

Elegir. Siempre elegir. Qué palabra tan sencilla y qué peso tan enorme.

Dejé la fotografía sobre la mesa junto a otras muchas. Era extraño ver su vida repartida en imágenes: Olav en un barco, Olav en la playa con mi abuela, Olav conmigo en brazos, mirándome como si yo fuera algo más que una niña.

—*"Eres una vikinga, Alba"*— me decía—. *"Tienes el fuego de tu bisabuela."*

Yo me reía. Siempre me reía. Ahora ya no.

Mi vida en Málaga era… estable. Predecible. Bonita, incluso. Trabajaba como restauradora de arte en un pequeño taller cerca del centro. No era uno de esos lugares que salen en revistas ni tenía grandes encargos de museos internacionales, pero había algo profundamente satisfactorio en devolverle la vida a objetos que otros daban por perdidos.

Me gustaba pensar que, de alguna manera, yo también restauraba historias.

Pasaba horas en silencio, con las manos firmes y la mente viajando entre grietas, colores antiguos y capas de tiempo. A veces me preguntaba si el arte y la memoria eran lo mismo: cosas que intentamos conservar, aunque sepamos que inevitablemente cambian.

Mi jefe decía que tenía un pulso excepcional. Que veía detalles donde otros no veían nada. Yo nunca supe si eso era un talento… o una forma de no perderme del todo.

Porque perderme, me perdía. Constantemente. Sobre todo, desde que mi abuelo ya no estaba.

—¿Sigues pensando en ir?

La voz de mi prima Lara irrumpió en mis pensamientos como siempre: directa, sin rodeos.

Estaba sentada en el respaldo del sofá, con la cámara colgándole del cuello como si fuera una extensión natural de su cuerpo. Lara no sabía estar quieta. Ni física ni emocionalmente.

—Sí —respondí, sin apartar la mirada de las fotos—. Más que nunca.

—Bien —sonrió—. Porque ya he mirado vuelos.

Eso era muy ella. No preguntar si estaba segura. No cuestionar. Solo avanzar.

—¿Tan rápido?

—Alba, llevas años hablando de esto. Si no lo haces ahora, no lo vas a hacer nunca.

Quizá tenía razón. O quizá simplemente no quería dejarme pensar demasiado.

—Reine —dijo, pronunciando el nombre con un acento torpe pero decidido—. Islas Lofoten. Casas rojas, fiordos, montañas de película… y probablemente frío como para replantearte todas tus decisiones vitales.

No pude evitar sonreír.

—Perfecto, entonces.

—Además —añadió, levantando la cámara—, necesito material nuevo. Y tú necesitas respuestas. Es un trato justo.

Un trato justo.

Miré de nuevo la fotografía de mi abuelo. El mismo paisaje. Las mismas casas. El mismo silencio que ahora parecía llamarme.

—Él hablaba de ese sitio —dije—. No mucho, pero… lo hacía de una forma distinta.

—¿Distinta cómo?

—Como si no fuera un recuerdo. Como si fuera algo que todavía le pertenecía.

Lara me observó en silencio por un momento. Raro en ella.

—Entonces vamos a verlo —dijo al fin—. A ver si también te pertenece a ti.

Aquella noche apenas dormí.

Me quedé en mi habitación rodeada de cajas, fotografías y recuerdos que parecían cobrar vida en la oscuridad. Cada objeto tenía una historia, y cada historia parecía empujarme un poco más hacia el norte.

Pensé en mi padre, en su forma de protegernos sin decirlo. En mi tía Carmen, en su sarcasmo lleno de cariño. En el restaurante familiar, en el olor a comida, en las voces, en la rutina que siempre había sido un refugio… y de repente empezaba a sentirse como un límite.

Pensé en mi madre. En su mirada cuando habló de mi abuelo. En ese "era su vida". Quizá también era parte de la mía.

Y entonces lo entendí. No se trataba solo de viajar. No era una escapada ni una aventura más. Era una búsqueda. Una necesidad que llevaba años creciendo sin que yo me atreviera a nombrarla.

Quería saber de dónde venía. Quería entender por qué, cada vez que miraba el mar, sentía que había algo más al otro lado esperándome. Quería descubrir si de verdad había algo de esa "vikinga" en mí… o si solo era otra historia bonita para no olvidar.

A la mañana siguiente, el mar estaba en calma. Demasiado en calma.

Salí al balcón con una taza de café entre las manos y respiré hondo. Málaga seguía siendo Málaga: luminosa, cálida, familiar. Pero yo… ya no estaba del todo allí.

—Te vas —dijo mi madre a mi espalda.

No era una pregunta.

—Sí.

Se colocó a mi lado, mirando el horizonte.

—Tu abuelo estaría orgulloso.

Tragué saliva.

—¿Y tú?

Tardó unos segundos en responder.

—Yo también —dijo finalmente—. Pero no por irte.

La miré.

—Sino por querer entender.

Porque al final, Alba —añadió, mirándome con esa mezcla de dulzura y firmeza que siempre la definía—, lo importante no es de dónde vienes…

Hizo una pausa.

—Es qué haces con ello.

El viento sopló ligeramente, trayendo consigo ese olor a sal que siempre había sido casa. Pero esta vez, no era suficiente. Esta vez, era el principio de algo.

Y por primera vez en mucho tiempo… no tenía miedo de averiguarlo.

Salí de casa con la sensación de que todo estaba ligeramente descolocado, como si alguien hubiera movido un centímetro cada cosa durante la noche. Málaga seguía siendo la misma, sí, pero yo caminaba distinta. Más consciente. Más… despierta.

El trayecto hasta el taller siempre había sido una especie de ritual: el bullicio suave de la mañana, el olor a café recién hecho escapando de los bares, el murmullo de conversaciones que no me pertenecían pero que, de algún modo, me acompañaban. Aquella mañana, sin embargo, todo parecía tener un eco diferente.

Quizá porque ya sabía que iba a marcharme.

El taller estaba en una calle estrecha, casi escondida, como si el tiempo allí pasara más despacio por voluntad propia. Empujé la puerta de madera y el sonido de la campanilla anunció mi llegada.

—¡Buenos días, artista! —escuché desde el fondo.

Sonreí sin querer.

—Buenos días, Mateo.

Mateo era… Mateo. No había otra forma de describirlo. Tenía esa capacidad irritante y encantadora de hacer que todo pareciera más ligero. Pelo oscuro siempre despeinado, sonrisa fácil y una energía que contrastaba con la calma casi quirúrgica que requería nuestro trabajo.

Estaba inclinado sobre una mesa, examinando un marco antiguo con una concentración sospechosamente fingida.

—Llegas tarde —añadió, sin mirarme.

—Llego a mi hora.

—Tu hora es cinco minutos después de la mía. Y eso, querida Alba, es tarde.

—Querido Mateo —imité su tono—, si tuvieras algo mejor que hacer que vigilar mi puntualidad, quizá tus restauraciones no necesitarían mi supervisión constante.

Se llevó una mano al pecho, dramático.

—Eso ha dolido.

—No tanto como ese barniz mal aplicado de ayer.

—Vale, eso ha dolido más.

No pude evitar reír. Era fácil con él. Demasiado fácil, quizá.

—Oye —dijo de pronto, apoyándose en la mesa y mirándome con curiosidad real esta vez—. Tienes cara de haber tomado una decisión importante. O de haber matado a alguien. Espero que sea lo primero.

—Me voy a Noruega.

El silencio que siguió fue breve, pero lo suficientemente intenso como para notar cómo algo cambiaba en el aire.

—¿Perdón?

—A Noruega —repetí—. Con Lara. En unos días.

Parpadeó un par de veces.

—Vale… no era ninguna de las dos opciones que tenía en mente.

—Ya.

—¿Así, sin más?

—No es sin más.

Se cruzó de brazos, estudiándome.

—No… claro que no. Es por tu abuelo, ¿no?

Asentí, y Mateo suspiró suavemente, como si encajara piezas en su cabeza.

—Siempre supe que acabarías haciendo algo así.

—Algo así, ¿cómo?

—Algo valiente, o imprudente. Aún no lo tengo claro.

—Yo tampoco.

Sonrió, pero había algo distinto en su expresión. Menos broma, más verdad.

—¿Y cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Eso suena peligrosamente a "mucho".

—O a "lo necesario".

—Peor todavía.

Antes de que pudiera responder, escuchamos pasos acercándose. Julián, nuestro jefe, apareció desde la sala contigua, limpiándose las manos con un trapo.

—Espero que ese "mucho" no tenga que ver con abandonar el taller sin previo aviso —dijo, con esa voz grave que siempre imponía un poco más de respeto del necesario.

—No exactamente —respondí, acercándome a él—. Pero sí tiene que ver con irme.

Arqueó una ceja.

—Explícate.

Le conté, no todo, pero lo suficiente: Noruega, mi abuelo, la necesidad de entender y el viaje con Lara. Mientras hablaba, notaba cómo decirlo en voz alta lo hacía más real. Más irreversible.

Julián me escuchó en silencio, sin interrumpir, como siempre hacía cuando algo le importaba de verdad.

—¿Cuándo te vas? —preguntó al final.

—En unos días.

—¿Y cuánto tiempo piensas estar fuera?

—No lo sé.

Otra vez esa respuesta. Julián se pasó una mano por la barba, pensativo.

—No me gustan las incertidumbres en el trabajo.

—Lo sé.

—Pero tampoco me gusta retener a alguien que necesita estar en otro sitio.

Le miré, sorprendida.

—Así que —continuó—, vamos a hacerlo bien. Organizamos tus encargos, redistribuimos lo urgente… y cuando vuelvas, si vuelves, este sitio seguirá siendo tuyo.

Sentí algo apretarse en el pecho.

—Volveré.

—Eso dices ahora —intervino Mateo desde el fondo—. Pero todos sabemos cómo funcionan estas cosas. Se va a Noruega, conoce a un vikingo alto, rubio, misterioso…

—Mateo —le corté.

—Se enamora locamente, decide quedarse a vivir en una cabaña frente a un fiordo…

—Mateo.

—Y yo me quedo aquí, solo, reparando marcos y preguntándome qué pudo haber sido.

Julián resopló, divertido a su pesar.

—Eres insoportable.

—Pero encantador —añadió Mateo, guiñándome un ojo.

Negué con la cabeza, aunque no pude evitar sonreír.

—Tranquilo —le dije—. Si me enamoro de un vikingo, te mando una postal.

—No quiero una postal.

—Ah, ¿no?

—No. Quiero ser yo el que te haga dudar de irte con él.

Le miré, arqueando una ceja.

—¿Perdón?

Se acercó un poco más, bajando la voz con ese tono medio en broma, medio en serio que tan bien manejaba.

—Alba, seamos sinceros. Tú y yo haríamos muy buena pareja.

Solté una carcajada.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Porque soy divertido, guapo, tengo un gusto impecable para el café… y ya sé cómo trabajas, que eso en una relación es clave.

—Impresionante argumento.

—Lo sé.

—Lástima que te falte un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Que no estoy enamorada de ti.

Se llevó la mano al corazón otra vez, exagerando.

—Eso es solo porque aún no lo has intentado en serio.

—O porque te conozco demasiado bien.

—Eso también juega en mi contra, sí.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de la cuenta. No incómodo. Solo… cargado de algo que nunca terminaba de definirse.

Mateo fue el primero en romperlo, como siempre.

—En fin —dijo, volviendo a su mesa—. Cuando vuelvas de tu aventura vikinga, seguimos hablando de lo nuestro.

—Claro, claro.

—Y si no vuelves… —añadió, sin mirarme—, al menos asegúrate de que el vikingo sepa que compite conmigo.

—Seguro que le intimida muchísimo.

—Debería.

Julián negó con la cabeza, pero sonreía.

—Anda, a trabajar los dos.

El resto del día pasó entre pinceles, barnices y silencios cómodos. Pero todo tenía un matiz distinto. Cada objeto que tocaba, cada grieta que reparaba, me recordaba que pronto estaría lejos de allí. Muy lejos.

Al cerrar el taller, me quedé un momento sola dentro. Observando. Memorizando.

Había algo en ese lugar que siempre me había hecho sentir en casa. Y, sin embargo, por primera vez, no me bastaba.

Apagué las luces y salí a la calle.

El aire de la tarde era suave, casi cálido. Caminé sin prisa, dejando que la ciudad me envolviera una vez más. Pensé en mi familia, en Lara, en Mateo y sus bromas, en mi abuelo. Siempre en mi abuelo.

Reine. El nombre resonaba en mi cabeza como un eco lejano. Un lugar que nunca había visto y que, sin embargo, sentía extrañamente familiar.

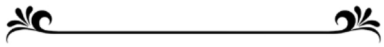
Me detuve frente al mar, el mismo mar de siempre, pero ya no era el mismo. Porque ahora sabía que al otro lado había algo más que horizonte. Había historia. Había respuestas. Había preguntas que ni siquiera sabía formular todavía.

Respiré hondo. Y entonces lo pensé, con una claridad que me sorprendió. Quizá aquel viaje no iba solo de descubrir de dónde venía. Quizá iba a enfrentar quién podía llegar a ser.

Y eso daba mucho más miedo que cualquier fiordo, cualquier montaña o cualquier historia vikinga. Porque había lugares que te cambiaban, pero había otros que te obligaban a reconocerte.

Y tenía la sensación de que Reine iba a ser uno de ellos.

Capítulo 2



Erik

"Construí una vida perfecta… tan sólida, tan ordenada, que olvidé dejar espacio para sentirla."

El silencio en mi casa no era paz. Era ausencia.

Se colaba entre los ventanales enormes, rebotaba en el acero, se deslizaba por la madera clara y terminaba asentándose en el pecho como un peso constante, casi imperceptible… hasta que dejaba de serlo.

Aquella mañana no fue diferente.

El fiordo se extendía frente a mí, inmóvil, como una pintura. El cielo gris se reflejaba en el agua con una precisión casi irritante. Todo estaba en su sitio. Todo bajo control.

Excepto lo importante.

Ajusté los gemelos de la camisa con un gesto automático mientras repasaba mentalmente la agenda del día. Reuniones, llamadas, envíos, contratos. Mi vida podía resumirse en eso sin perder ni un solo detalle relevante.

Y aun así faltaba algo. Siempre faltaba algo.

Me acerqué al escritorio antes de salir. No por necesidad. Por costumbre. La fotografía estaba donde siempre. Freya.

Cinco años. Pelo rubio claro, ojos azules imposibles, sonrisa sin reservas. En la imagen llevaba un gorro de lana demasiado grande y me miraba como si yo fuera alguien mejor de lo que realmente era.

Pasé el pulgar por el borde del marco.

—Este verano no te voy a fallar.

Mi voz sonó más baja de lo que esperaba. Más sincera. Más necesaria. Porque no era la primera vez que lo decía, pero esta vez tenía que ser diferente.

Mi empresa, la empresa familiar en realidad, había crecido más rápido de lo que cualquiera había previsto, incluido yo.

Importación y exportación de productos nórdicos: pescado, madera tratada, textiles, piezas artesanales que mantenían viva una tradición que muchos ya consideraban obsoleta. Yo no. Para mí, aquello no era solo negocio. Era legado.

Mi abuelo paterno solía decir que un hombre no era lo que tenía, sino lo que era capaz de mantener en pie cuando todo lo demás caía. Él lo decía con la calma de quien ya había sobrevivido a demasiadas cosas como para necesitar demostrar nada.

Yo aún no había llegado a ese punto, pero lo intentaba. Trabajaba más de lo necesario. Más de lo saludable. Más de lo humano. Porque mientras estaba ocupado, no pensaba.

Y cuando no pensaba, no recordaba.

—Llegas pronto —dijo Magnus, sin apartar la vista del móvil cuando entré en la oficina.

—Llego a mi hora.

—Tu hora es antes que la de cualquier persona razonable.

—Por eso esta empresa funciona.

—O por eso necesitas una vida.

Le miré y Magnus sonrió, como siempre. Ligero, despreocupado, con esa facilidad irritante para moverse por el mundo como si nada pudiera tocarle de verdad.

Éramos hermanos, pero a veces parecía que veníamos de universos distintos.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Nada —respondió—. Solo comprobar que sigues siendo igual de encantador que ayer.

—Tranquilo. No te voy a decepcionar.

Se levantó, estirándose.

—He revisado los envíos a Alemania. Todo en orden.

Asentí.

—¿Y el contrato con Oslo?

—Firmado esta mañana.

—Bien.

El silencio nos envolvió y Magnus me observó durante unos segundos más de la cuenta.

—¿Qué?

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de "estoy pensando en algo que no quiero pensar".

Apreté la mandíbula.

—No.

—Sí.

—No.

—Erik…

—Magnus.

Suspiró, rindiéndose a medias.

—Vale. Pero cuando explotes, no digas que no te avisé.

—No voy a explotar.

—Claro.

Porque yo no explotaba. Yo contenía.

A mediodía, conduje hasta casa de mis padres. Era una costumbre que no había abandonado, por mucho que mi vida hubiera cambiado. Allí, el tiempo parecía moverse a otro ritmo. Más lento. Más humano.

Mi madre abrió la puerta antes de que pudiera llamar.

—Erik.

Sonrió, y durante un segundo todo fue más sencillo.

—Hola, mamá.

Me abrazó sin pedir permiso, como siempre.

—Estás más delgado.

—Estoy igual.

—No.

Nunca ganaba esas discusiones.

Entré en la casa, dejando atrás el frío orden de la mía. Allí había calor. Olor a comida. A vida.

—Ha venido —anunció mi padre desde el salón, sin levantarse del sillón.

Lars Halvorsen. Incluso sentado, imponía. Pero sus ojos… sus ojos siempre habían sido distintos. Más tranquilos. Más sabios.

—Siempre vengo —respondí.

—No siempre.

Me quedé en silencio, porque tenía razón.

—Siéntate —dijo, señalando la silla frente a él.

Lo hice.

—¿Cómo va la empresa?

—Bien.

—¿Y tú?

Otra pregunta trampa.

—También.

Mi padre me observó en silencio. Era una de sus habilidades más incómodas: ver más de lo que yo decía.

—Te pareces cada vez más a él.

No necesitaba preguntar a quién se refería. Mi abuelo.

—Eso dicen.

—No es solo el físico —añadió—. Es la forma de mirar. De callar.

—No sé si eso es bueno.

—Depende de lo que hagas con ello.

Siempre volvía a lo mismo. A las decisiones. A lo que uno elegía ser.

—Freya viene este verano —dije, cambiando de tema.

Mi madre apareció en la puerta, interesada al instante.

—¿Aquí?

—Conmigo.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que pueda.

Mi padre asintió lentamente.

—Bien.

—Esta vez no voy a fallar.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue… significativo.

—No se trata de no fallar —dijo mi madre suavemente—. Se trata de estar.

Asentí. Pero en mi cabeza, ambas cosas eran lo mismo.

Astrid. Incluso pensar su nombre tenía un peso específico.

Nos conocimos en Oslo. Todo en ella era… impecable. Elegante, segura, brillante. Representaba exactamente el tipo de vida que yo creía querer en ese momento. Orden. Éxito. Imagen.

Nos casamos demasiado rápido y nos rompimos aún más rápido.

No hubo una gran discusión. Ni traiciones dramáticas. Solo distancia. Frialdad. Prioridades distintas que, poco a poco, dejaron de coincidir.

Cuando Freya nació, pensé que todo cambiaría. Pero no fue así.

Para Astrid, nuestra hija era algo que encajaba en su vida, siempre que no interfiriera demasiado en ella. Para mí… lo era todo.

El día que me dijo que se mudaba a París, supe que ya no había nada que salvar.

—Es lo mejor para todos —dijo.

No lo era, pero la dejé ir. Porque algunas personas no se quedaban. Y obligarlas a hacerlo solo empeoraba las cosas.

Aquella noche, volví a casa más tarde de lo habitual.

El cielo seguía claro. El sol de verano se negaba a desaparecer del todo, dejando esa luz extraña, casi irreal, que hacía que el tiempo pareciera suspendido.

Me serví un vaso de whisky y me quedé frente al ventanal. El fiordo seguía ahí, inmutable, como si nada cambiara nunca, pero yo sabía que no era cierto.

Nada permanecía igual. Ni las personas, ni las decisiones, ni los errores.

Volví a mirar la fotografía de Freya.

—*Este verano* —repetí en voz baja.

Pero esta vez no sonó como una promesa, sonó como una necesidad. Porque había cosas que ya no podía seguir aplazando. Y aunque no lo sabía aún, tenía la sensación de que algo estaba a punto de cambiar.

Algo que no podía controlar. Algo que no había planeado. Y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de querer hacerlo.

El teléfono sonó cuando el segundo vaso de whisky ya había empezado a hacer efecto.

No era habitual que alguien me llamara a esas horas. Y mucho menos por trabajo. Miré la pantalla. Era Ingrid, mi secretaria.

Descolgué.

—Dime.

—Señor Halvorsen… —Su voz sonaba tensa—. Siento llamarle tan tarde.

—Si llamas, es porque es importante.

Hubo una breve pausa al otro lado.

—Acabo de recibir un correo urgente de un cliente de España. Necesitan una entrega inmediata de salmón. Es para un evento… una boda. Al parecer, es el plato principal del menú y se están quedando sin stock.

Apoyé el vaso en la mesa sin apartar la vista del fiordo.

—¿Qué cliente?

—Restaurante Mar del Sur.

El nombre me resultaba familiar.

—Llevan años trabajando con nosotros —murmuré.

—Sí. Son clientes habituales. Bastante importantes.

Asentí para mí mismo.

—¿Plazo?

—Lo necesitan en dos días como máximo.

Dos días.

Cualquier otra empresa habría dudado. Habría negociado. Habría buscado excusas. Yo no.

—Organiza todo —dije con firmeza—. Prioridad absoluta. Por favor, asegúrate de que el primer envío salga mañana a primera hora. Si hace falta, mueve otros pedidos.

—¿Seguro?

—No podemos fallarles.

Silencio breve.

—Entendido. Me encargo ahora mismo.

—Gracias, Ingrid.

—Gracias a usted.

Colgué; el sonido del teléfono desapareció y el silencio volvió a ocupar su lugar, más denso que antes.

Cogí el vaso de nuevo y bebí despacio. Siempre había sido así. Trabajo. Decisiones. Responsabilidad. Ahí no dudaba. Ahí todo era claro.

Ojalá el resto de mi vida funcionara igual.

Me apoyé en el respaldo del sofá, dejando que el peso del día —y de los años— cayera sobre mí sin resistencia.

Astrid apareció en mi mente sin pedir permiso. Siempre impecable. Siempre perfecta. Siempre lejos.

Recordé el día en que me dijo que se marchaba. No hubo lágrimas ni reproches. Solo una conversación fría, medida, casi profesional. Como si nuestro matrimonio hubiera sido un contrato más. Y quizá lo fue. Un error bien estructurado.

Cerré los ojos y entonces, como tantas otras veces, apareció él. Mi abuelo.

Su voz grave. Su mirada tranquila. Sus manos grandes, curtidas por una vida que yo solo conocía a través de sus historias.

Había muerto hacía dos años. Y aun así seguía estando en todo.

Recordé una tarde concreta, en invierno, poco después de mi divorcio. Él estaba sentado junto al fuego, como siempre, con esa calma que parecía ajena al paso del tiempo.

—Los hombres creen que el amor es una elección sencilla —me dijo de repente, sin venir a cuento.

—¿No lo es?

Sonrió levemente.

—No. Es una batalla silenciosa.

Fruncí el ceño.

—Suena agotador.

—Lo es —respondió—. Porque no siempre eliges a la persona correcta… aunque la ames.

Me quedé callado.

—Tu abuela —continuó— estuvo entre dos hombres.

Le miré, sorprendido. Nunca había oído esa historia.

—¿Dos?

Asintió.

—Yo… y otro.

—¿Y por qué te eligió a ti?

Su sonrisa fue distinta aquella vez. Más profunda. Más… humana.

—Porque el amor no siempre es suficiente —dijo—. A veces hace falta paz. A veces hace falta verdad.

El fuego crepitó entre nosotros.

—¿Y si eliges mal?

—Entonces aprendes.

—¿Y si no quieres volver a equivocarte?

Me miró fijamente.

—Eso dicen todos antes de volver a enamorarse.

Negué con la cabeza.

—Yo no.

—¿No?

—No pienso volver a pasar por eso. —Mi voz fue más firme de lo que esperaba—. Si algo he aprendido… es que es mejor estar solo.

Mi abuelo no respondió de inmediato. Solo me observó, como si midiera el alcance real de mis palabras.

—Los dioses no funcionan así, Erik.

—No creo en los dioses.

—No hace falta creer en ellos para que jueguen contigo.

Suspiré, molesto.

—No voy a enamorarme otra vez.

—Eso no depende de ti.

—Claro que sí.

Entonces se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Escúchame bien —dijo, con una seriedad que hizo que algo en mí se tensara—. Puede que Astrid no fuera la mujer para ti. Puede que solo fuera… el camino.

Apreté la mandíbula.

—¿Y cuál se supone que es "la mujer para mí"?

Su mirada se suavizó.

—La que no tengas que convencer para que se quede.

El silencio se volvió espeso.

—¿Y cómo voy a saberlo?

Fue entonces cuando sonrió de verdad. De esa forma suya que parecía contener siglos de respuestas.

—Porque no tendrás que preguntártelo.

Negué con la cabeza.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que importa.

Me levanté, frustrado.

—No pienso vivir esperando a alguien que quizá ni exista.

Él no se movió.

—No se trata de esperar.

—Entonces, ¿de qué?

Y entonces dijo algo que, en ese momento, no entendí del todo. Pero que nunca olvidé.

—Se trata de vivir de tal forma que, cuando llegue… no seas el mismo hombre que necesitaba aprender por qué no era la anterior.

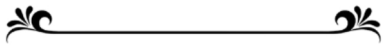
Abrí los ojos y el reflejo del fiordo seguía ahí, intacto, ajeno a todo. Terminé el whisky de un trago. Siempre había pensado que mi vida estaba definida. Cerrada. Controlada.

Trabajo. Responsabilidad. Freya. Nada más. Nada menos. Pero aquella noche algo se movía bajo la superficie. Como una grieta. Como una posibilidad.

Apoyé la cabeza hacia atrás, mirando al techo. Y por primera vez en mucho tiempo, una idea incómoda se abrió paso entre todas las certezas que había construido. Quizá no se trataba de no volver a amar. Quizá se trataba de no haber amado aún de la forma correcta.

Y eso… Eso cambiaba absolutamente todo.

Capítulo 3



Alba

"Hay viajes que haces para escapar… y otros que, sin avisar, te obligan a encontrarte."

—¿Y si todo esto es una locura?

Lo dije mirando por la ventanilla del avión, con la frente casi apoyada en el cristal frío, viendo cómo las nubes se extendían bajo nosotras como un mar blanco, infinito, ajeno a todo.

Lara ni siquiera levantó la vista de la revista que estaba hojeando.

—Las mejores historias lo son.

Sonreí, aunque no estaba segura de si eso me tranquilizaba o me inquietaba más.

—No, en serio —insistí—. Me he venido a Noruega sin saber exactamente qué busco, dejando mi trabajo, mi familia, mi vida entera… ¿Y si no encuentro nada?

Esta vez sí me miró.

—Entonces al menos habrás encontrado algo que contar.

—Muy útil, gracias.

—De nada. Para eso estoy.

Negué con la cabeza, pero la verdad era que necesitaba ese tipo de respuestas. Lara tenía una forma de simplificarlo todo que a veces resultaba irritante y otras absolutamente necesaria.

El vuelo había sido largo, pero no pesado. O quizá lo había sido y yo simplemente no me había dado cuenta. Mi cabeza no había parado ni un segundo.

Pensamientos que iban y venían. Mi abuelo. Su voz. Sus historias. Ese "eres una vikinga" que ahora resonaba con más fuerza que nunca.

Miré mis manos. Las mismas con las que restauraba cuadros, las mismas con las que había tocado tantas veces las arrugas de su rostro cuando era niña.

¿De verdad había algo en mí que pertenecía a ese lugar al que estaba yendo? ¿O solo era una necesidad de sentir que venía de algún sitio especial?

—Estás pensando demasiado —dijo Lara, como si me leyera.

—Es lo único que sé hacer bien.

—Mentira. También haces cafés horribles.

—Eso es porque tú tienes el gusto atrofiado.

—O porque tú no sabes medir el azúcar.

—El café no lleva azúcar.

—Ahí está el problema.

Reí. Y durante unos segundos, todo fue más ligero. Pero luego volví a mirar por la ventana. Y el nudo en el estómago seguía ahí.

No era miedo exactamente. Era… expectativa. De esa que no sabías si te iba a cambiar la vida o a dejar igual que estabas.

Aterrizamos en el aeropuerto más cercano a las Islas Lofoten con un cielo gris que no conseguía ocultar la luz. Era una luz distinta a la de Málaga. Más suave. Más… profunda.

—Vale —dijo Lara nada más bajar del avión, estirándose—. Hace frío.

—Qué sorpresa.

—No, pero frío de verdad.

—Estamos en Noruega, Lara.

—Ya, pero una cosa es saberlo y otra sentir que se te congelan las pestañas.

Sonreí, abrazándome a mí misma mientras caminábamos hacia la zona de alquiler de coches. Había algo en el aire. Algo limpio. Algo que olía a agua, a tierra, a… origen. No sabría explicarlo mejor.

Recogimos el coche, un modelo sencillo y práctico, y cargamos las maletas.

—Conduces tú —dijo Lara, lanzándome las llaves.

—¿Por?

—Porque yo quiero hacer fotos.

—Todavía no hemos salido del aeropuerto.

—Precisamente. Todo cuenta.

Negué con la cabeza, pero acepté. Siempre acababa aceptando.

La carretera empezó siendo normal. Asfalto, señales, algún que otro coche perdido. Pero poco a poco… todo cambió.

Las montañas aparecieron casi sin avisar. Altas, abruptas, como si hubieran surgido directamente del agua. El paisaje se abrió ante nosotras con una fuerza que me dejó sin palabras.

—Vale… —Murmuré.

Lara ya estaba con la cámara en la mano.

—No pares —dijo—. Sigue. Esto solo va a mejorar.

Y tenía razón. El agua del fiordo reflejaba el cielo con una calma hipnótica. Las casas rojas aparecían aquí y allá, como pequeñas manchas de vida en medio de tanta inmensidad.

—Esto no es real —susurré.

—Lo es —respondió Lara—. Y es solo el principio.

Conducía más despacio de lo necesario, no por prudencia, sino porque necesitaba asimilar lo que estaba viendo.

Cada curva era una sorpresa. Cada tramo, una postal. Cada segundo, algo que se me metía dentro.

—¿Estás bien? —preguntó Lara de pronto.

—No lo sé.

—Buena señal.

—No, en serio… es como si…

Me quedé callada, buscando las palabras.

—Como si esto me resultara familiar —terminé.

Lara bajó la cámara.

—Eso es muy interesante.

—O muy raro.

—O muy tú.

Seguimos avanzando.

El tiempo parecía diluirse entre montañas y agua. No sabía cuánto llevábamos conduciendo. No me importaba. Por primera vez en mucho tiempo no tenía prisa.

Y entonces lo vi. Reine.

El pueblo apareció ante nosotras como si alguien hubiera decidido colocar belleza en su forma más pura en un solo lugar. Las casas rojas junto al agua. Las montañas elevándose detrás, imponentes. El fiordo en calma, reflejándolo todo como un espejo perfecto.

Frené el coche casi sin darme cuenta.

—Alba… —Susurró Lara.

Pero yo no respondí. No podía. Tenía un nudo en la garganta que no esperaba. Los ojos me picaban.

—Es… —Intenté decir.

—Lo sé.

—No… no lo sabes.

Abrí la puerta del coche y salí.

El aire frío me golpeó el rostro, pero no me importó. Di unos pasos hacia el agua, lentamente, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper aquello. Y entonces lo sentí.

No era nostalgia. No era alegría. Era algo más profundo. Más antiguo. Como si una parte de mí, una que no sabía que existía, reconociera ese lugar. Como si hubiera tardado toda la vida en llegar allí.

—Alba…

Lara se acercó despacio.

—Estoy bien —dije, aunque mi voz no sonó del todo firme.

—No lo parece.

Reí suavemente, secándome una lágrima que había escapado sin permiso.

—Es que… no sé por qué estoy así.

—No tienes que saberlo todo.

Miré el horizonte. El agua. Las montañas. Las casas. Todo.

—Mi abuelo estuvo aquí —susurré—. Caminó por este mismo sitio… vio esto.

—Y ahora lo estás viendo tú.

Asentí.

—Decía que veníamos del norte.

—Y aquí estás.

Cerré los ojos un segundo, respiré hondo y el aire llenó mis pulmones con una claridad que nunca había sentido. Y en ese instante, lo supe.

No era solo un viaje. No era solo una búsqueda. Era… algo más. Algo que aún no entendía. Algo que acababa de empezar.

Abrí los ojos y, mientras observaba aquel lugar que parecía sacado de un sueño, un pensamiento se abrió paso entre todas las emociones, claro, inevitable. Quizá no había venido a descubrir mis raíces. Quizá había venido a descubrir quién era sin todo lo que siempre había creído ser.

Y eso… Eso daba vértigo. Pero también, por primera vez en mucho tiempo, me hacía sentir completamente viva.

El coche avanzó despacio por el pequeño camino de grava hasta detenerse frente a la casa. Mi casa. Bueno… nuestra casa durante aquel viaje. Pero en cuanto la vi, supe que esa distinción iba a ser difícil de mantener.

—Vale —dijo Lara, bajándose del coche—. Si esto es una broma, no tiene ninguna gracia.

No respondí, estaba demasiado ocupada mirando.

La cabaña era exactamente como la había imaginado y, aun así, infinitamente mejor.

De madera roja, con ese tono cálido que contrastaba de forma casi mágica con el paisaje frío que la rodeaba. El techo inclinado parecía abrazar el cielo, y los grandes ventanales reflejaban el fiordo como si formara parte de la propia casa.

Había un pequeño porche de madera, con dos sillas y una mesa sencilla. Un lugar hecho para sentarse, respirar… y no pensar en nada más.

—Alba… —Murmuró Lara—. Esto es ridículamente bonito.

—Lo sé.

Cogí aire y caminé hacia la puerta, sintiendo cómo cada paso tenía algo de irreal.

Cuando la abrí, el interior me envolvió. Calor. Ese fue el primer pensamiento.

Un calor suave, acogedor, que contrastaba con el aire frío del exterior. La chimenea de piedra estaba encendida, crepitando con una calma hipnótica. El suelo de madera clara crujía ligeramente bajo nuestros pasos.

—Madre mía… —Susurró Lara.

El salón era sencillo, pero perfecto. Un sofá amplio cubierto con mantas de lana, cojines en tonos neutros, una pequeña mesa de madera con velas… todo parecía colocado con una intención tranquila, sin esfuerzo.

La cocina, al fondo, era pequeña pero funcional. Utensilios colgados, una encimera limpia, una ventana que daba directamente al agua.

—Voy a llorar —dijo Lara.

—No llores.

—Es que míralo.

—Lo estoy mirando.

—No, pero míralo bien.

Reí suavemente.

Subimos al pequeño altillo donde estaban las habitaciones. Camas cómodas, ropa de cama blanca, mantas gruesas. Todo olía a limpio, a nuevo… y a hogar.

—No nos vamos a ir nunca —sentenció Lara.

—Llevamos aquí cinco minutos.

—Suficiente.

Bajamos de nuevo justo cuando escuchamos unos golpes suaves en la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Lara.

—No.

Abrí y allí estaba ella. Una mujer de unos cincuenta y tantos años, rellenita, con mejillas sonrosadas y una sonrisa tan amable que, sin conocerla de nada, ya transmitía confianza.

—Hola —dijo, con un acento curioso—. Vosotras sois Alba y Lara, ¿sí?

Parpadeé.

—Sí… ¿Habla español?

—¡Sí! —respondió, orgullosa—. Un poco… bueno, bastante.

Lara apareció a mi lado, igual de sorprendida.

—Esto no me lo esperaba.

La mujer rio.

—Mi sobrina se casó con un hombre de Madrid. Banquero. Muy serio —añadió, bajando la voz como si fuera un secreto—. Entonces… toda la familia aprendimos español.

—¿Para hablar con él? —pregunté, divertida.

—Sí. Pero él habla inglés perfectamente.

Nos miramos las dos y estallamos en una sonora carcajada.

—Entonces… ¿Por qué aprender español?

La mujer se encogió de hombros.

—Porque es bonito. Y porque ahora podemos cotillear delante de él.

Eso nos hizo reír aún más.

—Soy Sigrid —añadió—. La casa es vuestra. Si necesitáis algo… estoy cerca.

—Es preciosa —dije, sincera—. De verdad.

—Me alegro —respondió con una sonrisa cálida—. Este lugar… es especial.

Asentí, sintiendo que tenía razón sin saber exactamente por qué.

Nos dio un par de indicaciones más y se despidió con un gesto amable. Cuando cerré la puerta, Lara se giró hacia mí lentamente.

—Vale.

—¿Qué?

—Esto ya es demasiado perfecto.

—¿El qué?

—La casa, el paisaje… y ahora una noruega que habla español porque quiere cotillear delante de su cuñado.

—La vida a veces tiene sentido del humor.

—Pues que siga así.

Nos dejamos caer en el sofá casi al mismo tiempo.

—Estoy agotada —dije.

—Yo no. Yo estoy emocionada.

—Eso también.

Hubo un silencio breve.

—Oye —dijo Lara, girándose hacia mí—. Prométeme algo.

—Depende.

—Que si aquí pasan cosas raras… me despiertes.

—¿Qué tipo de cosas raras?

—Yo qué sé. Apariciones vikingas, sueños extraños, hombres misteriosos saliendo del fiordo…

—Claro, claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo también: si veo a un vikingo salir del agua, salgo corriendo.

—Cobarde.

—Realista.

Reímos, y en ese momento, todo se sintió ligero.

Un rato después, con las maletas medio deshechas y la casa ya un poco más nuestra, hicimos la videollamada.

Mi madre apareció primero en la pantalla, seguida de la madre de Lara.

—¡Pero bueno! —exclamó la mía—. ¡Mirad esas caras!

—Eso mismo digo yo —añadió la de Lara—. Estáis guapísimas.

—Eso es porque estamos en Noruega —dijo Lara—. Aquí todo mejora.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mi madre.

—Genial —respondí—. Largo, pero bien.

—Y la casa… —Intervino Lara, girando el móvil para enseñar el salón—. Mirad esto.

Hubo un silencio al otro lado.

—Pero qué maravilla… —Susurró mi madre.

—Yo quiero ir —dijo mi tía sin dudar.

—Cuando queráis —respondí, sonriendo.

—Os mandaré fotos y vídeos —añadió Lara—. Vais a flipar.

—Eso, eso —dijo mi madre—. Pero sobre todo… disfrutad.

—Y tened cuidado —añadió mi tía—. Que esas tierras son muy bonitas, pero también muy… intensas.

—Mamá… —Suspiró Lara.

—Lo digo en serio.

Mi madre sonrió, con ese brillo divertido en los ojos.

—Y una cosa más.

—A ver…

—Como os enamoréis de un vikingo y decidáis quedaros allí… os desheredamos.

Hubo un segundo de silencio y luego, las cuatro empezamos a reír.

—Mamá, por favor —dije—. No me voy a enamorar de un vikingo.

—Nunca digas nunca —respondió.

—Yo sí —intervino Lara—. Si se me cruza uno tipo Ragnar… yo me lo pienso.

—¿Ragnar? —preguntó su madre.

—El de la serie.

—Ah.

—Pues como sea igual de problemático que en la serie, mejor que no —añadió mi madre.

Más risas. Más ligereza. Más hogar, incluso a kilómetros de distancia.

Cuando colgamos, la casa volvió a quedarse en silencio, pero ya no era el mismo silencio. Era… cálido.

Me acerqué al ventanal. El fiordo seguía ahí, inmenso, tranquilo, reflejando un cielo que parecía no querer oscurecer del todo. Apoyé la frente en el cristal y pensé en todo.

En Málaga. En mi abuelo. En ese viaje. En lo que estaba buscando, aunque aún no supiera exactamente qué era. Y, sin saber muy bien por qué, pensé en el amor.

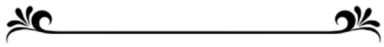
Esa palabra que durante tanto tiempo había creído entender hasta que dejó de tener sentido. Hasta que alguien a quien había llamado "el amor de mi vida" me demostró que, en realidad, apenas sabía lo que significaba.

Cerré los ojos un instante porque quizá el amor no era lo que había vivido. Quizá no era quedarse por costumbre, ni prometer sin cumplir, ni construir algo que se rompe en silencio. Quizá era otra cosa.

Algo más grande. Más difícil. Más real. Y tal vez… solo tal vez… aquel lugar no solo iba a enseñarme de dónde venía.

Sino también cómo debía sentirse de verdad algo que mereciera llamarse amor.

Capítulo 4



Erik

"Aprendí a llenar cada minuto de mi día… para no enfrentarme a lo que me esperaba en el silencio."

El despertador no llegó a sonar. Abrí los ojos unos segundos antes, como siempre. Mi cuerpo ya no lo necesitaba. Años de disciplina, de rutina, de control absoluto sobre cada parte de mi vida habían convertido el descanso en una función más, no en un placer.

Miré el techo, respiré hondo y, durante ese breve instante entre el sueño y la acción, sentí algo que no me gustaba reconocer. Vacío.

Pero duró poco. Y me levanté.

La casa seguía en silencio mientras me vestía. Todo estaba en su sitio. Demasiado en su sitio. La camisa perfectamente planchada, el reloj donde lo había dejado, los documentos organizados con precisión milimétrica.

Orden externo. Caos interno. El contraste era… constante.

Me serví un café solo y me acerqué al ventanal. El fiordo estaba cubierto por una ligera niebla aquella mañana. Más denso. Más cerrado. Más acorde a cómo me sentía.

Di un sorbo. Amargo. Perfecto.

A las siete en punto ya estaba en la oficina.

El edificio, moderno y funcional, reflejaba exactamente lo que era mi empresa: eficiencia sin adornos innecesarios. Nada superficial. Nada emocional. Nada que no sirviera a un propósito.

—Buenos días, señor Halvorsen —saludó Ingrid desde su mesa en cuanto entré.

—Buenos días.

—Tiene la videollamada con Alemania en veinte minutos y la de Japón a las diez. He reorganizado parte de la agenda por el envío urgente a España.

Asentí.

—¿Todo listo?

—Sí. El primer cargamento sale en unas horas.

—Bien.

No añadí nada más. No hacía falta.

Entré en mi despacho y dejé la chaqueta en el respaldo de la silla. Abrí el portátil, revisé correos, confirmé cifras, ajusté detalles.

Todo fluía. Todo encajaba. Ahí no había dudas.

La reunión con Alemania fue directa. Técnica y precisa, como debía ser.

—Necesitamos garantizar los tiempos de entrega —dijo el cliente al otro lado de la pantalla.

—Los tendrá —respondí—. Como siempre.

—El volumen ha aumentado.

—Nuestra capacidad también.

—Confiamos en ello.

—Y no les fallaremos.

Nunca lo hacíamos.

Colgué. Sin emoción, sin desgaste. Solo resultados.

La videollamada con Japón fue distinta. Más formal. Más estructurada.

—Halvorsen-san —saludó el representante con una leve inclinación de cabeza—. Apreciamos su rapidez en la respuesta.

—Es parte de nuestro compromiso.

—El mercado valora la consistencia.

—Y nosotros la garantizamos.

Hablamos de cifras, de expansión, de logística. De futuro. Siempre de futuro. Nunca de presente.

—Necesitas relajarte.

La voz de Magnus llegó antes que él. Entró en el despacho sin llamar, como siempre.

—Necesitas aprender a llamar antes de entrar —respondí sin levantar la vista.

—Eso mataría mi esencia.

—Tu esencia es el problema.

Se dejó caer en la silla frente a mí, cruzando las piernas con una despreocupación casi ofensiva.

Magnus, mi hermano pequeño. Rubio más claro que yo, sonrisa constante, mirada viva. Donde yo era control, él era impulso. Donde yo medía, él improvisaba. Y, en contra de toda lógica, funcionábamos.

—He cerrado lo de Suecia —anunció.

—Lo sé.

—¿No vas a felicitarme?

—Has hecho tu trabajo.

—Eres increíble.

—Lo sé.

Sonrió.

—¿Sabes qué te pasa?

—No.

—Que necesitas divertirte.

—Tengo cosas más importantes que hacer.

—Siempre dices eso.

—Porque es cierto.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo que no estuviera en tu agenda?

—Todo lo que hago está en mi agenda.

—Exacto.

Le miré por fin.

—¿A qué has venido, Magnus?

—A salvarte.

—No necesito que me salven.

—Eso también lo dices siempre.

Antes de que pudiera responder, abrió uno de mis cajones y sacó una tableta de chocolate que ni siquiera recordaba tener.

—¿En serio? —dije.

—Necesitas azúcar.

—Eso es mío.

—Ahora es nuestro.

Le di un golpe seco en la mano.

—Compórtate.

—Relájate.

Durante unos segundos, el despacho dejó de ser un espacio de trabajo y se convirtió en algo más… humano. Más caótico. Más vivo.

—Algún día te vas a enamorar —dijo de pronto y le miré.

—No.

—Sí.

—No.

—Apuesto a que sí.

—Pierdes.

Sonrió.

—Eso está por ver.

A la hora de comer, Ingrid llamó a la puerta.

—Sus padres están aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Aquí?

—Sí. Han dicho que era una sorpresa.

Suspiré.

—Claro que sí.

Magnus se levantó de un salto.

—¡Perfecto! Plan improvisado.

—No.

—Sí.

—No.

—Pues va a ser que sí, hermano.

Y, como siempre, lo fue.

Mis padres nos esperaban en la recepción.

Mi madre, Solveig, sonreía como si aquello fuera la mejor idea del mundo. Y probablemente lo era, al menos para ella. Cálida, cercana, con esa capacidad de hacer que cualquier espacio se sintiera como un hogar.

Mi padre, Lars, estaba a su lado, imponente incluso en silencio. Pero con esa mirada tranquila que siempre decía más de lo que parecía.

—Erik —saludó mi madre, abrazándome sin previo aviso.

—Hola, mamá.

—Estás trabajando demasiado.

—Siempre.

—Eso no es una virtud.

Mi padre asintió.

—Vamos a comer —dijo Magnus—. Antes de que Erik intente volver a su cueva.

No protesté. No tenía sentido.

El restaurante era sencillo. Tranquilo. Nos sentamos y por un momento todo pareció normal.

—¿Cómo va la empresa? —preguntó mi padre.

—Bien.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre es cierto.

—No todo es la empresa —intervino mi madre.

—Para él sí —añadió Magnus.

—No.

—Sí.

Suspiré.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Freya —dijo mi madre de inmediato.

Y todo cambió.

—¿Cuándo llega? —preguntó.

—En unas semanas.

—Tengo tantas ganas de verla…

—Yo también.

Mi voz salió más baja. Más real.

—Este verano será diferente —añadí.

Mi padre me miró.

—¿Por qué?

—Porque voy a estar.

—Eso es lo único que importa —dijo mi madre suavemente.

Magnus sonrió.

—Vamos a hacer mil cosas —añadió—. Excursiones, paseos, le voy a enseñar a pescar…

—No —interrumpí.

—¿No?

—Primero aprenderás tú.

—Detalles.

Reímos, y durante unos minutos todo fue fácil. Simple. Como si la vida pudiera ser solo eso.

Al volver a la oficina, el ritmo retomó su curso.

Reuniones. Decisiones. Resultados. Pero algo había cambiado. Algo casi imperceptible. Pero estaba ahí.

Esa noche, de vuelta en casa, me detuve frente al ventanal.

El fiordo estaba en calma. Siempre en calma. Pensé en el día. En el trabajo. En Magnus. En mis padres. En Freya. Y por primera vez en mucho tiempo, una idea se abrió paso entre todas las demás. Quizá mi vida no estaba incompleta. Quizá estaba incompleta de la forma equivocada.

Porque había construido algo sólido. Algo estable. Algo que funcionaba. Pero no necesariamente algo que se sintiera.

Y la diferencia era mucho más grande de lo que había querido admitir.

Me quedé en silencio, observando el reflejo del agua. Y entendí algo que no había querido ver hasta entonces. El control no siempre era fortaleza. A veces era solo una forma elegante de evitar lo que de verdad importaba.

La casa estaba en silencio otra vez. Pero ya no era el mismo silencio de siempre.

Aún llevaba encima el eco del día: las voces, las risas de Magnus, la calidez de mi madre, la mirada firme de mi padre. Era extraño cómo unas pocas horas podían alterar una rutina tan sólida.

Me quité la chaqueta, aflojé el nudo de la corbata y me serví otro whisky. Más por costumbre que por necesidad.

El fiordo, al otro lado del cristal, reflejaba una luz suave que parecía no querer apagarse del todo.

Entonces vibró el móvil. Miré la pantalla y, al ver el nombre de Astrid, mi mandíbula se tensó por inercia.

Pero descolgué. Y entonces apareció ella.

—¡Papá!

Freya. Con una sonrisa enorme, el pelo algo despeinado y esos ojos azules que siempre parecían demasiado brillantes para este mundo.

Y, como siempre, todo lo demás desapareció.

—Hola, pequeña.

Mi voz cambió sin que pudiera evitarlo. Más suave. Más real.

—¡Mira! —acercó la cara a la cámara—. Me he hecho dos trenzas yo sola.

—Impresionante.

—¿A que sí?

—Creo que dentro de poco me vas a enseñar tú a peinarme.

Se rio. Ese sonido… era lo más cercano a la paz que conocía.

—¿Estás en casa? —preguntó, mirando alrededor.

—Sí.

—¿En la de Reine?

—Sí.

—¡Quiero ir ya!

Sonreí.

—Falta poco.

—Quiero hacer muchas cosas contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Como cuáles?

Se quedó pensativa un segundo.

—Quiero pescar.

—Bien.

—Y montar en barco.

—También.

—Y correr.

—Eso siempre.

—Y dormir contigo en el sofá viendo pelis.

Esa me pilló desprevenido.

—Eso suena como el mejor plan de todos.

Asintió con entusiasmo.

—Y quiero que me cuentes historias.

—¿De qué tipo?

—De esas tuyas… de hombres con espadas.

Sonreí.

—Guerreros.

—Eso.

—Puedo hacerlo.

—Pero que no den mucho miedo.

—Intentaré que no.

Se acercó más a la cámara, bajando la voz como si fuera un secreto.

—Aunque si estoy contigo… no pasa nada.

Tragué saliva.

—No, no pasa nada.

Hubo un breve silencio, pero no incómodo. Nunca lo era con ella.

—Te echo de menos —dijo de pronto.

Directo. Sin filtros. Como solo los niños sabían hacerlo.

—Yo más.

—Eso no vale.

—Claro que vale.

—No, porque yo soy pequeña.

—Precisamente por eso, yo tengo que echarte más de menos.

Frunció el ceño, pensando.

—Bueno… vale.

Reí, y durante unos segundos fui otra persona. No el empresario ni el hombre que controlaba todo. Solo… su padre.

—¿Y mamá? —pregunté finalmente.

Freya hizo una pequeña mueca.

—Ha salido.

Algo dentro de mí se tensó.

—¿Con quién?

—Con Jean Pierre.

El nombre cayó como una piedra.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tenían una cena.

—¿Y tú?

—Me he quedado en casa.

—¿Sola?

—No —respondió rápido—. Con las niñeras.

Claro. Siempre las niñeras.

Apreté la mandíbula, sin que ella lo notara.

—Era un evento importante —añadió, repitiendo claramente palabras que no eran suyas—. De vestidos nuevos.

Cerré los ojos un segundo. Vestidos. Eventos. Prioridades.

Mi hija… no estaba en esa lista.

—¿Y querías ir? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No mucho.

Mentía mal. Como todos los niños.

—Aquí haremos cosas mejores.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vale.

Y en ese "vale" había más confianza de la que merecía. Más fe de la que había demostrado hasta ahora.

Seguimos hablando un rato más. De cosas pequeñas. De dibujos, de juegos, de lo que había comido, de lo que quería hacer. De todo y de nada. Pero cada segundo importaba.

—Papá…

—Dime.

Se quedó en silencio unos instantes.

—¿Sabes lo que siempre digo antes de dormirme?

Negué suavemente.

—¿El qué?

Sonrió. Esa sonrisa suya, la que siempre me desarmaba.

—Que, aunque estés lejos… eres mi sitio favorito.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. No estaba preparado para eso. Nunca lo estaba.

Me incliné un poco hacia la pantalla.

—Y tú el mío —respondí, con la voz más baja—. Siempre.

Sus ojos brillaron.

—¿Siempre, siempre?

—Siempre, siempre.

—Vale.

Se quedó mirándome, como si necesitara grabar ese momento en algún sitio invisible.

—Te quiero, papá.

Cerré los ojos un segundo.

—Te quiero, Freya.

—Mucho.

—Más.

—No se puede más.

—Contigo sí.

Se rio, y esa risa… fue lo último que escuché antes de que la llamada terminara.

La pantalla se apagó y el silencio volvió. Pero esta vez… dolía.

Me quedé mirando el móvil unos segundos más. Luego, casi sin darme cuenta, abrí la galería.

Su foto. La misma que tenía en el despacho. Pasé el pulgar por la pantalla, recorriendo su sonrisa como si pudiera tocarla de verdad. Y sonreí. Pero no era una sonrisa cualquiera.

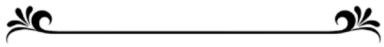
Era una decisión. Porque por primera vez en mucho tiempo lo tenía claro.

No iba a seguir siendo un visitante en la vida de mi hija. No iba a aceptar llamadas a deshoras desde una casa que no era la mía mientras otros ocupaban el lugar que me correspondía. Esta vez no.

Apreté el móvil ligeramente y, mientras el reflejo del fiordo se mezclaba con la imagen de Freya en la pantalla, lo pensé con una certeza absoluta. Esta vez iba a luchar.

Por ella. Por nosotros. Por lo que siempre debió ser. Y no iba a parar hasta traerla de vuelta a casa.

Capítulo 5



Alba

"A veces no necesitas que pase algo extraordinario… basta con sentirte viva en un lugar que no sabías que te estaba esperando."

Me desperté antes de que sonara el despertador. No por costumbre, como en Málaga. Sino porque la luz ya estaba allí.

Entraba por la ventana con una suavidad extraña, casi irreal. No era la luz intensa y directa del sur, sino algo más difuso, más… envolvente. Como si el día no empezara del todo, pero tampoco terminara nunca.

Abrí los ojos lentamente y, durante unos segundos, no recordé dónde estaba. Hasta que lo vi.

El fiordo. Ahí, frente a mí, como si alguien hubiera decidido colocar una postal viva justo al otro lado del cristal.

—Vale… —Murmuré—. Esto sigue siendo real.

—¿Qué hora es? —gruñó Lara desde la otra cama.

—No lo sé.

—Eso no es una respuesta válida.

—Es que aquí el tiempo es raro.

Se incorporó, despeinada, con cara de haber dormido como una piedra.

—¿Sigue ahí?

—¿El qué?

—El paisaje ese ridículamente bonito.

Me giré hacia la ventana.

—Sigue.

Se levantó de golpe.

—Perfecto. Hoy hacemos turismo intensivo.

—¿Eso qué significa?

—Significa que te vas a convertir en modelo sin haberlo pedido.

—No.

—Sí.

—No.

—Por supuesto que sí.

Suspiré.

—Sabía que este viaje tenía letra pequeña.

—Y yo que ibas a caer.

Después de un desayuno improvisado a base de café, pan, algo de queso y muchas risas porque Lara decidió que el cuchillo "tenía personalidad agresiva", salimos.

El aire era frío, pero limpio. De ese que parece aclararte la cabeza con cada respiración.

—Vale, primera parada —dijo Lara, cámara en mano—. Camina.

—¿Hacia dónde?

—Da igual. Todo es bonito.

Y tenía razón. Reine no era un lugar que se recorriera, se absorbía.

Las casas rojas, el agua tranquila, las montañas vigilándolo todo desde arriba. Cada rincón parecía diseñado para detenerte. O para perderte.

—Ponte ahí —ordenó Lara de repente.

—¿Dónde?

—Ahí. Donde el agua. Sí. Perfecto.

—Lara…

—Shhh. Confía en mí.

Me coloqué donde me decía, cruzando los brazos para protegerme del frío.

—Sonríe.

—No soy modelo.

—Hoy sí.

—Esto es chantaje emocional.

—Totalmente.

Hizo varias fotos.

—Vale, ahora mira al horizonte.

—¿En plan reflexivo?

—Sí, pero sin parecer que estás sufriendo.

—Difícil.

—Venga.

Lo hice. Y sin darme cuenta, dejé de posar. Simplemente miré.

El agua. Las montañas. El cielo. Y algo en mí se relajó.

—Esa —dijo Lara—. Esa es.

—¿Cuál?

—En la que no estás fingiendo.

No respondí. Pero supe que tenía razón.

Seguimos caminando durante horas. Riendo. Haciendo fotos. Comentando cada detalle como si fuera el primero.

En un momento dado, nos encontramos con un pequeño museo al aire libre que recreaba la vida vikinga.

Casas de madera, herramientas antiguas, barcos reconstruidos.

—Prima… —dijo Lara, mirándome con una sonrisa divertida—. Que tus antepasados vivían así. Como en la serie.

—No me lo recuerdes.

—¿Te imaginas haber nacido en esa época?

La miré, alzando una ceja.

—Sí. Probablemente estaría intentando no morirme de frío o huyendo de alguien con un hacha.

Lara soltó una carcajada.

—O conquistando territorios.

—Claro. Yo, con este frío, conquistando cosas.

—Nunca se sabe.

—Prefiero mi calefacción.

Entramos en una de las construcciones. El interior era sencillo. Rústico. Práctico. Pero tenía algo.

—Es curioso… —Murmuré.

—¿Qué?

—No me parece extraño.

Lara me miró.

—Eso es muy poco normal.

—Ya.

—Pero mola.

Sonreí.

—Sí. Mola.

Al salir, Lara se quedó en silencio unos segundos, mirando alrededor.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Si pudiera elegir un sitio para vivir que no fuera Málaga… sería este.

La miré.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Por?

Se encogió de hombros.

—Porque esto… es paz.

Miré a mi alrededor. Y por primera vez, entendí exactamente a qué se refería.

Acabamos en un pequeño restaurante con vistas al fiordo. Acogedor. De madera. Con ese tipo de ambiente que te invita a quedarte más tiempo del previsto.

—Vale —dijo Lara, abriendo la carta—. Esto promete.

—Traduce.

—Voy.

Terminamos pidiendo varios platos para compartir.

—Primero… salmón fresco.

Cuando lo trajeron, entendí por qué era tan famoso. Color intenso, textura suave, acompañado de una salsa ligera y eneldo.

—Esto no es salmón —dije tras probarlo—. Esto es otra cosa.

—Esto es felicidad —respondió Lara.

Reí. Luego llegó el bacalao seco, preparado con patatas y mantequilla. Sabor fuerte, profundo.

—Esto sabe a historia —comenté.

—Y a mar.

—Mucho mar.

También probamos el *rakfisk*, pescado fermentado.

—Vale… esto huele raro —dijo Lara.

—Mucho.

—Pero lo voy a probar.

Lo hizo y se quedó en silencio.

—¿Y?

—No sé si me gusta… pero no puedo dejar de comerlo.

Reí.

—Eso es peligroso.

Terminamos con unos bollos de canela calientes y café.

—Esto sí —dijo Lara—. Esto es mi religión.

—La única en la que confío.

Seguimos caminando después. Más fotos. Más risas. Más momentos absurdos, como cuando Lara intentó subirse a una roca "para una toma épica" y casi se cae.

—No te rías.

—Es que ha sido increíble.

—Podría haber muerto.

—Pero no lo has hecho.

—Detalles.

A última hora, entramos en una pequeña cafetería junto al fiordo. Acogedora. Luz cálida. Madera. Silencio suave. Nos sentamos junto a la ventana.

—No hagas fotos —le advertí.

—No prometo nada.

Cinco segundos después escuché el clic.

—Lara…

—Es que estás perfecta con esa luz.

—Estoy despeinada.

—Eso es parte del encanto.

—No tengo encanto.

—Claro que tienes.

Negué con la cabeza. Pero sonreí.

Cuando salimos, el día seguía ahí. Como si no quisiera terminar. Caminamos de vuelta en silencio, más tranquilas. Más… llenas. Y entonces lo pensé. Sin buscarlo. Sin querer evitarlo.

El amor. Esa palabra que había definido tantas cosas en mi vida… y que ahora parecía completamente distinta. Porque lo que yo había vivido no era esto.

No era calma. No era verdad. No era sentirse en casa sin tener que forzarlo. Quizá el amor no era lo que había creído. Quizá no era intensidad sin sentido ni promesas que se rompen en silencio. Quizá era algo más profundo. Más sencillo. Más real.

Y tal vez, solo tal vez, aún no lo había conocido de verdad. Y esa idea por primera vez no me daba miedo.

Me daba esperanza.

El aire de la tarde había dado paso a una noche clara, de esas en las que el cielo no llega a oscurecer del todo en Noruega, sino que se queda suspendido en una especie de penumbra azulada que parece eterna.

Caminábamos sin prisa por una de las calles cercanas al fiordo, todavía comentando fotos, anécdotas y tonterías del día.

Lara iba delante, cámara colgando, energía intacta como si no hubiéramos andado durante horas.

Yo, en cambio, empezaba a notar el cansancio agradable de haber vivido demasiado en un solo día.

Fue entonces cuando la música nos alcanzó.

Salía de un bar pequeño, de madera oscura, con luces cálidas en el interior y ventanas empañadas. Risas, voces y un murmullo animado escapaban hacia la calle.

Lara se detuvo en seco.

—Vale… esto lo tenemos que ver.

—No.

—Sí.

—No.

—Alba, es un bar en Noruega. No un pacto de sangre.

—Estoy cansada.

—Te tomas algo y te vuelves más cansada pero feliz.

La miré con resignación.

—Eso no tiene sentido.

—En la vida nada tiene sentido, prima.

Suspiré.

—Cinco minutos.

—Hecho.

Entramos y el calor del interior nos envolvió de inmediato. Había madera por todas partes, música suave mezclada con conversaciones en varios idiomas y un ambiente acogedor que contrastaba con el frío exterior.

—Esto está genial —dijo Lara, ya escaneando el lugar con la mirada de fotógrafa.

—Esto está lleno de gente.

—Mejor.

—Peor.

Nos acercamos a la barra y pedimos dos bebidas sin demasiado criterio, más por tradición turística que por otra cosa.

—¿A que ha sido buena idea? —preguntó Lara.

—No, la verdad.

—La ha sido, porque aquí tal vez conozcamos a alguien que nos dé un poquito de calor del bueno, ya me entiendes. —Elevó ambas cejas y volteé los ojos.

—Para calentarme ya tengo la chimenea y las mantas de la casa.

—Y yo mi satisfayer, pero no es lo mismo.

—¿Te ha traído el satisfayer?

—Prima, nunca hago un viaje por trabajo sin llevarlo porque las noches son muy solitarias.

Y entonces lo escuchamos. Una risa ronca, grave y segura, demasiado cerca.

Nos giramos y vi que dos hombres se acercaban desde el fondo del local. Eran altos. Muy altos. Abrigos oscuros. Presencia imposible de ignorar, incluso en un sitio lleno de gente.

Uno de ellos sonreía con una seguridad casi descarada. Pelo rubio oscuro, mirada divertida, como si el mundo entero le resultara ligeramente entretenido.

El otro… no sonreía. Y eso fue lo primero que me llamó la atención.

Cabello rubio más oscuro, casi ceniza bajo la luz del bar. Mandíbula marcada. Postura firme, controlada. Ojos azules, fríos y profundos, que no parecían buscar atención… pero la imponían igual.

Fue su mirada lo que me atravesó primero. No lo entendí en ese momento. Solo sentí algo extraño. Como un tirón breve en el pecho.

El hombre que sonreía habló primero, acercándose un poco más a nosotras. Su español era perfecto, pero con un acento marcado, suave en algunas sílabas.

—Es mucho más divertido usar a tu amiguito en buena compañía que sola, *vakre* —le dijo a Lara, y yo parpadeé.

Lara frunció el ceño al instante.

—¿Qué me has llamado, pedazo de imbécil?

El hombre sonrió aún más, como si su reacción le divirtiera.

—Tal vez al final de la noche te lo diga.

Le hizo un guiño descarado y, sin esperar respuesta, pasó por nuestro lado junto al otro hombre. El que no sonreía. El que no habló. El que, aun así, dejó una huella más fuerte que cualquier palabra. Porque en el momento en que pasó junto a mí… me miró. Solo un segundo, pero suficiente.

Sus ojos azules se cruzaron con los míos como si el resto del bar hubiera desaparecido. No había expresión evidente en su rostro. No había gesto. No había intención clara. Pero había algo. Algo imposible de nombrar.

Como si me hubiera reconocido. Como si yo también debiera reconocerle. Como si ese instante no fuera nuevo… sino repetido. Y cuando pasó, el aire cambió.

Sin explicación. Sin lógica. Simplemente… cambió.

Los dos hombres siguieron hacia el fondo del bar y se perdieron entre la gente. Lara me dio un pequeño golpe en el brazo.

—Vale… no pensaba que aquí fueran tan directos los lugareños. Y mucho menos que hablaran español.

No respondí. Seguía mirando hacia donde habían desaparecido.

—Tendremos que hablar en susurros —añadió ella, divertida—. Porque si no, nos van a entender todo.

Seguía sin responder.

—Alba.

—Sí… sí.

Pero no estaba realmente allí. Estaba en sus ojos. En ese segundo. En esa sensación imposible de explicar.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

Lara me observó un instante más.

—Vale… esto va a ser interesante.

Se giró hacia la barra, ya volviendo a su modo habitual. Pero yo no. Yo seguía quieta. Con la sensación pegada a la piel. Como si algo dentro de mí hubiera reconocido algo que aún no sabía nombrar.

Cuando salimos del bar un rato después, el aire frío de la noche nos golpeó de nuevo. Lara iba hablando, animada, comentando lo surrealista del encuentro.

—No me esperaba encontrarme noruegos que hablaran tan bien español —decía—. Esto es nivel internacional.

—Sí…

—Y además maleducados. Aunque el rubio tenía algo…

—Ajá…

—Oye, Alba.

Me detuve.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

La miré. Abrí la boca y la cerré, porque no sabía qué decir. No era algo que pudiera explicar. No era lógico. No era razonable. Solo… una sensación.

La imagen de esos ojos azules volvió a mi mente con una claridad inquietante. Como si ya los hubiera visto antes. Como si ya me hubieran mirado así en otro momento. En otro lugar. En otra vida, incluso.

Negué ligeramente con la cabeza.

—Nada —dije al final.

Lara me observó unos segundos.

—Vale… pero eso no te lo compro.

Sonreí débilmente.

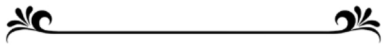
—Yo tampoco.

Y seguimos caminando. Pero mientras avanzábamos por las calles silenciosas de Reine, con el fiordo reflejando una luz imposible y el viento moviéndose suave entre las casas rojas, yo seguía pensando en él.

En el hombre que no sonreía. En la forma en la que me miró. Y en la extraña certeza, completamente irracional, de que aquello no había sido solo un encuentro casual.

Sino el principio de algo que todavía no sabía nombrar.

Capítulo 6



Erik

"Hay noches en las que no decides salir… simplemente acabas fuera de tu propia rutina sin saber muy bien cómo."

—No.

La respuesta salió antes de que Magnus terminara de quitarse el abrigo.

—Sí.

—He dicho que no.

—He oído perfectamente que has dicho que no.

Se dejó caer en el sofá de mi salón como si fuera suyo, que en realidad casi lo era.

—Entonces el problema es que no estás escuchando lo que te estoy diciendo —añadió.

—Estoy cansado.

—Mentira.

—Tengo trabajo.

—Mentira más grande todavía.

Lo miré.

—Ayer ya salí.

Magnus sonrió como si hubiera esperado exactamente ese argumento.

—Ayer no saliste por diversión.

—Salí.

—Fuiste a hablar con un cliente de Reine.

Silencio.

—Eso no cuenta como salir —sentenció.

Me serví un vaso de agua sin responder.

—Erik —continuó—, no puedes convertir cada interacción humana en una transacción comercial.

—Funciona.

—Funciona hasta que te conviertes en un mueble caro con corbata.

Le miré de reojo.

—Eres muy dramático.

—Soy realista.

Suspiré.

—No me apetece.

Magnus se levantó, acercándose.

—Freya está con su madre este fin de semana.

No respondí.

—Y tú estás aquí, solo, mirando el fiordo como si te fuera a dar conversación.

—No estoy solo.

—Estás tú contigo mismo. Es peor.

Apreté la mandíbula.

—¿Qué quieres?

Sonrió.

—Que cenes conmigo.

—Ya he cenado.

—No has cenado. Has picoteado.

Le ignoré.

—Vamos —insistió—. Cinco minutos fuera de tu cueva no te van a matar.

—Sí pueden.

—Exagerado.

Lo pensé unos segundos.

—Cinco minutos —cedí al final.

Magnus levantó los brazos en triunfo.

—¡Victoria!

—No lo celebres.

—Lo celebro porque es raro que gane contigo.

—No has ganado nada.

—Ya veremos.

El restaurante estaba lleno de vida, pero sin ruido excesivo. Madera oscura, luz cálida, olor a comida tradicional noruega. Nos sentamos junto a una ventana.

—Bienvenido al mundo exterior —dijo Magnus.

—Ya he estado aquí antes.

—Hace mucho que no.

No respondí. El camarero nos trajo la carta. Magnus pidió sin dudar.

—Yo quiero *fårikål*, *rakørret*, y si tienen *reinsdyrstek*, también.

Miré la carta.

—Exceso de entusiasmo.

—Se llama disfrutar.

Al final acepté lo que él había elegido. Comida típica del norte.

Fårikål, que era cordero guisado con col, sencillo pero intenso. *Rakørret*, una trucha fermentada, de sabor fuerte y peculiar. *Reinsdyrstek*, carne de reno asada, tierna y muy característica de la región. *Kjøttkaker*, albóndigas noruegas con salsa y patatas.

Cuando trajeron los platos, Magnus ya estaba hablando.

—He revisado los envíos de la semana.

—Lo sé.

—Y el cliente de España sigue siendo prioritario.

—Siempre lo es.

—Ese restaurante…

—Mar del Sur.

Asentí.

—Sí. Buen cliente.

—Hablando de clientes —añadió Magnus—, Astrid sigue igual.

Mi mandíbula se tensó ligeramente.

—No me interesa.

—Te interesa porque es Freya.

Eso sí. Me recosté en la silla.

—No ha cambiado nada.

—¿Ni siquiera un poco?

Negué.

—Las niñeras siguen cuidándola la mayor parte del tiempo. Ella aparece cuando le conviene. Eventos, viajes, cenas.

Magnus frunció el ceño.

—Eso no es cuidar a una hija.

—Lo sé.

—Erik…

—No hace falta que lo digas.

—Voy a decirlo igual.

Le miré.

—Haz algo.

—Lo estoy intentando.

—No, estás aguantando.

Silencio.

—Desde que se la llevó… —continuó— todo es igual.

Asentí lentamente.

—El juez debería saberlo.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es.

Apreté los cubiertos con más fuerza de la necesaria.

—Ella lo hizo para hacerme daño.

—Y lo consiguió.

No respondí porque era verdad.

—Freya estaría mejor contigo —añadió—. Todo el mundo lo sabe. Incluso Astrid.

Eso dolió más de lo que esperaba.

—Ella nunca lo admitiría.

—No hace falta que lo admita. Se nota.

Dejé el vaso sobre la mesa.

—No voy a convertir esto en una guerra.

—Ya lo es —respondió Magnus.

Cuando terminamos de cenar, el ambiente entre nosotros había cambiado. Más serio. Más denso. Pero Magnus, como siempre, no se quedó ahí.

—Vamos a tomar algo.

—No.

—Sí.

—No.

—Erik.

—He dicho que no.

—No es trabajo.

Lo miré.

—No es trabajo.

—Exacto. Es social.

Suspiré.

—Eso no es lo mío.

—Por eso mismo necesitas practicar.

Lo pensé unos segundos. Otra vez.

—Cinco minutos —cedí.

Magnus sonrió.

—Otra victoria.

Y acabamos en el mismo bar de la noche anterior. La música, las luces cálidas, el ambiente relajado. Demasiado reciente en mi memoria.

Entramos y entonces las vi. Las dos mujeres españolas. Reconocibles incluso entre la multitud.

La más alta, rubia oscura, cámara colgando del cuello, moviéndose con energía constante. Hablaba con las manos, reía fácil. La otra… Se me detuvo algo en el pecho sin aviso.

Cabello castaño oscuro, ondas suaves, piel cálida, expresión curiosa incluso cuando estaba quieta. Pero fueron sus ojos los que volvieron a atraparme. Miel. Profundos. Demasiado familiares para ser reales.

Me quedé mirándola un segundo más de la cuenta. Sin intención. O quizá sí. Porque había algo en ella que no encajaba con la lógica.

Era imposible. Era turista. Era española. Estaba de paso. Y aun así…

Ayer. Hoy. Ese mismo pensamiento. Como si ya la hubiera visto antes. Como si su mirada no fuera nueva.

Magnus me dio un codazo.

—Vale…

—¿Qué?

—Te has quedado mirando a esa mujer más de lo que deberías.

—No la estaba mirando a ella.

Di un sorbo a la copa. Demasiado lento. Demasiado consciente. Magnus sonrió.

—Ah, vale. Entonces es preocupante.

Le miré.

—¿Por qué?

—Porque justo al lado hay un tipo bastante alto y con pinta de rudo de verdad.

Hizo una pausa.

—Espero que no me confieses ahora que te gustan los hombres de pelo en pecho.

Solté una media sonrisa. Y lo mandé a la mierda con la mirada.

—Cállate.

Volví a mirar hacia ellas. Esta vez más disimulado.

La del cabello castaño con ondas naturales reía por algo que decía su amiga. Se movía con naturalidad, sin saber que estaba siendo observada. Y, sin embargo, volvió a girar ligeramente la cabeza. Solo un instante.

Nuestros ojos se cruzaron otra vez y fue exactamente igual que la noche anterior. Un segundo suspendido. Un reconocimiento imposible. Como si el tiempo se hubiera equivocado de lugar.

Aparté la mirada primero. Por lógica. Por control. Por sentido común. Pero dentro algo no encajaba.

Magnus siguió hablando, pero ya no lo escuchaba del todo. Volví a mirarla de reojo. Y pensé lo mismo que la noche anterior.

Imposible. No la conocía. No podía conocerla. Pero mis ojos… mis ojos no estaban tan seguros como mi cabeza. Y eso… era un problema.

—Vamos.

La voz de Magnus me sacó de mis pensamientos.

—No.

—Sí.

—No.

Me giré hacia él, cansado.

—No voy a acercarme.

Magnus suspiró como si yo fuera un caso perdido.

—Erik… de verdad. Tienes que socializar con la especie humana más a menudo.

—Socializo.

—No. Tú interactúas con tu asistente, con directivos y con gente que firma contratos. Eso no es socializar, eso es supervivencia corporativa.

—Es suficiente.

—No, no lo es.

Se inclinó hacia mí, bajando la voz.

—Y además… necesitas echar un polvo antes de que tu amiguito se atrofie.

Lo miré en silencio. Un segundo. Dos.

—¿Ese es tu argumento final?

Magnus sonrió.

—Es bastante sólido.

Negué con la cabeza.

—Eres un idiota.

—Pero tengo razón.

Me levantó del sofá casi a la fuerza.

—Vamos.

—Magnus.

—Erik.

—No.

—Sí.

Suspiré y cedí. Como siempre con él.

—Esto es una pérdida de tiempo.

—Esto es vida.

—Esto es humillación social.

—Es práctica.

—Es ridículo.

—Es necesario.

Resoplé.

—Si me arruinas la noche…

—Te invito a otra copa.

—Eso no compensa nada.

Magnus sonrió.

—Ya veremos.

Nos acercamos a la mesa. Las dos mujeres nos miraron cuando nos detuvimos frente a ellas. La rubia fue la primera en hablar.

—¿Sí?

Magnus fue directo.

—Perdón por interrumpir. Mi hermano aquí presente llevaba mirándoos un rato y me parecía deprimente dejarlo seguir sin intervención humana.

Le lancé una mirada asesina.

—Magnus…

—Yo soy Magnus —añadió sin hacerme caso—. Él es Erik.

La mujer del cabello castaño parpadeó ligeramente cuando escuchó mi nombre. Solo un segundo, pero lo noté.

Ella fue la siguiente en hablar.

—Yo soy Alba.

—Lara —añadió la otra, con una sonrisa inmediata.

Magnus se apoyó ligeramente en la mesa.

—¿Y qué hacéis aquí exactamente? ¿Estáis de vacaciones?

Lara respondió primero, animada.

—Sí. Viaje de turismo. Yo soy fotógrafa.

—¿En serio? —preguntó Magnus, encantado.

—Y ella es restauradora de arte —añadió señalando a Alba.

—Interesante —dijo él.

Yo no hablé al principio. No lo necesitaba. Mis ojos estaban en ella. Otra vez. Alba.

—¿Y vosotros? —preguntó Lara.

Magnus abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, hablé.

—Desconectando del trabajo.

Magnus me miró de reojo.

—Subestimas tu capacidad de resumir la vida humana —bromeó.

No le seguí el juego. Alba me observaba ahora directamente. No con descaro. Con curiosidad.

La conversación siguió fluyendo de forma extraña pero natural.

Magnus hablaba con Lara como si la conociera de antes. Ella le seguía el ritmo sin esfuerzo, riéndose fácil, moviéndose con esa energía que parecía no agotarse.

—¿Bailas? —preguntó Magnus a Lara de pronto.

—Claro.

Y se fueron. Literalmente. Sin más.

Me quedé mirando cómo desaparecían entre la gente.

—Tu hermano es muy… intenso —comentó Alba.

—Siempre.

Se hizo un silencio. No incómodo, solo… distinto. Más lento. Más consciente. Nos quedamos solos.

La miré. Y ella me miró. Esta vez no aparté la vista. No sabía por qué.

—Desde anoche —dijo de pronto— tengo una sensación extraña.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Qué tipo de sensación?

Sonrió un poco.

—Como si te hubiera visto antes.

El aire cambió. Otra vez.

—No es posible —respondí, más rápido de lo habitual—. No nos hemos visto nunca.

Lo dije con lógica. Con firmeza. Con control. Pero dentro algo se tensó.

Ella bajó la mirada un segundo, pensativa.

—Ya… eso pensaba.

Tomé un sorbo de la copa.

—Eres turista.

—Sí.

—Estás de paso.

—Sí.

Asentí. Más para mí que para ella.

—Entonces es imposible.

Ella sonrió. Y esa sonrisa… me molestó más de lo que debería. Porque no era una sonrisa cualquiera. Era una que no pedía permiso.

—A veces —dijo ella— no sabes realmente quién es la persona con la que estás hablando.

La miré. Más atento.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Nada profundo. Solo… que todos contamos una versión de nosotros mismos.

No respondí. Porque era demasiado cierto como para negarlo. Su móvil vibró. Miró la pantalla.

—Perdona… es mi madre.

Se levantó ligeramente.

—Ahora vuelvo.

Asentí. Se alejó y la seguí con la mirada sin querer hacerlo.

Magnus volvió a la mesa unos minutos después, riéndose.

—Esa chica es peligrosa.

—¿Por qué?

—Tu amigo vikingo aquí ha estado a punto de hablar con una mujer sin calcular consecuencias.

—No me jodas.

—Estabas mirando a Alba más de la cuenta, hermano, eso es que te gusta.

No respondí. Magnus se dejó caer en la silla.

—Tiene carácter la rubia.

—Lara.

—Sí, esa.

—¿Y tú?

—Yo estoy bailando.

—Obvio.

Volví a mirar hacia la pista. Alba no estaba. Magnus me dio un golpe en el hombro.

—Eh.

—¿Qué?

—La otra.

—¿Qué pasa con ella?

Sonrió.

—Admite que la has estado mirando más de lo normal.

—No.

—Sí.

—No.

—Erik…

—No la estaba mirando a ella.

Magnus se echó a reír.

—Vale, esto es preocupante.

—¿Por qué?

—Porque entonces es que tienes un problema con el concepto de "mirar".

Y sin decir nada más, se fue de nuevo a la pista con Lara.

Volví a girarme y entonces la vi otra vez. Alba regresaba y su mirada me encontró antes que la mía la suya. Y otra vez… esa sensación. Como si el mundo entero se detuviera en un punto concreto que no tenía explicación.

—Ya estoy —dijo ella.

Asentí.

—Bien.

Se sentó y nos quedamos en silencio. Pero esta vez fue un silencio distinto. Más… cercano.

—Mi abuelo era noruego —dijo ella entonces—. Así que yo soy mitad noruega.

Eso me hizo mirarla con más atención.

—No sabía eso.

Sonrió.

—Descendiente de vikingos, según él.

Algo en eso me hizo arquear ligeramente la ceja.

—Eso sí que no lo esperaba.

—Hay muchas cosas que no sabemos de nosotros mismos.

La miré. Más de lo necesario. Y por primera vez, no aparté la vista.

—No pensaba que fueras… —Empecé —mitad noruega.

—No lo parezco, ¿no?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Nada.

Tomé un sorbo de la copa. Ella me observó y sonrió otra vez. Como si entendiera algo que yo no decía.

—A veces las personas no son lo que parecen cuando las miras por primera vez —dijo suavemente.

No respondí. Porque no tenía respuesta. Solo una certeza incómoda creciendo en algún sitio que no controlaba.

—¡Alba! ¡Ven! —la llamó su prima Lara.

Ella se giró hacia la pista. Luego hacia mí.

—Perdona…

Asentí. Se levantó.

—Ha sido… curioso conocerte.

—Igualmente.

Se quedó un segundo más. Y luego se fue.

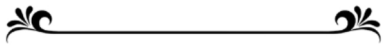
Me quedé solo, otra vez. Pero no era exactamente lo mismo. Porque su ausencia… no era silencio. Era ruido. Uno que no sabía cómo apagar.

Miré la copa. Luego la pista. Luego el sitio donde había estado sentada. Y pensé en algo que no quería pensar.

Que no había forma lógica de que ella estuviera allí. Ni de que yo la hubiera mirado así. Ni de que sintiera esto. Porque era imposible.

Y aun así no lo era del todo.

Capítulo 7



Alba

"Hay noches que empiezan siendo normales… y terminan convirtiéndose en algo que no sabes cómo nombrar."

Esa fue una de ellas.

No sabría decir en qué momento exacto dejó de ser simplemente una salida con Lara para convertirse en… otra cosa. Quizá fue en el instante en que volví a cruzar su mirada. O quizá antes. Quizá desde el principio.

Porque había algo ahí. Algo que no tenía sentido. Y aun así no podía ignorarlo.

La música vibraba en el suelo bajo mis pies cuando Lara me agarró de la mano y me arrastró hacia la pista.

—¡Venga, Alba! —gritó por encima del ritmo—. ¡Deja de pensar!

—¡No estoy pensando! —mentí.

Lara soltó una carcajada.

—¡Claro que sí! Tienes esa cara de "estoy analizando mi existencia y la de los demás".

—No tengo esa cara.

—La tienes desde que el vikingo intenso te ha mirado como si te conociera de otra vida.

Se me escapó una risa breve.

—No me ha mirado así.

Lara arqueó una ceja mientras empezaba a moverse al ritmo de la música.

—Alba… por favor.

No respondí. Porque no podía. Porque en el fondo sabía que tenía razón.

Empezamos a bailar. Al principio, de forma ligera, casi automática. El cuerpo siguiendo la música sin pensar demasiado. Lara era todo energía, todo impulso. Se movía con una libertad que siempre me había fascinado. Como si el mundo no pesara sobre ella.

Yo necesitaba unos minutos. Pero luego algo se soltó. Siempre pasaba.

La música hacía eso conmigo. Me quitaba capas. Me hacía olvidar. Y durante unos minutos… lo conseguí.

Reímos. Giramos. Lara hizo uno de sus movimientos exagerados que me obligó a empujarla entre carcajadas.

—¡Eres ridícula!

—¡Pero divertida!

—Eso no lo niego.

—Admítelo, sin mí tu vida sería aburridísima.

—Sin ti tendría más paz mental.

—Mentira. Me echarías de menos en dos días.

—En uno —corregí, sin pensar.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Vale, retiro lo de aburrida.

La voz masculina apareció a nuestro lado antes de que lo viéramos acercarse. Magnus. Se movía con una naturalidad descarada, como si el mundo entero fuera su terreno de juego.

—Gracias —respondí con media sonrisa.

—Aunque creo que tu prima tiene más mérito —añadió, señalando a Lara.

—Siempre lo tengo —dijo ella, sin dudar.

Magnus la miró con interés evidente. Y ahí fue instantáneo. Esa chispa. Ese tipo de conexión que no necesita presentación.

—¿Siempre sonríes así? —preguntó él.

—Solo cuando merece la pena.

Magnus sonrió más.

—Entonces voy a esforzarme por merecerlo.

—Buena suerte con eso.

—No la necesito.

—Eso ya lo veremos.

Me crucé de brazos, observándolos con diversión.

—Vale, voy a sobrar aquí en breve.

—No —dijo Lara sin mirarme—. Tú te quedas.

—Sí —añadió Magnus—. Esto es más divertido en grupo.

—Claro, claro… excusas.

Pero me quedé. Porque era verdad. Era divertido.

Y bailamos los tres. Magnus tenía ese tipo de energía que arrastra. No era tan explosivo como Lara, pero sí igual de libre. Sabía moverse, sabía bromear, sabía hacer que todo pareciera ligero.

Y durante unos minutos lo fue. Me reí de verdad. Sin pensar. Sin analizar. Sin sentir ese tirón constante hacia otro sitio. Pero duró poco. Porque, sin darme cuenta, volví a mirar.

Estaba allí. Apoyado en la barra. Copa en mano. Mirando. No directamente, pero tampoco del todo disimulado.

Erik. El simple hecho de pensar su nombre hizo algo extraño en mi pecho. Fruncí ligeramente el ceño. ¿Por qué? ¿Por qué me pasaba esto?

No tenía sentido. No lo conocía. No lo había visto en mi vida. Y, aun así, esa sensación seguía ahí. Persistente. Molesta. Familiar. Como una palabra en la punta de la lengua que no consigues recordar.

—Te has ido otra vez.

La voz de Lara me devolvió al momento.

—¿Qué?

—Tu cabeza —dijo—. Se ha ido.

—No.

—Sí.

Magnus intervino, divertido.

—¿Tiene nombre ese sitio al que se va?

—Sí —respondió Lara sin dudar—. Se llama "el vikingo serio".

—Interesante.

—No es eso —protesté.

—Claro que no —dijo Magnus—. Seguro que estás pensando en… arte.

—Exacto.

—Y casualmente ese arte mide metro noventa y tiene cara de no sonreír nunca.

No pude evitar reír.

—Sois insoportables.

—Pero tenemos razón —dijo Lara.

Negué con la cabeza.

—No lo conoces.

—No necesito conocerlo —respondió ella—. Te conozco a ti.

Eso me hizo callar un segundo.

La música cambió. Más lenta. Más envolvente. Y entonces… todo cambió otra vez.

—Vale… esto no me lo esperaba.

La voz de Magnus sonó sorprendida. Seguí su mirada y lo vi. Erik caminaba hacia nosotros. Directo. Sin dudar. Sin esa distancia fría de antes.

Algo en mi estómago se tensó.

—¿Está… viniendo hacia aquí? —preguntó Lara.

—Sí —respondió Magnus—. Y ahora mismo estoy más sorprendido que vosotras.

Erik se detuvo frente a nosotros. Su presencia era otra cosa. Más cercana. Más intensa.

—Magnus —dijo.

—Erik —respondió él, aún con media sonrisa incrédula—. No sabía que sabías dónde estaba la pista de baile.

Silencio, y luego Magnus añadió:

—La última vez que te vi bailar fue el día de tu boda.

Y ahí todo se detuvo. Mis ojos se abrieron ligeramente sin que pudiera evitarlo. Casado. Claro. Tenía todo el sentido del mundo.

De hecho, lo raro habría sido lo contrario. Un hombre así… No pasaba desapercibido. No era de los que se quedaban solos. Las mujeres estarían locas si le dejaran escapar. Y, aun así, algo dentro de mí no reaccionó como esperaba.

No fue indiferencia. No fue lógica. Fue… otra cosa.

Erik habló entonces. Y lo hizo mirándome.

—De eso hace mucho tiempo. Estoy divorciado.

Sus ojos seguían en los míos.

—Legalmente… y con muchos kilómetros de por medio.

El silencio se hizo denso. Demasiado. Y entonces lo vi. Ese pequeño gesto. Ese fruncir de ceño. Como si él mismo se preguntara por qué había dicho eso. O por qué me lo había dicho a mí. O por qué me estaba mirando así.

Sentí un ligero vuelco en el estómago. Otra vez.

—Bueno… —dijo Magnus, rompiendo la tensión—. Esto sí que no me lo esperaba.

Lara sonrió, mirando entre uno y otro.

—Pues yo sí —murmuró.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

—Sí —respondió—. Esta noche está siendo rara desde el principio.

No supe qué decir. Porque tenía razón.

Erik me miró directamente.

—¿Bailas?

La pregunta fue simple. Pero el efecto… no lo fue. Lo miré un segundo. Luego asentí.

—Vale.

Y sin saber muy bien por qué… dejé que me llevara.

Su mano no fue invasiva y tampoco fue brusca. Fue firme y segura. Como si no dudara ni un segundo de que yo iba a aceptar. Y eso me desconcertó más de lo que debería.

La pista parecía distinta ahora. O quizá era yo. Porque la música seguía siendo la misma, la gente también, Lara seguía riéndose con Magnus a unos metros… Pero todo se sentía más… enfocado. Más reducido.

Como si el espacio se hubiera estrechado solo para nosotros dos.

Erik no dijo nada al principio. Y yo tampoco. Nos movimos al ritmo de la música sin necesidad de palabras. Era una canción lenta, pero no demasiado. Lo suficiente para obligarte a acercarte… pero no a esconderte.

Su mano en mi cintura. La mía apoyada en su hombro. Distancia corta. Respiración cercana. Y aun así había algo contenido. Como si los dos estuviéramos midiendo cada milímetro.

—No pareces alguien a quien le guste bailar.

La frase salió de mí sin previo aviso. Quizá porque el silencio empezaba a pesar. Quizá porque necesitaba comprobar si su voz sonaba igual de cerca. Él bajó ligeramente la mirada hacia mí.

—No lo soy.

—Entonces estás haciendo un gran esfuerzo.

—No tanto.

—Tu hermano parece pensar lo contrario.

Una ligera curva apareció en su boca. No era exactamente una sonrisa, pero se acercaba.

—Magnus exagera.

—Creo que no en esto.

—¿No?

Negué suavemente con la cabeza.

—Se le ve genuinamente sorprendido.

Erik soltó una exhalación leve, casi una risa contenida.

—Eso es porque no suelo… hacer esto.

—¿Esto, el qué?

—Improvisar.

Eso me hizo mirarle con más atención.

—¿Y ahora estás improvisando?

—Sí.

—No lo parece.

—Lo es.

Silencio. Pero no incómodo. Solo… cargado.

Giramos ligeramente con el ritmo. Mi mano rozó la suya de otra forma. Más directa. Más consciente. Y fue ahí, otra vez, cuando lo sentí.

Esa sensación. Ese maldito *déjà vu*. Como si mi cuerpo reconociera algo que mi cabeza rechazaba.

Fruncí el ceño sin darme cuenta.

—¿Qué pasa?

Su voz bajó un poco. Más cercana. Más atenta.

—Nada.

—No parece nada.

Suspiré suavemente.

—Es… una tontería.

—Dímela.

Le miré directamente.

—Tengo la sensación de que ya he estado aquí. Contigo.

El aire cambió. Otra vez.

Erik no apartó la mirada. Pero algo en sus ojos se tensó.

—No es posible.

—Ya lo sé.

—Entonces…

—Entonces no tiene sentido —terminé por él.

Silencio. Pero esta vez no era neutro. Era denso. Pesado. Casi eléctrico.

—A mí me pasa lo mismo.

Lo dijo más bajo. Más lento. Como si no estuviera seguro de querer decirlo. Parpadeé.

—¿Qué?

—Esa sensación.

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

—Pero acabas de decir que no es posible.

—Y no lo es.

—Entonces estamos los dos un poco… mal.

Esa vez sí sonrió. Y fue distinto. No fue grande ni una sonrisa abierta, pero fue real. Y le cambió completamente la cara.

Sin darme cuenta… yo también sonreí.

—Deberías hacer eso más a menudo.

Las palabras salieron solas. Sin filtro.

—¿El qué?

—Sonreír.

Le sostuve la mirada.

—Tienes una sonrisa preciosa. Creo que deberías usarla más… y no estar siempre tan serio.

El silencio que siguió fue diferente. No incómodo ni tenso, solo inesperado.

Erik me miró unos segundos más de la cuenta. Como si estuviera procesando algo. O como si no supiera muy bien qué hacer con lo que acababa de oír.

—Tú también.

Parpadeé.

—¿Yo qué?

—Deberías sonreír más.

Fruncí ligeramente el ceño, divertida.

—Yo sonrío bastante.

—No siempre.

—Ah, ¿no?

—No cuando piensas demasiado.

Eso me dejó en silencio un segundo.

—¿Y tú cómo sabes cuándo pienso demasiado?

—Se nota.

—¿En qué?

—En la mirada.

Otra vez eso. La mirada. Siempre la mirada.

La canción terminó, pero ninguno de los dos se apartó inmediatamente. Como si romper ese pequeño espacio costara más de lo esperado. Finalmente, él habló.

—¿Quieres otra copa?

Asentí.

—Sí.

Y no dudé.

Nos alejamos de la pista. Sentí la mirada de Lara al pasar. Y su sonrisa. Esa sonrisa de "luego me cuentas todo".

Magnus, a su lado, parecía igual de interesado. Negué ligeramente con la cabeza, divertida. Ya habría tiempo para eso.

Nos sentamos en una mesa más apartada. Más tranquila. La música llegaba más suave allí. Como un eco.

Erik pidió las copas sin preguntarme demasiado. Y, curiosamente, acertó.

—Tu hermano es… intenso.

—Lo sé.

—Pero divertido.

—También.

—Y muy sociable.

—Demasiado.

Sonreí.

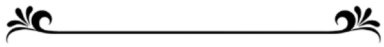
—El equilibrio perfecto contigo.

—Eso dice él.

—Y tiene razón.

No respondió, pero no lo negó.

Capítulo 8



Alba

Hubo un pequeño silencio. De esos que no incomodaban, pero que abrían la puerta a algo más.

Y entonces, él habló.

—Me casé joven.

No lo dijo como una confesión ni como una historia ensayada, lo dijo como un dato. Pero su tono no era indiferente.

Lo miré con atención, sin interrumpir, simplemente estando ahí.

—Todo fue rápido —continuó—. Nos conocimos, empezamos a salir y en poco tiempo parecía lógico dar el siguiente paso.

Asentí levemente.

—Eso siempre pasa.

—Sí —se quedó callado un segundo, pensativo—. Después vino el embarazo.

Algo en su voz cambió ahí. Muy sutil, pero suficiente para que me diera cuenta.

—Freya.

El nombre salió distinto. Más suave. Más… suyo. Y lo vi. Literalmente. Lo que le había dicho antes.

Sus ojos brillaban y, sin darme cuenta, sonreí.

—Se nota que la quieres.

Él me miró.

—¿Sí?

—Mucho. Te brillan los ojos cuando hablas de ella.

El silencio se quedó entre nosotros, pero no era incómodo.

Erik bajó ligeramente la mirada hacia la copa.

—Es lo único que… —Se detuvo—. Es lo más importante que tengo —corrigió y sonó sincero.

No dije nada, porque no hacía falta.

—Cuando nació —continuó—, todo cambió.

—Claro.

—Pensé que… —Negó suavemente con la cabeza—. Da igual.

—No —me miró—. Puedes contármelo.

—Pensé que todo encajaría. Pero no fue así.

No sonaba como quien podía contar algo como si fuera una víctima de lo ocurrido. Era honesto y eso lo hacía más fuerte.

—El divorcio llegó rápido —añadió—. Más rápido de lo que esperaba.

—Lo siento.

Asintió levemente.

—Se la llevó.

Ahí sí. Algo se tensó.

—A París.

—Y tú te quedaste aquí.

—Sí. Mi trabajo está aquí. Es una empresa familiar y ahora está en mis manos y en las de Magnus.

Asentí y me quedé mirándola, mientras él sostenía su copa, le daba vueltas despacio y la observaba.

—La veo —continuó—. Viajo cuando puedo.

—Pero no es lo mismo.

Negó.

—No. Y cuando estoy con ella… —Apretó ligeramente la mandíbula —. No puedo evitar pensar en el momento en que tenga que volver a irme.

Eso dolía, se notaba, sin necesidad de exagerar.

—Debe ser muy duro.

—Lo es. Pero es peor no verla.

Asentí. No había mucho más que decir.

Lo observé unos segundos. Con más calma, más atención. Y entendí algo. Ese hombre frío, controlado y distante no era completo sin esa parte.

Sin esa grieta.

—Es una niña con suerte.

Él levantó la mirada.

—¿Por qué?

—Porque tiene un padre que la quiere así.

Sonreí suavemente.

—Y eso no es tan común como debería.

El silencio que siguió fue distinto. Más cálido y cercano.

—¿Y tú?

Parpadeé.

—¿Yo?

—¿Qué haces aquí realmente?

Sonreí.

—Turismo.

—Eso ya lo sé.

—He venido por mi abuelo.

—El noruego.

—Sí.

—¿Y es tu primera vez aquí?

Asentí.

—Sí.

—Entonces… —Hizo una pausa—. No conoces nada todavía.

Negué.

—No demasiado.

Erik apoyó ligeramente los codos en la mesa.

—Podría enseñarte el pueblo.

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Por qué?

La pregunta salió sin filtro, y él frunció ligeramente el ceño. Otra vez ese gesto. Como si no tuviera del todo clara la respuesta.

—Porque hay sitios que no aparecen en las guías. Y merecen la pena.

Lo miré más de lo necesario, otra vez.

—Y sola no los encontrarías.

No respondí de inmediato, porque había algo en esa propuesta que no era solo turística.

Y mientras lo miraba, volvió esa sensación. Más fuerte. Más clara. Y mucho más imposible.

Como si ese momento no fuera nuevo. Como si, de alguna forma extraña, ya hubiera pasado.

Y eso no tenía ningún sentido.

Y no es que no supiera qué decir a esa propuesta, sino que por primera vez en toda la noche… me dio la sensación de que cualquier respuesta iba a significar algo más de lo que parecía.

Y eso me descolocó.

Lo miré de verdad esta vez. Sin distracciones. Sin la música de fondo ocupando todo el espacio. Sin Lara riéndose cerca. Sin Magnus haciendo comentarios.

Solo él, Erik, y esa forma suya de sostener la mirada como si no tuviera prisa, pero tampoco intención de apartarla.

—No suena mal —dije al final y su expresión no cambió demasiado.

Pero algo en sus ojos sí. Una especie de asentimiento silencioso.

—No es una visita turística —añadió.

—Me lo imaginaba.

—No voy a enseñarte lo típico.

—Mejor. No me gusta lo típico.

—Lo sé.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Cómo que lo sabes? —pregunté, y Erik volvió a hacer ese gesto.

Ese leve fruncir de ceño. Ese instante en el que parecía cuestionarse a sí mismo.

—Lo supongo —corrigió, pero no sonó a suposición. No del todo.

Incliné ligeramente la cabeza, observándole.

—Eres raro.

La frase salió sin malicia, casi como una constatación. Él soltó el aire con un leve suspiro.

—Eso dice Magnus.

—Pues Magnus tiene buen ojo.

—A veces.

—¿Solo a veces?

—Depende de si me conviene.

Sonreí.

—Qué honesto.

—Soy práctico.

—Yo diría, controlador.

Ahí sí me miró directamente. Más serio.

—¿Eso te molesta?

Sostuve su mirada.

—Todavía no.

Y de nuevo ese silencio. Como si cada frase fuera midiendo terreno.

Di un pequeño sorbo a la copa.

—¿Y qué clase de sitios son esos que no aparecen en las guías?

—Tranquilos.

—Eso suena bien.

—Aislados.

—Eso suena mejor.

—Reales.

Le miré.

—Eso suena peligroso.

—Lo es.

No supe muy bien por qué, pero sonreí.

—¿Y llevas a muchas turistas a esos sitios "reales"?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y por qué a mí sí?

Otra vez, la pregunta salió sola. Erik no respondió de inmediato. Y ese pequeño retraso dijo más que cualquier frase.

—No lo sé —respondió, pero esta vez sí sonó honesto.

Bajé la mirada un segundo, intentando ordenar algo que no tenía forma. Porque eso era lo que me estaba pasando toda la noche.

Sensaciones sin nombre. Impulsos sin explicación. Pensamientos que no encajaban en ningún sitio lógico.

—Eso no es muy tranquilizador.

—No pretende serlo.

—Genial.

—Es lo que hay.

Le miré de nuevo.

—Muy vendedor por tu parte.

—No estoy vendiendo nada.

—Eso también es raro.

—Ya te lo he dicho.

—Sí. Eres raro.

Esta vez él sí sonrió un poco más. Y fue peligroso. Porque empezaba a acostumbrarme a eso. Y no debería.

Desde la pista llegó la voz de Lara.

—¡Alba!

Giré la cabeza y vi que estaba con Magnus, moviéndose como si no existiera nada más en el mundo.

Me hizo un gesto exagerado.

—¡Ven!

Negué con la cabeza, riendo.

—Ahora voy.

—¡No! ¡Ahora!

—Es una orden —añadió Magnus desde detrás, divertido.

Miré a Erik.

—Tengo una prima muy poco respetuosa con los momentos íntimos.

—Se nota.

—Y muy insistente.

—También —se quedó mirándome y tuve la sensación de que no quería que me fuera—. Puedes ir —dijo finalmente.

—Lo sé.

Pero no me levanté inmediatamente.

Otra vez ese segundo de más. Ese momento suspendido.

—¿Vendrás mañana?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿A qué?

—Para que te enseñe el pueblo.

Lo miré, y ahí estaba otra vez. Esa sensación. Más fuerte, más clara y más absurda. Como si ya hubiera dicho que sí. Como si ese plan ya existiera en algún sitio.

Tragué saliva suavemente.

—Puede ser.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora mismo.

Erik asintió. Sin presionar. Sin insistir. Pero entonces volvió a hablar.

—Te recogeré a las diez.

Parpadeé.

—Eso suena muy decidido para alguien que no vende nada.

—No vendo. Propongo.

—Y asumes que aceptaré.

—Sí.

Lo miré fijamente.

—Eres increíble.

—Me lo dicen poco.

—Normal.

Se hizo un pequeño silencio. Pero esta vez fue más ligero.

—Voy antes de que venga a buscarme arrastrándome del brazo —dije mientras me levantaba.

—Buena decisión.

—Siempre tomo buenas decisiones.

—Eso está por ver.

—Qué poca fe.

—Realismo.

Di un paso atrás. Luego otro. Pero antes de girarme, volví a mirarle. Y él ya me estaba mirando.

Otra vez ese momento. Ese segundo. Ese algo que no podía explicar.

Como si el mundo se plegara justo ahí. En ese cruce de miradas que no debería significar nada, pero lo hacía.

Aparté la vista y me fui hacia la pista, donde Lara me recibió como un torbellino.

—¡Por fin!

—Eres insoportable.

—Pero me quieres.

—A ratos.

—Mentira.

Magnus levantó la mano.

—Confirmo que la quieres todo el tiempo.

—Tú no confirmas nada.

—Confirmo lo que veo.

Lara me agarró de los hombros.

—Vale. Ahora mismo necesitas bailar.

—Estoy bailando.

—No. Estabas teniendo una conversación intensa con el vikingo emocionalmente inaccesible.

—No es inaccesible.

—Ah, ¿no?

—No.

—Interesante.

Magnus intervino.

—Esto se está poniendo bueno.

—Callaos los dos —dije, riendo.

Pero ya era tarde. Porque Lara me miró de esa forma. Esa que lo veía todo.

—Te gusta —dijo con una leve sonrisa en los labios.

Negué automáticamente.

—No.

—Sí.

—No.

—Alba…

—Lara…

—Te gusta.

—No lo conozco.

—Eso nunca ha sido un impedimento.

—Para ti.

—Para nadie.

Suspiré. Y entonces, sin querer, volví a mirar.

Ahí seguía. En la mesa, con la copa en la mano, mirando. Y cuando nuestras miradas se cruzaron otra vez, ya no intenté negarlo.

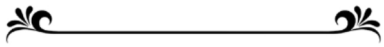
Porque había algo. Algo que no entendía. Algo que no podía explicar. Algo que no debería estar pasando. Pero pasaba.

Y mientras Lara me hacía girar y Magnus decía alguna tontería que me hacía reír, una parte de mí seguía allí. En esa mesa, con él.

Y por primera vez en mucho tiempo no estaba segura de querer entenderlo. Porque a veces lo que no tenía sentido era precisamente lo que más te atrapaba.

Y eso era lo realmente peligroso.

Capítulo 9



Erik

Los domingos siempre habían tenido una estructura clara. Predecible, ordenada y controlada. Y eso me gustaba.

Me desperté temprano, como siempre. Sin despertador. El cuerpo ya estaba acostumbrado a ese ritmo. A esa disciplina que no se negociaba.

El silencio de la casa era distinto sin Freya. Más limpio, más vacío y más incómodo.

Me quedé unos segundos en la cama, mirando al techo. Pensando en nada. O intentando no pensar en algo concreto.

Al final me levanté y seguí con la rutina de siempre.

Ducha rápida. Café negro. Revisión automática del móvil. Nada.

Fruncí ligeramente el ceño y lo dejé sobre la encimera. No estaba esperando nada.

Mentira. Claro que esperaba, pero no sabía si realmente llegaría.

Cogí las llaves y salí de casa. El aire de la mañana era frío, pero despejaba. Como siempre. Como necesitaba.

Y como cada domingo por la mañana, fui al único lugar en el que la visita era obligada, más con costumbre que por obligación.

La casa de mis padres estaba a unos minutos en coche. El trayecto lo había hecho tantas veces que podría haberlo hecho con los ojos cerrados. Y, aun así, esa mañana mi cabeza no estaba en la carretera. Estaba en otra parte.

En unos ojos color miel. En una sonrisa que no pedía permiso. En una sensación que no encajaba en ningún sitio lógico.

Apreté ligeramente el volante. Era ridículo.

Aparqué frente a la casa. La misma de siempre. Madera clara. Ventanas grandes. Ese olor a hogar que no cambiaba con los años.

Entré sin llamar. Nunca hacía falta.

—¿Erik?

La voz de mi madre llegó desde la cocina.

—Sí.

—Estamos aquí.

Estamos. Claro.

Entré y ahí estaba Magnus. Sentado, café en mano y con una sonrisa sospechosa.

—Buenos días, ermitaño.

—Buenos días, idiota.

—Cuánto cariño.

—El justo.

Mi madre dejó una taza frente a mí.

—Siéntate —dijo con una de sus sonrisas, y lo hice.

Mi padre levantó la vista del periódico.

—Llegas puntual.

—Siempre.

—Menos mal que algo no cambia.

Y, como siempre, tras esos primeros minutos en la casa donde me había criado, un silencio breve se instaló entre nosotros.

Café. Rutina. Normalidad. Lo mismo de cada domingo.

Pero el silencio, como era de esperar, duró poco.

—Entonces…

La voz de Magnus tenía ese tono. Ese que significaba problemas.

—No empieces.

—Ni siquiera he empezado.

—Pero vas a hacerlo.

—Correcto.

Resoplé.

—¿Qué pasa con Alba? —preguntó y le miré.

—Nada.

—Claro —respondió Magnus con una leve sonrisa.

—Es solo una turista.

—Claro.

—No exageres.

—No exagero.

Magnus se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Quieres explicarme entonces por qué llevas desde que has llegado mirando el móvil cada dos segundos?

Miré la taza.

—No hago eso.

—Lo haces.

—No.

—Erik…

—Magnus…

—¿Quién es Alba? —preguntó mi madre, curiosa, y cerré los ojos un segundo.

—Una chica que conocimos anoche.

—¿Conocimos? —repitió Magnus.

—Cállate.

Mi madre sonrió ligeramente.

—¿Y?

Suspiré.

—Es española.

—¿Turista?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada.

Silencio.

—¿Nada? —insistió Magnus.

—Nada.

—¿Entonces por qué estás esperando que te escriba?

Le miré.

—No estoy esperando nada.

—Claro.

—Magnus…

—¿Va a enviarte la dirección de donde se aloja para que vayas a buscarla? Porque si no lo hace, su prima me la dio a mí.

Y otra vez ese silencio. Ese que a veces no soportaba. Y vi a mi madre levantar las cejas con ese gesto curioso suyo.

—Ah.

Apreté la mandíbula.

—No es lo que parece.

—¿Y qué parece? —preguntó mi padre sin apartar del todo la vista.

—Nada.

—Suena a algo.

—No.

Mi madre apoyó los codos en la mesa.

—Cuéntame.

Y no sé muy bien por qué, pero lo hice.

—Su abuelo era de aquí.

—¿De aquí? —preguntó mi padre, ahora sí, atento a la conversación.

—Sí.

—Curioso.

—Eso dijo ella —le di un sorbo al café—. Le contaba historias —añadí—. De su familia. De sus antepasados.

Mi madre sonrió.

—Eso es bonito.

—Sí.

—¿Y?

—Había uno… —Hice una pequeña pausa—. Decía que era vikingo.

Magnus soltó una risa.

—Perfecto. Mitad española, mitad vikinga. Me gusta.

—No es un chiste.

—Para mí sí.

Mi padre dejó el periódico y me miró.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Que tengas más en común con esa chica… que con Astrid.

Me quedé callado y aparté la mirada, porque tenía razón. Y no pensaba decirlo en voz alta.

Mi madre me cogió la mano. Un gesto simple pero firme.

La miré y estaba sonriendo de nuevo. De esa forma suya, tranquila y segura.

—Por una vez —dijo suavemente—, permítete sentir.

Fruncí el ceño.

—No.

—Erik…

—No.

—Si esa chica te despierta algo…

—No.

Retiré ligeramente la mano.

—Ya sabes que no.

—No sabes eso.

—Sí lo sé.

La miré.

—Mi vida es Freya.

—Lo sé.

—Y eso no va a cambiar.

—Nadie te está pidiendo que cambies.

—Y además… —Añadí— es una turista.

—¿Y?

—Está de paso.

—¿Y?

—Yo tengo mi vida aquí —contesté, y mi madre me observó unos segundos.

—No sé por qué… —dijo finalmente—, pero hay algo en tus ojos cuando hablas de ella.

Mi padre asintió.

—Yo también lo veo.

Resoplé.

—Estáis exagerando.

—No.

La voz de Magnus volvió, y esta vez con algo que no esperaba.

—De hecho… tengo pruebas —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Magnus…

—Calla.

Giró la pantalla hacia ellos y apareció una foto de Alba y Lara. Mi madre sonrió inmediatamente. Más de lo que ya lo había hecho.

—Ahora lo entiendo…

La miré.

—Mamá…

—Es preciosa. Y mira qué sonrisa.

No dije nada.

—Y sus ojos… —añadió—. Tiene la mirada limpia, hijo. No es de la clase de mujer que te haría daño.

Tragué saliva y, sin saber muy bien por qué, esas palabras se quedaron y me hicieron pensar.

Porque había algo en ella. Eso era innegable.

Algo que no encajaba. Algo que no cuadraba. Algo que no podía explicar.

Solté el aire lentamente.

—¿Alguna vez…? —empecé—. ¿Habéis tenido la sensación de conocer a alguien?

Los tres me miraron.

—Sin haberlo visto nunca antes.

Los tres se quedaron callados, y mi padre sonrió. Una sonrisa lenta, una de esas que mostraba cuando iba a decir algo que nadie más sabía.

—No eres el primero —dijo, y fruncí el ceño.

—¿Qué?

Se recostó ligeramente.

—En esta familia… eso ha pasado más veces de las que crees.

Negué.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene.

—No.

Mi madre intervino.

—Hay una leyenda.

Cerré los ojos un segundo.

—Ya estamos.

—Escucha —dijo mi padre.

Y algo en su tono hizo que no interrumpiera.

—Dicen… —Empezó—, que hay almas destinadas a encontrarse. Una y otra vez. Vida tras vida.

Miré la mesa sin decir nada.

—Y cada vez que coinciden, se reconocen. Aunque no sepan por qué.

Mi madre continuó.

—Y por mucho que luchen, no pueden evitar sentir. No pueden evitar volver a enamorarse.

Apreté ligeramente la mandíbula.

—Eso son historias.

—No.

—Sí.

—No.

Mi padre me miró directamente.

—A mí me pasó con tu madre. A tus abuelos también. Y a tus bisabuelos. Y a varios Halvorsen antes que ellos.

No respondí, porque, por un segundo, no supe qué decir.

—Bueno —intervino Magnus—, pues a mí con Lara no me ha pasado eso.

—Todavía —dijo mi madre riendo.

—Ni va a pasar.

—Con lo mujeriego que eres… —Añadió ella—, no me extrañaría que en cada vida pasada tuvieras una novia en cada puerto.

Magnus se llevó la mano al pecho.

—Eso es ofensivo.

—Eso es probable.

Y se rieron. Yo no. Porque mi cabeza estaba en otro sitio.

En esa sensación. En esa mirada. En esa forma en la que Alba había dicho lo mismo. Como si ya hubiera pasado. Como si no fuera nuevo. Como si no fuera la primera vez.

El móvil vibró, lo miré y vi un mensaje de Alba.

Alba: *Te espero a las diez, como dijiste. Te dejo aquí la dirección.*

Mi pulso se detuvo un segundo. Magnus se inclinó, leyó y me dio una palmada en el hombro.

—Ahí la tienes.

Sonrió.

—Si la medio vikinga está destinada a ti… No la dejes escapar.

Volteé los ojos.

—Estás loco —dije, pero no sonó tan firme como quería.

Levanté la vista y vi que mis padres se miraban, sonriendo, en silencio. Y por primera vez en mucho tiempo me pregunté algo que no debería.

Si esa leyenda podía ser real.

El desayuno continuó, pero ya no era exactamente lo mismo.

Las voces seguían. Magnus diciendo tonterías. Mi madre riéndose. Mi padre interviniendo lo justo. Todo en su sitio, como siempre.

Y, sin embargo, yo no estaba del todo allí. Porque cada pocos segundos mi mente volvía a lo mismo.

Al mensaje. A las diez. A una dirección. A unos ojos color miel que no tenían ninguna lógica en mi vida.

Terminé el café sin darme cuenta de cuándo.

—Te vas.

La voz de mi padre no fue una pregunta. Asentí.

—Sí.

—Claro —añadió Magnus—. Tiene una cita turística muy importante.

—Cállate.

—¿Qué? Es una cita cultural.

—Eres idiota.

—Pero tengo razón.

Me levanté y cogí la chaqueta. Mi madre se acercó y, antes de que pudiera reaccionar, me arregló el cuello como cuando era niño.

—Ve —dijo suavemente.

La miré.

—Mamá…

—Solo ve.

No respondí. Porque sabía que no estaba hablando solo de un paseo por el pueblo.

Salí de la casa y el aire frío me golpeó la cara. Y esta vez no me despejó del todo.

Subí al coche, arranqué y el motor sonó estable. Predecible y controlado, como todo debería ser.

Conduje unos minutos en silencio. Sin música. Sin distracciones. Pero no duró mucho.

El móvil vibró y miré la pantalla del coche.

Cuando vi el nombre de Freya, el mundo dejó de importar.

Contesté al instante.

—Hola, pequeña.

Su voz llegó dulce y clara, como siempre, y como siempre que hablaba con ella, la sentí demasiado lejos.

—¡Papá!

Algo en mi pecho se tensó. Y se suavizó al mismo tiempo.

—¿Cómo estás?

—Bien… pero…

Ese "pero" no me gustó.

—¿Qué pasa?

—Mamá se ha ido —dijo tras un breve silencio.

Apreté ligeramente el volante.

—¿Cómo que se ha ido?

—A un viaje. A Roma.

Cerré los ojos un segundo. Claro, Astrid tenía algo más importante que hacer que estar con su hija.

—¿Con quién? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Con Jean Pierre.

La mandíbula se me tensó.

—¿Y tú?

—Hoy estoy con Anna.

La niñera. Siempre la niñera. Respiré despacio.

—¿Y estás bien?

—Sí…

Pero no sonó convencida.

—¿Cuándo vuelve?

—En una semana, creo.

Una semana. Apreté el volante con más fuerza.

—¿Te ha avisado antes?

—Ayer.

Perfecto. Tragué saliva. Tenía que mantener el control.

—Escúchame —dije suavizando la voz—. Todo está bien, ¿vale?

—Vale.

—Y yo voy a verte pronto.

—¿Sí?

—Sí.

Eso no era una promesa vacía. Era una decisión.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Te lo prometo.

Se quedó callada, y yo también, pensando en ella, en mi pequeña, en lo único que me importaba en esta vida más que la empresa familiar.

Luego escuché de nuevo su voz, esta vez en un tono más bajo.

—Te echo de menos, papá.

Y eso sí que fue un golpe directo al pecho, porque en su voz estaba el mismo dolor que yo sentía. Cerré los ojos un segundo.

—Y yo a ti.

Más de lo que debería permitirme decir en voz alta.

—¿Qué haces ahora?

—Voy… a trabajar un poco.

Era una mentira a medias.

—¿Otra vez?

—Solo un rato.

—Siempre trabajas.

No supe qué responder a eso, porque, en parte, tenía razón.

—Pero también voy a hacer algo diferente hoy.

—¿Sí?

—Sí.

—¿El qué?

Miré la carretera.

—Voy a enseñar el pueblo a alguien.

—¿A quién?

—A una amiga.

No sé por qué elegí esa palabra.

—¿Es simpática? —curioseó.

Y ahí, sin esperarlo, pensé en su sonrisa.

—Sí.

Freya pareció satisfecha.

—Entonces me cae bien.

Eso me hizo soltar un suspiro, casi una sonrisa.

—Seguro que sí.

Hablamos un poco más de cosas simples y sin importancia. Y, sin embargo, esos momentos para mí lo eran todo.

—Tengo que irme, pequeña.

—Vale…

—Nos vemos pronto.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Te quiero, papá.

—Yo más.

Colgué, y el silencio volvió. Pero ya no era el mismo. Porque ahora había algo más.

Algo más urgente. Algo que tenía mucho más claro ahora de lo que lo tenía ayer o unos días antes.

Apreté la mandíbula. No podía seguir así. No podía permitir que Freya creciera siendo una opción secundaria.

Un hueco entre viajes. Una responsabilidad delegada.

Para Astrid quizá eso era suficiente. Para mí, no. Nunca lo había sido.

Solté el aire lentamente. Hablaría con mi abogado, otra vez, y esta vez no iba a quedarme esperando. No iba a conformarme. Porque Freya no era negociable. Era todo. Y si eso significaba empezar una guerra…

Entonces Magnus tenía razón. Ya estaba en ella.

Miré la hora. Las diez se acercaban y, sin darme cuenta, mi mente volvió a ella.

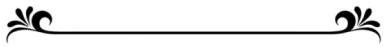
A Alba. A esa sensación absurda. A esa conexión sin lógica. A esa mirada que no encajaba en nada que conociera.

Suspiré.

Una cosa no tenía nada que ver con la otra. Y, aun así, por algún motivo, sentía que todo estaba empezando a moverse al mismo tiempo. Como piezas que no sabía que formaban parte del mismo tablero.

Apreté ligeramente el volante y seguí conduciendo hacia una dirección, hacia un encuentro. Hacía algo que no entendía, pero que, por alguna razón, ya no estaba dispuesto a ignorar.

Capítulo 10



Alba

En mi vida había nervios… y luego estaba esto.

No era la primera vez que iba a quedar con alguien. Ni la primera vez que me arreglaba para salir. Ni siquiera la primera vez que un hombre me parecía atractivo. Pero aquello no tenía nada que ver.

Me miré en el espejo por enésima vez.

El abrigo rosa pastel caía justo por encima de las rodillas. Sencillo. Bonito. Nada exagerado. El pelo suelto, con mis ondas naturales. Un poco de maquillaje, natural, como siempre.

Y aun así sentía que no era suficiente.

—Te vas a desgastar la cara de tanto mirarte.

La voz de Lara llegó desde la cama, donde estaba tirada como si aquello fuera un espectáculo en directo.

—No me estoy mirando tanto.

—Llevas diez minutos ajustándote el cuello.

—Está torcido.

—Está perfecto.

—No.

—Sí.

Suspiré.

—Estás nerviosa.

—No.

—Sí.

—No.

—Alba…

—Lara…

Me quedé callada, y ella también, mirándome con esa expresión que tan bien conocía de mi prima.

—Te gusta —dijo entonces, y volteé los ojos.

—No.

—No lo niegues.

—Lo niego.

—Vale —se incorporó, apoyando los codos en las rodillas—. Vamos a analizar esto.

—No vamos a analizar nada.

—Sí, vamos a analizarlo.

—No.

—Sí.

La miré.

—Vale. Analiza —dije, y Lara sonrió.

Esa sonrisa peligrosa que, a veces, me daba miedo.

—Te has levantado antes de lo normal.

—*Jet lag*.

—Te has cambiado tres veces.

—No encontraba nada.

—Te has perfumado dos veces.

—Se me fue la mano.

—Y llevas media hora mirándote al espejo.

—Estaba comprobando…

—Te gusta.

Resoplé.

—No me gusta.

—Ajá.

—De verdad.

—Lo que tú digas.

—Solo digo que… Es atractivo.

Lara arqueó una ceja.

—Ah.

—Y ya está.

—Claro.

—Tiene unos ojos increíbles.

—Ajá…

—Una mirada… —Fruncí el ceño buscando la palabra— muy… penetrante.

—Sigue.

—Y una sonrisa preciosa que esconde.

Silencio, y Lara me miró muy despacio.

—Para no gustarte…

—No me gusta.

—Lo has descrito con los ojos brillantes.

Me quedé callada.

—No me gusta —repetí, pero con menos convicción.

Lara sonrió, victoriosa.

—Entonces explícame por qué estás así.

Y ahí me quedé en silencio. Porque eso sí, no tenía explicación fácil.

—Es raro.

—¿El qué?

—Él.

—¿Raro cómo?

Negué ligeramente con la cabeza.

—No sé explicarlo.

—Inténtalo —me pidió y me apoyé en la cómoda.

—Es como si… Como si ya lo conociera.

Lara no sonrió esta vez.

—¿Cómo?

—Sí. Como si… —Fruncí el ceño—. Como si ya lo hubiera visto antes.

—Pero no lo has visto.

—Exacto.

—Entonces…

—Entonces no tiene sentido.

Me pasé una mano por el pelo.

—Ni él ha ido a España.

—Ni tú habías estado aquí.

—Exacto.

Volví a quedarme en silencio, pensando.

—Es como un *déjà vu* constante. Pero más fuerte. Más… real.

Lara se quedó pensativa un segundo. Y luego sonrió.

—Eso es porque vuestras almas se han reconocido.

La miré.

—¿Perdona?

—Lo que oyes.

—Lara…

—No es broma.

—Sí lo es.

—No.

Me crucé de brazos.

—Déjate de misticismos.

Negó con la cabeza.

—No son misticismos.

—Claro.

—Es real.

—Claro.

Se levantó y caminó hacia mí.

—Una vez… —Empezó—, una compañera de la universidad me contó algo.

—Esto promete.

—Su abuela le hablaba de una leyenda.

—Más todavía.

Lara sonrió. Pero esta vez no era su sonrisa habitual. Era más suave. Más… sería.

—Decía que hay almas que están destinadas a encontrarse.

Sentí un leve escalofrío.

—Que da igual el tiempo. Da igual el lugar. Da igual la vida.

Tragué saliva.

—Siempre se encuentran. Siempre se reconocen. Siempre vuelven.

La escuché sin hablar ni interrumpirla.

—Y da igual lo que pase. Da igual quién se oponga. Da igual las circunstancias.

Me miró directamente.

—Si están destinadas a estar juntas… Lo estarán.

El aire se volvió extraño.

—Eso es… —Empecé —bonito.

—Lo es.

—Y muy poco realista.

—No tanto.

Iba a responder, pero el móvil vibró. Miré la pantalla y vi el nombre de Erik.

Erik: *Estoy en la puerta.*

Mi estómago dio un vuelco.

—Ya está aquí.

—Claro que está aquí —dijo con una sonrisa.

—Lara…

—Ve.

Cogí el bolso y el abrigo y fui hacia la puerta, con Lara siguiéndome.

—Respira.

—No estoy nerviosa.

—Claro.

Volteé los ojos sin que me viera.

—Ah —añadió—. Te he metido un par de cositas en el bolso.

Me giré.

—¿Qué cosas? —pregunté frunciendo el ceño, y ella me hizo un guiño.

—Ya me darás las gracias.

—Lara…

Pero ya era tarde. Me cerró la puerta en las narices.

—¡Lara!

Silencio. Y resoplé.

—Genial.

Bajé las escaleras. Y entonces lo vi.

Erik estaba apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos. Abrigo de paño negro. Vaqueros. Jersey beige.

Y sí. Lara tenía razón. Era guapísimo.

Me quedé mirándole más de lo normal. Sin disimulo. Y él lo notó. Porque sonrió. Y esa sonrisa… Dios.

Se separó del coche cuando me acerqué. Se inclinó ligeramente y me dio un beso, uno muy cerca de la comisura de los labios.

Demasiado cerca.

—Estás muy guapa —dijo, y no sabía por qué, mi corazón latió diferente—. Ese abrigo… —añadió— Te sienta muy bien.

Noté el calor subir a mis mejillas.

—Gracias.

Maldita sea. Sí que estaba nerviosa y solo ahora podía reconocerlo.

Erik abrió la puerta del coche.

—Gracias.

Me acomodé, dejando que el calor de la calefacción me envolviera al instante.

Y mientras él rodeaba el coche, mi corazón empezó a latir más fuerte. Demasiado. No podía ser. No. No podía estar pasándome esto con alguien a quien acababa de conocer.

Y, sin embargo, estaba pasando.

El coche olía a limpio. A madera suave. A algo… suyo.

Aparté esos pensamientos de mi mente mientras me acomodaba en el asiento e intentaba ignorar el ritmo completamente descontrolado de mi corazón. Pero no lo conseguí.

Erik rodeó el coche, abrió su puerta, se sentó y durante un segundo el tiempo volvió a hacer esa cosa rara.

Ese silencio. Esa pausa. Ese instante en el que parecía que algo iba a pasar… pero no sabía qué.

—Buenos días.

Su voz sonó más suave que la noche anterior. Menos tensa.

—Buenos días —sonreí, y arrancó.

El coche empezó a moverse y yo miré al frente, porque si lo miraba a él, sabía que iba a perder otra vez ese pulso invisible que no entendía.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

Mentira.

—¿Y tú?

—Lo justo.

Asentí.

—Tu prima parece… intensa.

Sonreí.

—Eso se queda corto.

—Eso pensé.

—Pero es buena persona.

—Eso también se nota.

Lo miré de reojo.

—Tu hermano también.

—No siempre.

—A mí me cayó bien.

—Eso es preocupante.

—¿Por qué?

—Porque suele caer bien.

—¿Y eso es malo?

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto tardes en darte cuenta de cómo es realmente.

Me reí.

—Creo que Lara ya lo ha hecho.

—Entonces no hay peligro.

Otra leve sonrisa. Otra vez eso.

Giró por una carretera más estrecha, el paisaje empezó a abrirse y entonces lo vi.

Montañas que parecían surgir directamente del mar. Agua completamente en calma. Casitas de colores dispersas como pinceladas.

—Vaya… —dije, sin poder evitarlo.

Erik no respondió. Pero vi de reojo cómo me miraba un segundo.

—Te dije que no era lo típico.

—Esto es… increíble.

—Aún no has visto nada.

Y tenía razón.

Seguimos avanzando. Cada curva abría algo nuevo. Algo más bonito que lo anterior. Hasta que se detuvo.

—Baja.

Abrí la puerta y el aire frío me golpeó la cara. Pero no me importó. Porque delante de mí había un pequeño embarcadero de madera. Antiguo. Casi escondido.

El agua era tan clara que parecía irreal, y reflejaba las montañas como un espejo perfecto.

Caminé despacio. Como si al hacer ruido fuera a romper algo.

—Aquí no viene casi nadie —dijo Erik a mi lado.

—Es precioso.

—Lo sé.

Me giré hacia él.

—¿Cómo has encontrado esto?

—Mi abuelo me traía de pequeño.

Sonreí.

—El mío también me contaba historias sobre sitios así, pero esto…

—Lo sé. Impresiona verlo —dijo, y asentí.

Nos miramos, y otra vez tuve esa sensación.

—A veces pienso que exageraba.

—Los abuelos siempre lo hacen.

—Sí… pero…

Fruncí ligeramente el ceño.

—Es como si algunas cosas no fueran exageraciones.

—¿Como cuáles?

Miré el agua.

—Como si ya hubiera estado aquí.

Nos quedamos callados.

—No es la primera vez que dices eso.

—Lo sé.

—Y no es la primera vez que yo también lo siento.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Tú también?

Asintió.

—La primera vez que vine aquí con mi abuelo… Sentí exactamente lo mismo.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora también.

—Esto es muy raro —dije tras unos breves segundos de silencio.

—Sí.

Pero ninguno parecía incómodo. Solo… intrigados.

—Ven.

Me hizo un gesto para seguirle. Y lo hice.

Caminamos un rato entre senderos. Entre casas antiguas. Entre rincones que parecían sacados de otra época. Hasta que llegamos a algo distinto.

Un espacio abierto con casas de madera más antiguas. Barcos y gente. Pero no gente normal. Todos allí iban vestidos de otra época.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Un museo vivo —respondió, y parpadeé.

—¿Cómo?

—Recrean cómo era la vida aquí en la época vikinga.

Miré a mi alrededor y observé detenidamente.

Había gente cocinando en hogueras. Niños corriendo. Hombres trabajando la madera. Mujeres tejiendo. Era… impresionante.

—Parece real.

—Lo es.

Caminé despacio, observándolo todo.

—Impresiona.

—Lo sé.

Erik se acercó un poco más.

—Quería que lo vieras.

Lo miré.

—¿Por qué?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Por tu abuelo.

Sonreí.

—Gracias.

Volví a mirar alrededor, y entonces, otra vez, me invadió esa sensación. Más fuerte. Más clara. Como si ya hubiera estado allí.

—Es como si ya lo hubiera vivido.

Mi voz salió más baja.

—Como si hubiera estado aquí antes.

Me giré hacia él.

—Pero no es posible.

Erik me miró.

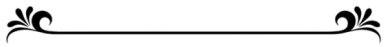
—No. Pero lo entiendo.

Se quedó callado y miró hacia algún punto de aquel lugar.

—Siempre que traigo a mi hija aquí… —Se detuvo—. Siento lo mismo.

Le miré. Y por primera vez no intenté buscarle la lógica. Porque quizá no la tenía.

Capítulo 11



Alba

El tiempo empezó a ir más despacio. O esa fue la sensación.

Quizá era el lugar. Quizá la forma en la que todo estaba construido para parecer de otra época. O quizá era lo que me estaba pasando por dentro.

Caminábamos entre las casas de madera. El suelo crujía bajo nuestros pies. El humo de las hogueras flotaba en el aire con ese olor a leña que se te mete en la ropa.

—Parece un decorado —dije en voz baja.

—Lo parece —respondió Erik—, pero muchas de las técnicas que usan son reales.

—¿En serio?

—Sí. Herramientas, recetas, tejidos… todo está basado en cómo vivían aquí hace siglos.

Me detuve frente a una mujer que estaba amasando algo sobre una mesa rústica. Sus manos se movían con una precisión tranquila.

—¿Qué hacen?

—Pan plano —dijo Erik—. Era básico en su alimentación.

La mujer nos sonrió y me ofreció un pequeño trozo; sonreí y lo probé.

—Está buenísimo.

—Sencillo —añadió Erik—. Pero efectivo.

—Como tú —se me escapó.

Me quedé callada y parpadeé.

—Quiero decir…

—Lo he entendido.

Y sonrió. Dios.

—No sé por qué digo estas cosas.

—Improvisas.

—No.

—Sí.

Negué con la cabeza, riendo, y seguimos caminando.

Un hombre estaba trabajando la madera con herramientas rudimentarias. Otro afilaba una hoja. Un grupo de niños corría entre las casas, riendo. Y, sin darme cuenta, sonreí.

—¿Qué?

—Nada.

—Por algo sonreirás.

—Esto es… bonito.

Erik asintió.

—Es real.

—Sí. —Y raro.

—También.

Nos acercamos a una zona donde había un pequeño embarcadero con barcos de madera, largos e imponentes.

—Vaya…

—Réplicas —explicó él—. Pero bastante fieles.

Me acerqué a uno, pasé la mano por la madera, y entonces… un destello.

Una imagen. El mismo barco, pero distinto. Nuevo. Vivo.

Gente moviéndose. Voces. El mar golpeando más fuerte.

Parpadeé.

—¿Estás bien?

La voz de Erik me devolvió al presente.

—Sí… sí —respiré—. Solo…

—¿Otra vez? —preguntó, y le miré.

—Sí.

—¿Qué has visto? —preguntó, con curiosidad, y dudé.

—Nada claro.

—Pero ha sido algo.

—Sí.

Él asintió lentamente.

—Vale.

Y no preguntó más. Eso me gustó.

—Ven —dijo—. Vamos a comer algo.

No protesté. Porque de pronto tenía hambre.

Nos sentamos en unas mesas de madera, rústicas y compartidas con otra gente.

Nos trajeron comida sencilla. Carne, pan y algo parecido a una sopa o crema caliente.

—Esto es mejor que cualquier restaurante —dije.

—Lo es.

Comimos, hablamos y nos reímos. Más de lo que esperaba.

—No pareces alguien que se ría tanto.

—No lo hago.

—Pues hoy sí.

—Hoy es una excepción.

—Me gusta.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde —me encogí de hombros y me miró.

Y ese segundo… otra vez.

—Eres peligrosa.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque haces que haga cosas que no suelo hacer.

—Eso suena interesante.

—No lo es.

—Lo es.

Negó con la cabeza, pero estaba sonriendo.

Después de comer, nos unimos a una actividad.

—¿En serio vamos a hacer esto?

—Sí.

—Voy a hacer el ridículo.

—Definitivamente.

Nos enseñaron a usar herramientas antiguas. A cortar madera. A hacer cosas básicas. Erik era sorprendentemente bueno.

—Claro, el vikingo.

—No soy vikingo.

—Tu apellido dice lo contrario.

—Tu abuelo también lo era, y si nos basamos en eso, tú también lo eres.

Sonreí.

—Me llamaba "su pequeña vikinga".

—Te quería.

—Me adoraba.

—Se nota.

Le miré.

—Gracias.

El tiempo pasó sin que me diera cuenta y, cuando quise reaccionar, el cielo estaba cambiando.

Colores cálidos. Naranja. Rosa.

—Se está haciendo de noche.

—Sí.

Y entonces lo dije. Sin pensar.

—Está siendo un día perfecto.

Erik me miró, y no respondió. Pero no hacía falta. Porque en su mirada había algo. Algo que ya no podía negar.

Y justo en ese momento…

—¡Disculpa!

Una mujer se acercó, sonriente.

—Vamos a hacer una representación de boda vikinga —dijo, y parpadeé.

—¿Perdona?

—Y necesitamos voluntarios.

Negué automáticamente.

—No, no, yo no…

—Sería genial —añadió Erik, y le miré.

—No.

—Sí.

—No.

—No puedes perder esta oportunidad.

Fruncí el ceño.

—Voy a hacer el ridículo.

—Ya lo estás haciendo.

Le empujé ligeramente.

—Eres idiota.

—Pero tengo razón.

Suspiré.

—Vale… pero solo porque mi abuelo me llamaba vikinga.

—Buena razón.

—Y quiero fotos.

—Obviamente.

La mujer sonrió.

—Perfecto. Ven conmigo.

Y antes de poder arrepentirme, ya estaba dentro de todo aquello.

Entré en una especie de cabaña más grande donde el ambiente cambió por completo. El olor a madera era más intenso.

Había ropa colgada en percheros de madera, telas gruesas, pieles, cinturones, piezas metálicas con aspecto artesanal. Todo parecía… real. Demasiado real.

—Vale… esto ya no es tan divertido —murmuré.

La mujer que me había convencido sonrió como si lo oyera cada día.

—Sí lo es. Confía en mí.

Me llevaron hacia un rincón donde había varias personas ayudando a vestirse. Parejas, niños, turistas. Todos riendo, dejándose llevar.

—Esto es una locura —le dije a Erik cuando entró detrás de mí.

—Es historia viva.

—Es vestirme como una persona del siglo VIII.

—Exacto.

—¿Y eso es normal para ti?

—No. Pero es interesante verte hacerlo.

Le miré.

—Eres de poca ayuda.

—Nunca dije lo contrario.

Me llevaron detrás de una cortina y entonces empezó el proceso.

Primero el vestido. Pesado y de lana gruesa. De un azul oscuro profundo que contrastaba con mi piel.

Luego el cinturón de cuero, ajustado a la cintura. Encima, una especie de capa ligera.

—No puedo respirar bien.

—Es parte de la experiencia —dijo una de las mujeres.

—Esto es lo que llevaban realmente.

—Ya, ya… pero ellas no tenían calefacción moderna.

Rieron. Yo no tanto.

Después, se centraron en mi pelo.

Me sentaron y empezaron a trenzarlo. Me separaron mechones haciendo pequeñas trenzas que se entrelazaban con el resto del cabello.

—Te queda muy bien así.

—No me mientas.

—Es verdad.

Me pusieron pequeños adornos metálicos. Sutiles. Y luego, el maquillaje. Más marcado. Más profundo. Los ojos más intensos. Los pómulos más definidos.

Cuando terminaron, me giraron hacia un espejo y me quedé sin aire. Porque no me reconocí del todo.

Cabello trenzado. Ojos más intensos. Ropa pesada, antigua, casi ceremonial. Una figura que no era exactamente yo, pero tampoco era otra persona.

Era algo entre medias.

—Vaya…

Se me escapó.

—Te lo dije —dijo la mujer.

Y sonreí sin saber por qué.

Y entonces, otra vez, esa sensación. Fuerte, clara y demasiado familiar. Como si ya hubiera estado ahí. Pero no en esa vida. En otra.

Tragué saliva.

—*Esto es una locura* —murmuré para mí.

—¿Lista?

La voz de Erik llegó desde fuera, y respiré hondo.

—Creo que sí.

Salí, lo vi, y todo se detuvo.

Erik estaba allí, vestido como un vikingo. No un disfraz cualquiera. No algo turístico. No. Era otra cosa.

Pantalones oscuros de cuero. Túnica gruesa. Cinturón ancho. Botas altas. Abrigo de piel. El cabello algo más despeinado. La barba más marcada bajo la luz cálida del lugar.

Y sus ojos… Sus ojos seguían siendo los mismos. Pero ahora encajaban con todo lo demás. Y por un segundo no era Erik. Era otra cosa.

Alguien que no conocía, pero que mi cuerpo sí.

Me quedé quieta. Él también.

—Alba…

Su voz sonó diferente. Más grave. Más lenta. Y en ese momento algo explotó en mi cabeza.

No eran recuerdos claros. Eran fragmentos.

—Te encontraré en todas las vidas. Aunque cambie el mundo. Aunque no me recuerdes. Siempre te reconoceré.

Un barco. El mar. Manos agarrando las mías. Ojos iguales. Pero en otra época.

Un beso. Fuerte y desesperado. Y su voz otra vez.

—Prométeme que no me olvidarás.

Tragué saliva.

—No… —Susurré sin querer.

Erik dio un paso hacia mí.

—¿Alba?

Me quedé paralizada.

—Yo…

La cabeza me daba vueltas.

—No sé qué está pasando…

Él levantó la mano lentamente y me acarició la mejilla.

Su tacto fue real. Aquí y ahora. Y, aun así, sentí algo más. Como si ya lo hubiera hecho antes. Muchas veces.

—Te noto rara —dijo él suavemente y parpadeé.

—¿Tú… tú has visto eso?

Frunció ligeramente el ceño.

—¿El qué?

—Esto… —Señalé alrededor—. Nosotros…

Él no respondió enseguida. Y entonces una media sonrisa apareció en su rostro. Pero no era una sonrisa normal. Era… confundida. Como la mía.

—Sí —dijo al fin—. Creo que sí.

El mundo dejó de tener sentido.

—¿Me estoy volviendo loca?

Su mano seguía en mi mejilla.

—Si lo estás… —murmuró— no estás sola.

Me reí nerviosa.

—Genial.

Él también sonrió. Y entonces algo en el aire cambió otra vez.

Más ligero. Más cercano. Más peligroso. Porque ya no era solo confusión. Era reconocimiento. Y química. Y algo que ninguno de los dos quería nombrar.

—Estás muy guapa así —dijo él finalmente.

Y respiré tratando de recuperar el aire que había pedido al verle.

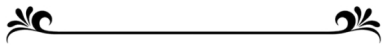
—Y tú estás… muy vikingo.

—Eso es lo que pretendía.

—Pues lo has conseguido.

Y nos quedamos otra vez en silencio. Pero esta vez no era incómodo. Era inevitable.

Capítulo 12



Erik

Nunca me había gustado aquello. Ni siquiera cuando era más joven.

Ni siquiera cuando Magnus insistía en convertir cualquier excusa en una experiencia "auténtica". Y, desde luego, tampoco cuando llevaba a Freya.

Ella se disfrazaba de todo con una facilidad que me desarmaba, pero yo siempre me había mantenido al margen, observando desde fuera, como si aquello no fuera conmigo.

Un museo vivo. Una recreación. Un juego histórico demasiado bien montado.

Pero aquel día era diferente. Porque no era solo el lugar. Era ella. Alba. Y eso cambiaba todo.

Me ajusté la túnica frente al espejo de madera. La tela era más pesada de lo que parecía al verla en el perchero. El cuero del cinturón crujía al apretarlo. Las botas eran firmes, toscas, incómodamente reales. Y la piel del abrigo demasiado auténtica.

Me miré. Y no pensé: "Esto es ridículo". Pensé: "Esto… encaja demasiado bien".

Fruncí el ceño porque no tenía sentido. Nunca me había gustado disfrazarme de nada. Y, sin embargo, había algo en mi reflejo que me resultaba inquietantemente familiar. Como si ya hubiera estado ahí. Como si el espejo no me mostrara solo el presente. Si no algo más antiguo. Más profundo.

Parpadeé, y por un segundo el reflejo cambió. No del todo, ni claramente. Pero lo suficiente.

Una imagen superpuesta. La misma silueta. El mismo lugar. Pero la luz distinta. El aire más frío. El mar más oscuro. Y alguien detrás de mí.

Una mujer.

Me giré instintivamente. Nada. Solo el espejo otra vez. Respiré hondo.

—*Estás perdiendo la cabeza, Erik…* —Murmuré.

Pero incluso al decirlo, no sonó convincente. Porque no era la primera vez ese día que me pasaba. Esa sensación. Ese *déjà vu* constante.

Alba. Desde que la había visto en la cabaña, algo en mí no dejaba de encajar y romperse al mismo tiempo. Como si la conociera. Como si ya hubiera estado con ella.

En otro momento. En otro lugar. En otra vida, incluso.

Negué con la cabeza. Eso sí que era absurdo. Pero entonces el recuerdo llegó sin permiso.

Un destello. No, claro, ni completo, solo fragmentos.

El mismo lugar. El embarcadero. El viento más fuerte. Y una mujer frente a mí con el cabello recogido de forma distinta. Ropa distinta. Pero la misma presencia.

Y yo arrodillado. Diciendo algo.

—*Volveré.*

Y como si estuviera de verdad allí, sentí su mano en mi rostro.

—*No te atrevas a no hacerlo.*

Y luego un bebé en sus brazos. Ojos claros. Cabello más oscuro.

Y la mirada de esa mujer. La misma que Alba me había dirigido horas antes sin saberlo.

Tragué saliva y el espejo volvió a ser solo un espejo. Pero yo ya no estaba igual.

El golpe en la puerta me sacó de aquel pensamiento.

—Erik, o sales ya o corres el riesgo de que alguien secuestre a tu chica —la voz de Hans, amigo mío y uno de los organizadores de todo aquello, sonó divertida.

Resoplé.

—Ya voy.

Salí, y entonces la vi. Y todo lo demás dejó de existir.

Alba estaba allí, y no era solo que estuviera vestida como una vikinga. Era que parecía haber nacido así.

El vestido azul oscuro le caía con una naturalidad imposible. El cinturón marcaba su figura sin endurecerla. Las trenzas en su pelo le daban un aire antiguo, casi ceremonial. Los adornos metálicos brillaban con la luz del fuego.

Pero lo peor… eran sus ojos. Porque seguían siendo los mismos. Color miel, profundos y vivos. Y me miraban como si supieran algo que yo aún no entendía.

Me quedé sin palabras. Literalmente.

—Erik…

Su voz me devolvió al presente y parpadeé.

—Estás…

No terminé la frase. No hacía falta. Ella sonrió. Y ese gesto me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Porque encajaba demasiado. Como si la hubiera visto así antes.

En otro tiempo. En otra versión de este mismo lugar.

Negué ligeramente con la cabeza, como si eso pudiera ordenarme los pensamientos.

—Pareces una auténtica vikinga.

—¿Eso es bueno o malo?

—No estoy seguro.

Ella soltó una risa suave. Y el sonido me desarmó. Otra vez.

Nos llevaron hacia la zona central, donde la ceremonia ya estaba preparada.

Antorchas. Mesas de madera. Gente vestida de época. Un círculo formado alrededor de una especie de altar rústico.

El ambiente era cálido, vivo y real.

Un actor vestido como líder del clan empezó a hablar en tono ceremonioso. Pero yo apenas lo escuchaba. Porque cada vez que miraba a Alba, volvía a ocurrir.

Fragmentos. Imágenes. Demasiado reales. Demasiado intensas.

El mar. Un barco. Noche cerrada. Alba. No, otra ella, otra mujer frente a mí cuyos ojos no podía dejar de mirar. Una mujer llorando, haciendo que mi pecho se apretara con fuerza.

—*No te vayas* —decía mientras mi mano acariciaba su mejilla.

—*Tengo que hacerlo.*

—*Prométeme que volverás.*

—*Lo haré.*

Silencio. Y luego… el beso.

Fuerte. Desesperado. Como si no hubiera otra opción.

Y después ella con el bebé en brazos. Mío. Así lo sentí, así sentí a ambos.

Y su voz, clara y firme.

—*Vuelve con vida. Nuestro hijo te necesita.*

Tragué saliva en el presente. Alba estaba a mi lado. Sin saber nada. Sin entender lo que en mi cabeza estaba ocurriendo.

Pero mirándome como si sí. Como si lo sintiera también.

—¿Erik? —susurró, y me giré hacia ella.

—¿Qué?

—Estás muy serio.

—Es esto… el lugar.

Mentira. Pero era la única explicación segura.

La ceremonia avanzó. Intercambio simbólico de anillos. Palabras antiguas. Rituales de unión. Y la gente alrededor sonreía. Aplaudía y participaba.

Pero yo solo podía verla a ella. A Alba. Sonriendo. Siempre sonriendo. Como si aquello le perteneciera de alguna forma.

—Está siendo muy bonito —dijo en un momento.

—Sí.

—No pensaba que esto fuera así.

—Nadie lo espera.

—¿Tú ya habías estado aquí así?

La miré.

—No como ahora.

Nos quedamos callados, y otra vez tuve esa sensación.

Más tarde, durante una representación de danza tradicional, el grupo empezó a moverse en círculo. Y Alba estaba demasiado cerca de mí. Demasiado.

El movimiento nos empujó sin querer hacia el mismo lado. Su hombro rozó el mío. Y fue suficiente. Sin pensar. Sin planearlo. Le pasé el brazo por los hombros. Un gesto natural, instintivo. Como si lo hubiera hecho antes. Muchas veces.

Ella se quedó quieta un segundo. Y luego me miró. Sorpresa, confusión y algo más en sus ojos.

Yo también la miré. Y ahí fue cuando ocurrió. Sus ojos bajaron a mis labios. Y los míos hicieron lo mismo. Sin permiso. Sin control. Y el recuerdo volvió.

Más fuerte. Más claro.

La boca de ella contra la mía. El sabor del mar en su piel. El calor de su cuerpo contra el mío. Y su voz.

—*Di que volverás.*

—*Volveré.*

Volví al presente de golpe y vi que Alba seguía mirándome. Y ahora ella también había tragado saliva. Demasiado consciente. Demasiado cerca.

—Alba… —dije sin pensar.

Su nombre sonó distinto en mi boca. Más íntimo. Más peligroso. Y entonces… lo hice.

La besé.

No fue suave ni fue prudente. Fue inmediato. Como si algo dentro de mí hubiera estado esperando ese momento desde siempre.

Su cuerpo reaccionó al mío. Lo sentí. Y eso solo lo hizo peor.

El mundo desapareció. La música. La gente. El lugar. Solo ella. Solo nosotros. Y otra vez fragmentos.

Más rápidos. Más intensos.

Una cama de pieles. Sus manos en mi espalda. Mi respiración contra su cuello. Su risa. Mi nombre en sus labios. Sin miedo. Sin barreras.

Nos separamos lentamente, ambos respirando distinto. Más rápido. Más conscientes. Y entonces lo vi en sus ojos. Lo mismo que en los míos.

Reconocimiento. Y miedo. Y deseo.

—Lo has visto —dije.

No era pregunta. Era una afirmación. Ella asintió, despacio. Casi incrédula.

El silencio duró demasiado poco. Porque el cuerpo no lo permitía. Y yo tampoco. La reacción era evidente. Demasiado evidente como para ignorarla.

Alba lo notó y tragó saliva otra vez. Sabiéndolo.

Miré alrededor y vi a Hans. Le hice un gesto y se acercó.

—¿Qué pasa?

—Necesito tu cabaña. Y no preguntes.

Hans miró a Alba y sonrió.

—Es toda vuestra —dijo, y añadió bajando la voz—. No os molestará nadie.

Asentí. Y sin pensar, cogí la mano de Alba. Y ella no la retiró.

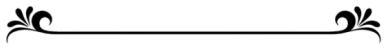
Mientras caminábamos, solo podía pensar una cosa. Que aquello era una locura. Que no tenía sentido. Que no debería estar pasando. Pero también que desde el divorcio no había sentido nada así. Nunca.

Sexo sin implicación. Cuerpos sin historia. Noches sin nombre. Tan solo eso.

Nada. Nada como esto.

Con Alba, no sabía por qué, era distinto. Y lo peor era que ya no podía ignorarlo.

Capítulo 13



Erik

La puerta de la cabaña de Hans cerró con un chasquido seco y definitivo.

El sonido resonó en el silencio de la estancia, un golpe final que nos separaba del mundo exterior. De las antorchas, de la música, de la gente, de los disfraces, de la farsa. O quizás, de la realidad. No lo sabía. Ya no sabía qué era qué.

Solo sabía que aquí, dentro, con la madera oscura y el único resplandor de la chimenea pintando sombras danzantes en las paredes, todo era real. Demasiado real.

Alba estaba de espaldas a mí, mirando las llamas. Su túnica azul oscuro parecía absorber la luz, haciendo que su figura se recortara con una intensidad casi sobrenatural. Las trenzas en su pelo habían empezado a deshacerse, y unos mechones escapados caían sobre su cuello, invitándome a liberarlos por completo.

El aire era denso. Espeso. Cargado con todo lo que no nos habíamos atrevido a decir en la ceremonia. Cargado con los ecos de los besos que no recordábamos haber dado y las promesas que juramos no haber hecho.

Mi cuerpo aún vibraba. El roce de su hombro contra el mío, el sabor de su boca en la danza, la forma en que sus ojos me habían mirado… no como una desconocida, sino como una pérdida encontrada.

Di un paso. Las tablas del suelo crujieron bajo mi bota.

Ella no se giró. Pero su postura cambió. Se tensó ligeramente, como un animal que presiente la proximidad del depredador. O del amante.

—¿Qué es esto, Erik? —Su voz era un hilo, casi inaudible, pero cortó el silencio como un cuchillo.

Me detuve a escasos centímetros de su espalda. Tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su piel. Tan cerca que el olor a su perfume —algo silvestre, a tierra mojada y a ella— me nublaba los sentidos.

—No lo sé —respondí, y mi propia voz sonó más ronca de lo que esperaba—. Pero sé que no puedo evitarlo.

Levanté una mano, lentamente, dándole tiempo de rechazarme, de huir. Pero no lo hizo. Mis dedos rozaron la tela áspera de su túnica, justo en la curva de su cintura. El contacto fue eléctrico. Una descarga que recorrió todo mi brazo y se instaló directamente en mi entrepierna, que ya empezaba a responder con una urgencia primitiva.

—Desde que te vi… —Empecé a decir, pero las palabras se me atascaron. No eran necesarias.

—Yo también te he visto, Erik —susurró, y finalmente se giró.

Sus ojos me perforaron. Miel oscuro en la penumbra, brillando con una mezcla de miedo, deseo y un conocimiento que nos superaba. Eran los ojos de la mujer de mis visiones, de la madre de mi hijo imaginario, de la esposa que juré volver a buscar. Y eran, al mismo tiempo, los ojos de Alba, la mujer que había conocido apenas hacía unas horas.

La contradicción me volvió loco.

Mi mano subió desde su cintura hasta su espalda, atrayéndola hacia mí. No hubo resistencia. Su cuerpo chocó suavemente contra el mío, y el impacto me robó el aliento. Podía sentir la suavidad de sus pechos a través de las dos capas de tela, la calidez de su vientre contra mi erección, que ahora era una presencia insistente e innegable.

—Esto está mal —dijo ella, pero sus manos subieron y se anclaron en mi pecho, aferrándose a la tela de mi túnica como si fuera un salvavidas—. No tiene sentido.

—El sentido es lo último que me importa ahora mismo —confesé, y mi cabeza bajó.

Mi boca encontró la suya.

Y esta vez, no hubo duda. No hubo fragmentos. No hubo visiones del pasado.

Solo el presente. Ardiente. Húmedo. Desesperado.

El beso no fue tierno. Fue una afirmación. Una reclamación. Mis labios se movieron sobre los suyos con una ferocidad que me asombró, devorándola, probándola, intentando confirmar que era real, que estaba aquí, en mis brazos. Ella respondió con la misma intensidad, su boca se abrió bajo la mía y su lengua me buscó, encontró la mía y comenzó un baile sensual y competitivo, una lucha por el dominio que sabía que iba a perder.

Porque quería perderla.

Quería que ella me consumiera.

Una de mis manos se deslizó por su espalda hasta la base de su nuca; mis dedos se enredaron en su pelo, liberando las trenzas con una urgencia torpe. El cabello se derramó como una cortina de seda oscura sobre mis manos, y el simple hecho de sentirlo me hizo jadear contra su boca.

—Erik… —Susurró mi nombre, y el sonido fue una súplica y una provocación a la vez.

—Sí —gruñí contra sus labios—. Dímelo todo. Dime lo que quieres.

Mi otra mano descendió por su costado, pasando por la cintura, hasta la curva de su cadera. La apreté, tirando de ella aún más contra mí, haciéndole sentir exactamente lo que estaba haciendo conmigo. Un gemido bajo escapó de su garganta, un sonido vibrante que sentí en mi propia boca.

—Esto… —dijo, rozando mi mandíbula con los labios—. Quiero esto.

—Cógelo —desafié.

Y lo hizo.

Sus manos abandonaron mi pecho y subieron, se enredaron en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia un lado para exponer mi cuello. Su boca descendió, sus labios calientes y húmedos trazaron una línea de fuego desde mi mandíbula hasta mi clavícula. Sentí el roce de su lengua, el suave y doloroso mordisco de sus dientes en mi piel.

Cerré los ojos y me incliné hacia atrás, dándole acceso, rindiéndome al asalto. Era un placer agudo, casi doloroso. Cada beso, cada lamida, era una chispa que encendía más el fuego que ya me consumía por dentro.

Mi mano, la que estaba en su cadera, empezó a moverse. Lentamente, explorando la forma de su muslo a través de la tela, subiendo por el costado hasta la suave curva de su pecho. Sentí el peso de él en mi palma, la dureza de su pezón a través del vestido. Lo rocé con el pulgar, y ella arqueó la espalda, empujándose contra mi mano con un movimiento instintivo.

—Sí… —gimió—. Así.

—¿Así? —repetí, apretando un poco más, rodando el pezón entre mis dedos—. ¿Te gusta que te toque, Alba?

—Sí —suspiró, su boca volviendo a la mía en un beso desordenado, hambriento—. Sí, joder, que sí.

La palabra, cruda y real, sonó como música en mis oídos. La necesitaba. Necesitaba su crudeza, su deseo sin filtros.

Con un movimiento rápido, agarré el dobladillo de su vestido y se lo tiré hacia arriba. Ella levantó los brazos sin dudarlo, permitiéndome que se la arrancara por encima de la cabeza. La tela voló por el aire y aterrizó en un montón oscuro en el suelo.

Y entonces la vi.

A la luz de la chimenea, su piel parecía bronceada, cálida. Sus pechos eran perfectos, ni grandes ni pequeños, con unos pezones oscuros y erectos que me invitaban a probarlos. Su vientre era suave y plano, y mis ojos descendieron, siguiendo la línea de su cuerpo hasta el triángulo de vello oscuro que se adivinaba bajo la tela de sus pantalones. Eran unos pantalones de cuero suave, ajustados, que se adherían a sus piernas como una segunda piel.

La miré. La miré de verdad. Y vi a la mujer de mis sueños y a la mujer de mi realidad fusionarse en una sola figura perfecta.

—Tu turno —dijo ella, con una sonrisa traviesa y desafiantemente femenina.

Sus manos se movieron con una seguridad que me desarmó. Deshicieron el cinturón de cuero, el crujido del metal rompiendo el silencio denso de la cabaña. Sus manos eran ágiles, seguras, deslizándose bajo mi túnica y encontrando la calidez de mi piel. El contacto de sus palmas contra mi abdomen me hizo contener la respiración. Era una tortura deliciosa.

—Demasiada ropa —susurró, sus ojos brillando con un fuego que reflejaba el de la chimenea y el que ardía dentro de mí.

No pude estar más de acuerdo.

Con un movimiento brusco, la aparté lo justo para arrancarme mi propia túnica de encima. La tela voló y se unió a la suya en el suelo. El aire fresco de la estancia me golpeó el torso, pero el frío duró apenas un segundo. Porque sus ojos me recorrieron, y su mirada fue más caliente que cualquier llama.

—Así te quería ver —dijo, y su voz era un ronroneo bajo y satisfactorio.

Sus manos volvieron a mí, pero esta vez sin barreras. Sus dedos trazaron las líneas de mis pectorales, bajaron por mi abdomen hasta el borde de mis pantalones de cuero. Cada centímetro de piel que tocaba era un territorio que reclamaba, que marcaba como suyo. Mi cuerpo temblaba bajo su exploración, una mezcla de control y rendición.

—Alba… —Advertí, mi voz tensa—. Sigue así y esto se acabará antes de empezar.

Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios.

—Eso sería una pena. Tengo planes para ti, vikingo.

La palabra me golpeó como un latigazo. Vikingo. Y en ese momento, me sentí como uno. Primitivo. Salvaje. Dominante.

Mi paciencia se agotó.

La agarré por la cintura y la levanté sin esfuerzo. Ella lanzó un leve grito de sorpresa que se convirtió en una risa cuando la deposité sobre la mesa de madera gruesa y rústica que había junto a la chimenea. La madera estaba fría contra su piel desnuda, y ella se estremeció, sus pechos erectos pidiendo a gritos ser tocados.

Me coloqué entre sus piernas, que se abrieron para mí de forma instintiva. Mi cuerpo encajó perfectamente contra el suyo, mi erección insistente contra su vientre a través de las capas de cuero que aún nos separaban.

—¿Tus planes incluyen esto? —pregunté, bajando la cabeza y dejando un beso húmedo en la curva de su cuello.

—Sí… —Gimió, su cabeza cayendo hacia atrás, dándome acceso completo a su garganta—. Y más.

Mis labios descendieron por su clavícula, hacia el valle profundo entre sus pechos. Podía sentir el latido de su corazón, rápido y fuerte, como el de un pájaro atrapado. Mi mano subió por su costado, mi pulgar rozando la base de su seno antes de cerrarme sobre él. La pesé en mi palma, la forma perfecta, la piel suave y el pezón duro como un guijarro contra mi piel.

—Erik… —susurró, empujando su pecho contra mi mano—. Por favor.

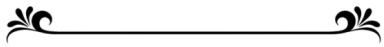
No hice caso a su ruego. Quería saborearlo. Quería que estuviera loca de deseo. Me incliné y tomé su otro pezón en mi boca. El sabor de su piel era limpio, salado, inconfundiblemente ella. La chupé con fuerza, usé la lengua para jugar con él, mordiéndolo suavemente con los dientes. Su cuerpo se arqueó bajo el mío, un gemido largo y bajo escapando de sus labios.

—Más… te juro que si paras… —Amenazó, sus manos anclándose en mi pelo, empujándome hacia ella.

—No voy a parar —gruñí contra su piel—. Hasta que te tenga suplicando.

Y cumplí mi promesa. Mi boca se alternó entre sus pechos, devorándolos, lamiéndolos, mordiéndolos hasta que ambos estaban enrojecidos e hinchados, brillantes con mi saliva. Sus gemidos llenaban la cabaña, una música caótica y hermosa que alimentaba mi propia excitación.

Capítulo 14



Erik

Mi mano libre descendió, explorando. Mis dedos siguieron, desde su muslo hasta el calor intenso que emanaba de su entrepierna. La rocé con el dorso de la mano, y ella levantó las caderas, buscando más presión, más contacto.

—¡Maldita sea, Erik! —explotó, frustrada.

Sonreí contra su piel. La tenía exactamente donde la quería.

Mis dedos encontraron la humedad de sus labios, la calidez de su sexo ya abierto para mí.

Alba estaba completamente desnuda sobre la mesa, a merced de mis ojos y mis manos.

La contemplé. Era una diosa. Una diosa vikinga, de piel cálida y ojos de miel, extendida sobre un altar de madera, esperando que la tomara.

—Ahora eres tú quien tiene demasiada ropa —dijo ella, con la voz ronca por el deseo, y sus ojos fijos en el bulto evidente en mis propios pantalones.

Desabroché mi cinturón y mis pantalones cayeron al suelo. Mi erección se liberó, dura y pulsante, y vi cómo sus ojos se ensanchaban al verme, cómo su lengua salía a humedecerse los labios con un gesto lento y deliberado.

—Ven aquí —ordenó ella, extendiendo una mano hacia mí.

Me moví sobre ella, mi cuerpo cubriendo el suyo. El contacto de nuestra piel desnuda fue una explosión. Piel contra piel, caliente, suave, perfecta. Mi miembro se deslizó entre sus muslos, rozando su humedad, y ambos gemimos al unísono.

La apoyé contra la mesa, mi peso sobre mis antebrazos a cada lado de su cabeza. La miré a los ojos.

—¿Esto es lo que querías, Alba? —pregunté, y mi voz sonó con un susurro bajo y dominante.

—Sí —respondió, sin dudarlo—. Es exactamente lo que quería.

—¿Y esto? —dije, mientras mi mano bajaba y mis dedos se deslizaban entre sus labios, encontrando su clítoris, ya hinchado y sensible.

Lo rocé con la yema del dedo, un círculo lento y tortuoso. Ella arqueó la espalda, un grito ahogado en su garganta.

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Y esto? —insistí, deslizando un dedo dentro de ella, sintiendo cómo sus músculos se contraían, atrapándome, invitándome a entrar más profundo. Estaba mojada, increíblemente mojada, lista para mí.

—Erik… por favor… —Suplicó, sus caderas moviéndose al ritmo de mis dedos, buscándolos, necesitándolos.

—Por favor, ¿qué? —provoqué, añadiendo un segundo dedo, estirándola, preparándola para mí.

—¡Fóllame! —exigió, y sentí sus uñas arañando mi espalda—. ¡Ahora, Erik, fóllame ya!

Eso fue todo lo que necesitaba.

Retiré mis dedos y la agarré por las caderas, girándola con un movimiento rápido y seguro. Apoyó las manos en la mesa, ofreciéndome su espalda, con su trasero perfecto elevado hacia mí. La posición era salvaje, primitiva. Animal.

Me coloqué detrás de ella, mis rodillas empujando sus piernas para abrirlas más. Agarré mi miembro, lo guié hacia su entrada, rozándola, sintiendo su calor, su humedad.

—Mírate —dije, con voz ronca—. Mírame preparándome para tomarte.

Ella miró por encima de su hombro, sus ojos oscuros y llenos de lujuria. Y entonces, con un movimiento lento y deliberado, la penetré.

Entré en ella una pulgada, solo para sentir cómo su cuerpo me recibía, cómo sus músculos se estiraban para acomodarme. El calor era abrumador, la humedad un lubricante perfecto que me invitaba a perderme en ella. Gemí, un sonido bajo y gutural que salió de lo más profundo de mi ser.

—No te detengas —rogó ella, empujando sus caderas hacia atrás, intentando tomar más de mí—. Quiero todo. Ahora.

Y se lo di.

Con un solo movimiento profundo y poderoso, me hundí en ella hasta el fondo. El impacto nos hizo gemir a los dos. Me quedé así, inmóvil, disfrutando de la sensación de estar completamente dentro de ella, de estar unido a ella de una forma que parecía más real que cualquier recuerdo. Era como volver a casa.

—Joder… —Suspiró ella, su cabeza cayendo hacia adelante, su pelo oscuro cayendo como una cortina sobre su espalda—. Así. Exactamente así.

Comencé a moverme. Al principio, lentamente, retirándome casi por completo antes de volver a entrar con una fuerza creciente. Cada embestida era una afirmación, una reclamación. Cada golpe de mi piel contra la suya era un sonido que nos unía, que nos ataba a este momento, a esta cabaña, a esta locura.

Sus gemidos se convirtieron en gritos. Sus manos, que apoyaba en la mesa, se cerraron en puños. Sus caderas se movían al ritmo mío, encontrándome, recibiéndome, pidiendo más.

—Más fuerte… —Gimió, mirándome de nuevo por encima del hombro, sus ojos llenos de lágrimas de placer—. Erik… Más fuerte.

Esa fue mi perdición.

Mi control se rompió. Agarré sus caderas con más fuerza, mis dedos dejando marcas blancas en su piel, y comencé a follársela con una ferocidad que no sabía que poseía. Mis embestidas se hicieron más rápidas, más profundas, más salvajes. La mesa crujía bajo nosotros, golpeando rítmicamente contra la pared. El mundo exterior se desvaneció por completo. Solo existíamos nosotros. Solo existía este fuego.

—¡Sí! ¡Así! ¡Así! —gritaba ella, con cada embestida, su cuerpo temblando bajo el mío—. ¡No pares! ¡No pares!

La sentí cerca. Su sexo se contrajo alrededor de mi miembro, un espasmo delicioso que me hizo ver estrellas. Sus gritos se volvieron más agudos, más desesperados.

—Erik… Erik… voy a… voy a…

—Córrete para mí —gruñí, inclinándome hacia ella, mi boca junto a su oreja—. Córrete ahora. Quiero sentirlo.

Y lo hizo.

Con un grito ahogado, su cuerpo se arqueó en un espasmo violento y hermoso. Sentí la ola de su orgasmo recorrerla, sentí cómo sus músculos se apretaban alrededor de mí en una serie de contracciones rítmicas que me llevaron al límite. La mantuve en mi interior, moviéndome lentamente, prolongando su placer hasta que ella se derrumbó sobre la mesa, temblando y jadeando.

La dejé un momento para que se recuperara, mi cuerpo todavía unido al suyo, mi respiración tan agitada como la suya. Luego, con un cuidado que contrastaba con la ferocidad de antes, la retiré de la mesa y la levanté en brazos. Ella se envolvió alrededor de mí, sus piernas alrededor de mi cintura, sus brazos alrededor de mi cuello, su cabeza apoyada en mi hombro.

La llevé hasta la cama de pieles que había en un rincón de la cabaña, cerca del fuego. La deposité suavemente sobre las pieles suaves y cálidas, y me tumbé a su lado.

La miré. Su cara estaba sonrojada, sus ojos brillantes, sus labios hinchados por mis besos. Nunca la había visto más hermosa.

—Hola —dijo ella, con una sonrisa perezosa y satisfecha.

—Hola —respondí, sonriendo yo también—. ¿Estás bien?

—Más que bien —dijo, acercándose y dándome un beso suave y tierno, un beso que contrastaba con la pasión salvaje que habíamos compartido—. Mucho más que bien.

Sus manos comenzaron a moverse de nuevo, explorando mi pecho, mi abdomen, bajando hasta mi miembro, que todavía estaba duro y listo para ella. Lo rodeó con sus dedos, y un temblor recorrió mi cuerpo.

—Parece que a ti también te ha gustado —dijo, con una sonrisa traviesa—. Pero creo que ahora me toca a mí.

Antes de que pudiera responder, se giró y se montó sobre mí, sus rodillas a cada lado de mis caderas. Me miró desde arriba, su pelo cayendo sobre sus hombros, sus pechos erectos pidiendo ser tocados. Era la imagen de una diosa del sexo, poderosa y dominante, y me sentí completamente a su merced.

Se levantó un poco, me guio hasta su entrada y se dejó caer, lentamente, tomando toda mi longitud dentro de ella. Ambos gemimos al unísono.

—Ahora —dijo, su voz un susurro bajo y dominante—. Ahora eres mío.

Y comenzó a moverse.

Su ritmo era diferente al mío. Más lento, más sensual, más controlado. Se movía en círculos, usando sus músculos internos para masajearme, para torturarme con un placer tan intenso que era casi doloroso. Sus manos estaban apoyadas en mi pecho, y sus ojos estaban fijos en los míos, obligándome a mantener el contacto, a ver todo el placer que me estaba dando.

—Así… —Gimió, moviendo sus caderas con una gracia que me robaba el aliento—. ¿Te gusta, vikingo?

—Sí —jadeé, mis manos subiendo a sus caderas, intentando guiarla, controlarla.

—No me toques —ordenó, apartando mis manos—. Solo mírame. Solo siénteme.

Y lo hice. La miré mientras se movía sobre mí, mientras su cuerpo bailaba una danza ancestral sobre el mío. La vi perder el control, cómo su respiración se agitaba, cómo sus gemidos se volvían más urgentes. La vi acercarse al borde de nuevo, y esta vez quise ir con ella.

Agarré sus caderas con fuerza y la giré, quedándome yo encima de ella sin salirme. La miré a los ojos.

—Mi turno —dije, y comencé a moverme de nuevo.

Esta vez fue diferente. No era salvaje, no era dominante. Era profundo, lento, íntimo. Cada embestida era una promesa, cada beso un juramento. Hacía el amor con ella, y mientras lo hacía, las imágenes volvieron.

Pero esta vez no eran fragmentos. Eran claras. Nítidas.

La vi en un embarcadero, con un bebé en brazos. La vi en una cama de pieles, riendo mientras la besaba. La vi llorando mientras me despedía, prometiéndole que volvería. Y supe, con una certeza que me heló la sangre, que todo era real. Que la habíamos amado antes. Que nos habíamos perdido. Y que ahora, contra todo pronóstico, nos habíamos encontrado de nuevo.

—Alba… —Susurré, mi voz cargada de una emoción que no podía controlar—. Te recuerdo.

Ella me miró, y vi sus ojos llenos de lágrimas.

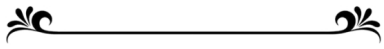
—Yo también te recuerdo, Erik. Siempre te he recordado.

Y entonces, con un movimiento final, profundo y perfecto, nos fundimos en un orgasmo que nos barrió a ambos. Fue un clímax que no era solo físico, sino espiritual. Un clímax que sellaba un pacto que había sido hecho hacía siglos.

Nos quedamos así, abrazados, mientras el fuego de la chimenea se consumía lentamente. El mundo exterior podía esperar. Nuestro pasado podía esperar. El futuro podía esperar.

Por esta noche, solo existíamos nosotros. Y era suficiente.

Capítulo 15



Alba

El primer indicio de que el mundo seguía existiendo fue el calor.

No el calor del fuego, que ya era solo brasas moribundas en el hogar. Era un calor vivo, una fuente de calor constante y reconfortante a mi espalda. El peso de un brazo sobre mis hombros, la pierna de él enredada con la mía y el suave latido de su corazón contra mi mejilla, donde mi cabeza descansaba en su pecho.

Abrí los ojos lentamente. La luz de la mañana se filtraba por la pequeña ventana de la cabaña, pintando de oro las partículas de polvo que danzaban en el aire. El olor era una mezcla de leña quemada, sexo y Erik. Un olor que sentí que había conocido toda la vida.

Su respiración era tranquila, profunda y regular. Cada vez que exhalaba, su pecho se elevaba y bajaba bajo mi mejilla, un ritmo que me anclaba a la realidad, por más extraña que esta fuera. La noche anterior no había sido un sueño. La evidencia estaba en mi cuerpo, en el dulce dolor de mis músculos, en la sensibilidad de mi piel, en la humedad que aún recordaba entre mis muslos.

Y estaba en mi mente.

Porque los recuerdos no habían parado con el amanecer. Al contrario, ahora, en la quietud de la mañana, eran más nítidos que nunca. No solo los fragmentos que me asaltaron durante la ceremonia. Ahora era una película completa, proyectada en el interior de mi cráneo. Yo, con otro vestido, otro peinado, pero la misma determinación en los ojos. Él, más joven, más salvaje, con el pelo más largo y la barba incipiente, pero la misma intensidad en su mirada.

Recordé la otra cama de pieles. No esta, sino una en una casa larga, con el sonido del mar y el viento como única banda sonora. Recordé cómo me despojó de mi ropa, no con la urgencia de anoche, sino con una lentitud reverente, como si desvelara un tesoro. Sus manos, callosas pero increíblemente suaves, recorriendo cada centímetro de mi piel. Sus labios, siguiendo el mismo camino, dejando un rastro de fuego.

Recordé cómo se arrodilló ante mí, su cabeza nivelada con mi vientre, sus ojos mirándome desde arriba mientras sus dedos me abrían lentamente. El primer contacto de su lengua en mi clítoris fue una descarga eléctrica que me hizo gritar. Me comió con una devoción feroz, como si mi sabor fuera su única sustancia, como si mi placer fuera su única razón de ser. Sus dedos se unieron a su boca, entrando y saliendo de mí en un ritmo que me llevó al borde del abismo una y otra vez, hasta que exploté en un orgasmo que pareció durar una eternidad, sacudiéndome hasta los cimientos.

Y luego, recordé cómo me tomó. Cómo se alzó sobre mí, cómo entró en mí con un movimiento lento y profundo que nos unió por completo. No fue salvaje como la de anoche contra la mesa. Fue algo más. Fue un acto de posesión, de pertenencia, de amor. Cada embestida era una promesa, cada gemido un juramento. Nos miramos a los ojos todo el tiempo, viendo no solo al presente, sino a todos los pasados que compartíamos. Y cuando nos corrimos, fue juntos, una ola gigante que nos arrastró a los dos, dejándonos exhaustos y entrelazados, más unidos que nunca.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, mezcla del recuerdo erótico y la brisa matutina. Me apreté más contra Erik, buscando su calor, su realidad. Él gruñó algo ininteligible en su sueño y me apretó más fuerte contra él. Su instinto, incluso dormido, era el de retenerme.

Sonreí. Una sonrisa tonta, satisfecha, completamente enamorada. Estaba perdida. Lo sabía. Estaba irremediablemente, maravillosamente perdida en este hombre, en esta historia, en esta locura que tenía más sentido que cualquier cosa que hubiera vivido antes.

Y entonces, el mundo real irrumpió con una violencia estridente.

Un vibrado agudo y persistente cortó el silencio sagrado de la mañana. Mi móvil. Estaba en el suelo, entre la pila de ropa y los restos de nuestra pasión.

Me deslicé de su abrazo con una delicadeza que no sabía que poseía, moviéndome como una gata para no despertarlo. Erik suspiró, pero no se despertó, volviéndose a su lado y continuando su sueño tranquilo. Me quedé mirándolo un segundo. La luz del amanecer delineaba los músculos de su espalda, el perfil de su mandíbula. Era hermoso. Y era mío. O al menos, lo había sido. Y volvería a serlo.

Cuando cogí el móvil, vi el nombre de Lara en la pantalla. Mi corazón dio un vuelco. Contesté y me puse de pie, caminando hacia la ventana para hablar en susurros.

—¿Hola?

—¿Alba? ¿Dónde coño estás? —La voz de Lara sonaba preocupada y un poco colérica—. Tu cama está intacta. ¡Me has tenido toda la noche preocupada!

—Tranquila, Lara, estoy bien —dije lo más bajo que pude, mirando hacia la cama para asegurarme de que Erik seguía dormido—. Estoy… bien.

—¿Dónde estás? ¿Te ha pasado algo? ¿Te ha secuestrado algún vikingo con sobrepeso y complejo de inferioridad?

Contuve la risa. Si tan solo supiera lo que había pasado la noche anterior…

—No, no, nada de eso. Estoy con Erik.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio cargado de expectación. Y luego, un grito ahogado de pura y absoluta euforia.

—¡¡No me digas!! —chilló Lara, tan alto que tuve que apartar el móvil del oído—. ¡¡Lo sabía!! ¡¡Desde el momento en el que os vi juntos, sabía que hacía bien en meterte un par de preservativos en el bolso!!

Mi sangre se heló.

Mi bolso.

Mi bolso, donde Lara, en su infinita y a veces molesta sabiduría, siempre metía un par de preservativos "por si acaso".

Mi bolso, que estaba en la cabaña donde me cambié de ropa. La cabaña a la que nunca volvimos anoche.

Los preservativos que no usamos.

Ni uno.

Ni uno solo.

—Alba. ¿Estás ahí? ¿Por qué te has quedado en silencio? ¡Es para celebrarlo, tonta! ¡Dime que al menos has sido una chica lista y los has usado!

Tragué saliva, el pánico mezclándose con el recuerdo de la cruda, increíblemente buena, desprotegida pasión de la noche. De la mañana.

—Alba…

—Los… los usé, Lara. Claro —mentí, la voz me salió temblorosa y poco convincente—. Soy una chica lista.

—Mmm —dijo ella, claramente no convencida—. Bueno, da igual. ¡Lo importante es que ha pasado! ¡Te lo dije! ¡Sabía que había algo ahí! Él te gusta y tú a él, no hay duda. ¿Vuelves pronto? Qué tontería —rio —. ¿Cómo vas a querer volver si estás con un dios vikingo del sexo?

—Lara, por Dios.

—Tómate tu tiempo, en serio.

—Iré pronto —dije, cortando la conversación antes de que siguiera con su interrogatorio.

Colgué y me quedé mirando el móvil, con el corazón en un puño. Joder. ¿Qué hacía? ¿Qué significaba todo esto? ¿Recordaba él lo mismo que yo? ¿O era solo una locura compartida?

Me giré lentamente, con mil pensamientos revoloteando en mi cabeza. Y me encontré con sus ojos.

Erik estaba despierto. Me estaba mirando desde la cama, recostado sobre un codo, la piel de su torso brillando a la luz del amanecer. No parecía enfadado ni confundido. Parecía… tranquilo. Y hambriento.

—¿Problemas? —preguntó, su voz ronca por el sueño.

—Era Lara. Estaba… preocupada —dije, acercándome lentamente a la cama.

—Ah. —Hizo una pausa, sus ojos recorriendo mi cuerpo desnudo—. ¿Y vas a ir pronto? —terminó su pregunta con la voz en un murmullo bajo y cargado de intenciones.

Me quedé de pie, a un paso de la cama, sintiendo su mirada como una caricia física. Recorrió mis pechos, mi vientre, mis muslos, volviendo a mis ojos con una intensidad que me quitaba el aliento.

—Supongo que… debería irme ya —dije, pero mis pies no se movieron. Estaban clavados en el suelo.

Una sonrisa lenta, pícara y absolutamente sexy se dibujó en los labios de Erik. Se sentó, el cobertor de pieles resbalando por su torso y revelando su cuerpo perfecto. Mi mirada descendió instintivamente, viendo la erección que ya empezaba a abultar la manta. No era una mañana de despedida. Era una mañana de principio.

—No —dijo él, su voz dejando claro que no era una sugerencia, sino una afirmación—. No vas a ir pronto.

Se levantó de la cama y, por un momento, vi al vikingo de mis recuerdos. Alto, poderoso, con una confianza animal que emanaba de cada poro de su piel. Caminó hacia mí, y no me moví. No pude. Era como hipnotizada.

Se detuvo frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su piel. Me rodeó con un brazo por la cintura, atrayéndome hacia él con una fuerza suave pero ineludible. Nuestros cuerpos chocaron, y el contacto fue una explosión de electricidad. Mi piel, ya sensible de la noche anterior, se erizó por completo.

—Erik, de verdad que… Empecé a protestar, pero fue inútil.

—Calla —ordenó, y su boca se apoderó de la mía.

El beso fue diferente al de la noche anterior. No fue salvaje, ni desesperado. Fue profundo, lento, posesivo. Sus labios se movieron sobre los míos con una autoridad que me hizo temblar; su lengua entró y exploró cada rincón de mi boca, reclamándola, saboreándola, como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Y, de alguna forma, sabía que lo tenía.

Una de sus manos se deslizó por mi espalda, hasta la base de mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo, mientras la otra bajaba por mi cintura hasta mi culo, que apretó con firmeza, tirando de mí contra su erección. Un gemido bajo escapó de mi garganta, un sonido de pura rendición.

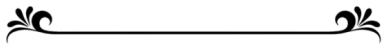
—¿De verdad crees que te voy a dejar ir después de una noche como esta? —susurró contra mis labios, su voz áspera y cargada de deseo—. ¿Después de haberte encontrado de nuevo?

Mis manos, que habían estado colgando inertes a mi lado, subieron y se anclaron en sus hombros. No para empujarlo, sino para aferrarme a él. Para no caerme.

—No… No lo sé —confesé, mi voz temblorosa—. Estoy… confundida.

—No estés confundida —dijo, besándome de nuevo, un beso rápido y duro—. Solo siente. Siente esto.

Capítulo 16



Alba

Y para demostrármelo, su mano abandonó mi culo y se deslizó por mi vientre, bajando hasta el calor entre mis piernas. Sus dedos expertos se abrieron paso entre mis labios, encontrándome ya húmeda, ya lista para él. El contacto directo en mi clítoris me hizo arquear la espalda, un grito ahogado en mi garganta.

—¿Ves? —murmuró, su boca descendiendo por mi cuello, mordisqueando la piel sensible—. Tu cuerpo no está confundido. Tu cuerpo me recuerda. Me conoce.

Y era verdad. Mi cuerpo reaccionaba a él como si lo hubiera hecho toda la vida. Cada toque, cada beso, cada palabra despertaba una respuesta en mí que era tan vieja como el tiempo.

Sus dedos comenzaron a moverse, un círculo lento y tortuoso que me tenía al borde de la locura. Mis piernas empezaron a temblar, y me apoyé en él para no caer.

—Erik… por favor… —Supliqué, sin saber qué pedía exactamente.

—Por favor, ¿qué? —provocó, añadiendo un poco más de presión, su ritmo volviéndose un poco más rápido—. Dime qué quieres, Alba.

—¡A ti! —exploté, mi cabeza cayendo hacia atrás, dándole acceso completo a mi garganta—. ¡Te quiero a ti, Erik, siempre te he querido a ti!

La confesión, cruda y sin filtros, colgó en el aire entre nosotros. Él se detuvo. Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Y en su mirada vi todo lo que sentía. El deseo, la sorpresa, el reconocimiento y algo más profundo, algo que se parecía peligrosamente al amor.

—Yo también a ti —dijo, su voz seria, cargada de una emoción que me hizo llorar—. Siempre.

Y entonces, se arrodilló frente a mí.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía lo que iba a hacer. Lo recordaba. Lo había sentido antes.

Sus manos me rodearon los muslos, sus dedos trazando la piel sensible del interior. Me miró desde arriba, sus ojos oscuros y llenos de lujuria.

—He soñado con esto —dijo, su voz un susurro reverente—. He soñado con tu sabor.

Y entonces, inclinó la cabeza y su boca me encontró.

El primer contacto de su lengua en mi clítoris fue como un rayo. Un grito puro y sin filtros escapó de mis labios. Mis manos se anclaron en su pelo, sosteniéndolo, empujándolo hacia mí. Él respondió con un gemido de satisfacción y comenzó a devorarme.

No era tierno. No era delicado. Era salvaje. Feroz. Comía mi sexo con un hambre que me aterrorizaba y me excitaba a la vez. Su lengua se movía con una destreza increíble, lamiendo, chupando, mordisqueando. Sus dedos se unieron a la fiesta, uno, luego dos, entrando y saliendo de mí en un ritmo que se sincronizaba con los movimientos de su lengua.

El placer fue abrumador. Una ola creciente, gigantesca, que me arrastraba hacia el abismo. El mundo se desvaneció. Solo existía su boca en mí, el sonido de sus gemidos, el sabor de mi propia excitación. Mis piernas empezaron a ceder, y él tuvo que sostenerme con sus brazos, manteniéndome en pie mientras me llevaba al paraíso.

—¡Erik! ¡Por Dios! —grité, mi cuerpo temblando incontrolablemente —. ¡No pares! ¡Por favor, no pares!

Él no paró. Al contrario, aceleró su ritmo, su lengua moviéndose más rápido, sus dedos entrando más profundo, buscando ese punto dentro de mí que sabía que me haría volar por los aires.

Y lo encontró.

El orgasmo me golpeó como una explosión. Una onda expansiva de placer puro que recorrió todo mi cuerpo, desde la punta de mi pelo hasta la punta de mis pies. Mis piernas se doblaron y él me sostuvo, su boca todavía en mí, bebiendo mi placer, prolongando mi orgasmo hasta que me convertí en un temblor incontrolable en sus brazos.

Cuando terminé, me levantó en brazos con la misma facilidad que la noche anterior y me llevó de vuelta a la cama de pieles. Me depositó suavemente y se tumbó a mi lado, mirándome con una sonrisa satisfecha.

—Hola —dijo, con voz ronca.

—Hola —respondí, jadeando, completamente exhausta e increíblemente viva—. Joder, Erik.

—Ya te he dicho que no eres la única —dijo, y se inclinó para darme un beso, un beso en el que podía saborearme a mí misma—. Pero ahora, es mi turno.

Se colocó sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío. Su miembro, duro y pesado, se deslizó entre mis labios, rozándome, haciéndome gemir. Estaba tan sensible que el simple contacto era casi demasiado.

—¿Estás lista? —preguntó, su voz un murmullo bajo—. ¿Lista para mí?

—Siempre he estado lista para ti —respondí, y fue la verdad más absoluta que había dicho en mi vida.

Su sonrisa fue mi perdición. Una mezcla de triunfo, deseo y una ternura que me deshizo por dentro. No dijo nada más. No hizo falta. Sus acciones lo dijeron todo.

Con un movimiento lento y deliberado, separó mis piernas con una de sus rodillas, abriéndome, poseyéndome con su simple presencia. Se colocó entre ellas, su peso sobre mí, una presión segura y excitante que me anclaba a la cama de pieles y a este momento. Agarró su miembro, lo guio hacia mi entrada, y el simple roce de su cabeza húmeda y caliente contra mis labios me hizo jadear.

—Mírame, Alba —ordenó, su voz ronca, dominante.

Abrí los ojos, que no sabía que había cerrado. Lo miré desde abajo, viendo la tensión en sus mandíbulas, el fuego en sus ojos, la forma en que los músculos de su brazo se tensaban mientras se contenía.

—Esta vez —dijo, mientras se deslizaba dentro de mí, despacio, centímetro a centímetro, haciéndome sentir cada pulgada de su espesor—. Esta vez lo voy a recordar todo.

Y entró.

La penetración fue lenta, profunda, increíblemente íntima. Sentí cómo se abría paso en mí, cómo mis músculos se estiraban para recibirlo, cómo su longitud llenaba cada rincón de mí. Era una sensación de plenitud, de completitud, de volver a casa después de una eternidad perdida. Cuando estuvo completamente dentro, hasta el fondo, se detuvo. Bajó la cabeza y descansó su frente contra la mía, nuestra respiración entrelazada.

—Joder… Alba… —Suspiró, su voz temblorosa—. Es como recordarlo.

—Sí —gimió, mis manos subiendo y anclándose en su espalda, mis uñas ligeramente clavadas en su piel—. Es como si nunca nos hubiéramos separado.

Y entonces comenzó a moverse.

Su ritmo era lento, casi tortuoso. Se retiraba casi por completo, para luego volver a entrar con una fuerza controlada que me robaba el aliento. Cada embestida era una declaración, una afirmación de lo que éramos. No era una follada, era una comunión. Hacíamos el amor, pero no como dos extraños que se acaban de conocer. Lo hacíamos como dos almas que se han estado buscando a través de los siglos.

Sus labios se movieron sobre los míos, un beso lento y profundo que se sincronizaba con el ritmo de sus caderas. Sus manos recorrían mi cuerpo, explorándome, redescubriéndome. Pasaron por mis caderas, mi cintura, subieron por mis costados hasta mis pechos, que pesó en sus manos, sus pulgares rozando mis pezones ya erectos y sensibles.

—Eres perfecta —susurró contra mi boca—. Siempre lo fuiste.

El placer se iba construyendo, no como una ola rápida y violenta, sino como una marea creciente, lenta pero imparable. Cada movimiento, cada toque, cada palabra era un ladrillo más en el muro del éxtasis que se estaba construyendo a mi alrededor. Podía sentir la tensión creciendo en mi vientre, el calor extendiéndose por todo mi cuerpo.

—Más rápido… —Supliqué, mis caderas moviéndose instintivamente para encontrarlo, para pedirle más—. Erik, por favor…

Él escuchó mi ruego. Su ritmo se aceleró, sus embestidas se hicieron más profundas, más fuertes. El sonido de nuestra piel chocando llenaba la cabaña, un ritmo primitivo y antiguo que era la banda sonora de nuestra reunificación.

—¿Así? —preguntó, su voz áspera, su mirada fija en la mía—. ¿Así es como lo recuerdas?

—Sí… sí… —Gemí, envolviendo su cintura con mis piernas, y mis talones clavándose en sus nalgas para empujarlo más profundo dentro de mí—. ¡Más!

Y me lo dio.

Su control se rompió. Comenzó a moverme con una ferocidad que me dejó sin aliento. Sus embestidas eran poderosas, profundas, golpeando un punto dentro de mí que me hacía ver estrellas. El placer se convirtió en algo casi doloroso, una sobrecarga sensorial que me tenía al borde de la locura.

—¡Erik! ¡Erik! —gritaba su nombre, como un mantra, como una oración—. ¡Me voy a correr!

—Córrete para mí, Alba —gruñó, su boca junto a mi oreja, su aliento caliente contra mi piel—. Córrete conmigo. Ahora.

Y su orden fue mi perdición.

Con un grito desgarrador, mi cuerpo explotó. El orgasmo me barrió como un tsunami, una ola de placer tan intensa, tan abrumadora, que me dejó ciega y sorda. Mi cuerpo se arqueó en un espasmo violento, mis músculos se contrajeron alrededor de su miembro, atrapándolo, apretándolo, y sentí cómo él perdía el control también.

Con un rugido gutural, se hundió en mí una última vez, tan profundo que pensé que nos fusionaríamos para siempre. Sentí su eyaculación, una serie de espasmos calientes dentro de mí, y el conocimiento de que lo estaba recibiendo sin protección, de que estaba tomando su semilla, me llevó a un segundo clímax, más pequeño, pero igual de intenso, que me hizo temblar incontrolablemente.

Nos quedamos así, abrazados, temblando, jadeando, mientras las olas del placer se retiraban lentamente, dejándonos exhaustos y flotando en un mar de satisfacción. Él no se movió de dentro de mí, y yo no quería que lo hiciera. Me gustaba sentir su peso, su calor, su presencia.

Pasaron varios minutos antes de que pudiera hablar. Cuando lo hice, mi voz era un susurro ronco.

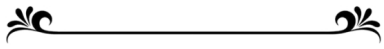
—Eso… —dije—. Eso no ha sido normal.

Él se rio, un sonido bajo y vibrante que sentí en su pecho. Se giró un poco, llevándose con él para que quedáramos tumbados de lado, todavía unidos, mi espalda contra su pecho, su brazo rodeándome.

—No —dijo, besándome el hombro—. No lo ha sido. Nada de esto es normal. Y, sin embargo, es lo más real que he sentido nunca.

Me apretó más contra él, y yo me relajé en su abrazo, sintiéndome segura, protegida, amada. El sol de la mañana brillaba ya con fuerza en la cabaña, pero no teníamos prisa. El mundo exterior podía esperar. Nuestro pasado se había reescrito. Y nuestro futuro… nuestro futuro acababa de empezar.

Capítulo 17



Erik

El sol de la mañana ya no se filtraba tímidamente por la ventana, sino que inundaba la cabaña con una luz dorada y rotunda. El aire estaba cálido, olía a nosotros, a sexo, a leña quemada y a una paz que no conocía. Alba seguía en mis brazos, su cuerpo encajado en el mío como si hubiéramos sido tallados para estar juntos. Su respiración era suave y regular, y cada vez que exhalaba, un mechón de su pelo me rozaba la barbilla.

No quería que esto se acabara. No quería que el sol siguiera subiendo. No quería que sonara otro móvil. No quería que existiera nada más allá de esta cama de pieles y la mujer que tenía en mis brazos. Era un sentimiento egoísta, posesivo, y no me importaba una mierda.

Se movió ligeramente, estirándose como una gata satisfecha, y sus ojos se abrieron lentamente. Me miró, y una sonrisa perezosa y hermosa se dibujó en sus labios.

—Hola —dijo, su voz ronca por el sueño y por los gritos que había proferido horas antes.

—Hola —respondí, bajando la cabeza para darle un beso suave en la frente—. ¿Has dormido bien?

—Me quedé dormida —corrigió, con una sonrisa traviesa—. Antes de eso, estuviste… ocupado.

Sonreí.

—Y tú no te quedaste atrás.

Pero la sonrisa se le desvaneció lentamente, sustituida por una expresión más seria. Se giró en mis brazos para mirarme de frente, su mano subiendo y reposando en mi pecho, sobre mi corazón.

—Erik… —Empezó, y su tono me advirtió de que no iba a ser una conversación agradable—. De verdad que tengo que irme.

Mi instinto fue apretarla más, impedir que se moviera, encerrarnos aquí para siempre. Me contuve. A duras penas.

—Lo sé —dije, mi voz más ronca de lo que quería—. Lara debe estar organizando ya un equipo de búsqueda.

—Y yo tengo que ducharme, cambiarme de ropa y pensar en una excusa medianamente creíble para explicar por qué pasé la noche fuera —dijo, con un suspiro.

—Podrías decir la verdad —sugerí, aunque sabía que era una estupidez.

Ella se rio.

—¿Que me he pasado la noche follando como una loca con un vikingo que creo que conocí en otra vida? Sí, seguro que Lara se lo cree y me ofrece un puesto en su revista de fenómenos paranormales.

El humor era su escudo, y yo lo sabía. Pero detrás de la broma, había una verdad que no podíamos ignorar.

—Quiero volver a verte, Alba —dije, cortando la broma y yendo al grano. Mi tono era serio, casi brusco—. Quiero pasar tiempo contigo. No solo en una cama.

Su mirada se suavizó.

—Yo también quiero, Erik.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Reine? —pregunté, mi corazón latiendo más deprisa de la cuenta, esperando su respuesta con una ansiedad que me resultaba extraña.

Se encogió de hombros, un gesto que pareció demasiado casual.

—No lo sé seguro. Unas semanas, quizás. O todo el verano. No lo había decidido. Quería desconectar, ver qué sentía… Ahora, ya no sé qué sentir.

—Quédate todo el verano —dije, las palabras saliendo de mi boca sin pensarlo, como un pedido desesperado—. Por favor.

La miré a los ojos, intentando hacerle entender la magnitud de lo que pedía. —Permíteme estar contigo, Alba. Permíteme conocerte, no solo como el eco de un recuerdo, sino como la mujer que eres ahora. Déjame ver si esto… si nosotros… somos reales. Déjame vivir esto que sentimos.

—Erik… —susurró, y vi la duda en sus ojos, el miedo—. Es una locura. Nos conocemos desde hace un día.

—¡No! —la interrumpí, mi voz más fuerte de lo que pretendía—. No es un día. Y tú lo sabes. Es más que un día. Es… toda una vida.

Me senté en la cama, obligándola a hacer lo mismo. La cogí de las manos, sintiendo el temblor ligero de sus dedos.

—Siempre me he reído de mis padres por sus historias —empecé a decir, mirándola a los ojos—. Me hablaban de almas gemelas, de lazos que trascienden el tiempo, de espíritus que se buscan vida tras vida y que siempre, siempre, acaban encontrándose. Siempre lo consideré una bonita poesía, una forma bonita de explicar el amor. Pero ahora… ahora, Alba… ahora lo creo. Lo creo más que a mi propia puta existencia. Porque te he encontrado. Y sé, con cada célula de mi cuerpo, que te he encontrado antes.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pero no eran lágrimas de tristeza. Eran de reconocimiento. De asombro.

—Quiero que conozcas a mi hija —continué, mi voz más suave ahora—. Quiero que conozcas a Freya. Es una niña increíble, lista, divertida… y sé que le gustarás. Y estoy convencido, Alba, absolutamente convencido de que a ti también te gustará ella.

Una lágrima escapó y rodó por su mejilla. La aparté con el pulgar.

—Me gustaría conocerla —dijo, con voz temblorosa—. Me encantaría. Pero, Erik… no quiero que la niña se haga ilusiones. No quiero que se haga a la idea de una posible novia para su padre y luego… y luego yo no esté. No sería justo para ella. No puedo hacerle eso.

Fruncí el ceño. La lógica de Alba era sana, sensata, protectora. Y me jodió que lo fuera. Porque no quería sensatez. No quería lógica. Quería locura. Quería su fe. Quería su rendición.

Su prudencia fue como una bofetada. Un recordatorio frío y brutal de que esto, nuestra historia de hadas vikinga, tenía un pie en el mundo real con sus consecuencias y su mierda. Y esa mezcla de miedo y sensatez en sus ojos me hizo sentir una rabia súbita, una furia que no era contra ella, sino contra el mundo, contra el tiempo, contra todo lo que nos había separado y que amenazaba con hacerlo de nuevo.

—¿Ilusiones? —repetí, mi voz un susurro bajo y peligroso—. ¿Estás hablando de ilusiones?

Y entonces, perdí el control.

No con violencia, sino con una urgencia que me consumía. La agarré por la nuca y la besé. No fue un beso tierno. Fue un beso rudo, brutal, casi castigador. Mis labios se aplastaron contra los suyos, mi lengua entró en su boca con una ferocidad que la dejó sin aliento. Era un beso destinado a borrar sus palabras, a borrar sus miedos, a recordarle quién era, quiénes éramos.

Ella se quedó rígida un segundo, sorprendida por mi brusquedad. Pero luego, como siempre, su cuerpo respondió. Sus manos se enredaron en mi pelo, y me devolvió el beso con la misma intensidad, con la misma hambre desesperada.

Mi otra mano no se quedó quieta. Recorrió su espalda, descendió por su cadera y la agarré con fuerza, tirando de ella hacia mí, levantándola y depositándola sobre mis rodillas para que quedara a horcajadas sobre mí. Su sexo, ya húmedo y caliente, se deslizó sobre mi erección, que se había despertado con una urgencia dolorosa. Ambos gemimos contra la boca del otro.

—¿Crees que esto es una ilusión? —gruñí contra sus labios, mientras mi mano se deslizaba entre nosotros y mis dedos encontraban su clítoris, ya hinchado y sensible—. ¿Crees que esto es una puta ilusión, Alba?

—¡Erik! —gimió, su cabeza cayendo hacia atrás, dándome acceso a su cuello, que me comí con besos y mordiscos—. ¡No pares!

—No voy a parar —juro, y para demostrárselo, la levanté un poco, la guié y la penetré de golpe, haciéndola morderse el labio para no gritar.

El efecto fue instantáneo. Su cuerpo se tensó, una contracción violenta y deliciosa a mi alrededor. Estaba tan sensible, tan receptiva, que la simple entrada la había llevado al borde. La mantuve así, inmóvil, enterrado hasta el fondo, sintiendo cómo sus músculos se apretaban y relajaban a mi alrededor en un baile de pura lujuria.

—¿Esto es una ilusión, Alba? —repetí, mi voz un ronroneo bajo y dominante junto a su oído—. ¿O esto es real?

—Real… —susurró, su voz rota, temblorosa—. Joder, Erik, es tan real que me asusta.

—Pues no tengas miedo —dije, y comencé a moverme.

Mi ritmo fue salvaje. No hubo ternura, no hubo delicadeza. Solo una necesidad animal de poseerla, de marcarla, de hacerla mía de una forma tan profunda que nunca pudiera dudarlo de nuevo. La levanté y la tumbé de espaldas sobre las pieles, sin salirme de ella, y me coloqué sobre ella, mi peso dominándola, mis manos agarrando sus muñecas y llevándolas por encima de su cabeza, inmovilizándola.

La follé. La follé con una ferocidad que me asombraba a mí mismo. Cada embestida era una afirmación, una respuesta a cada una de sus dudas, a cada uno de sus miedos. Era un castigo y un regalo a la vez. Un castigo por haber dudado, y un regalo por haber vuelto a mí.

—¿Crees que voy a perderte? —gruñía con cada golpe, mi cuerpo moviéndose como un pistón, una fuerza de la naturaleza—. ¿Crees que voy a cometer el mismo error de entonces? ¿De dejarte ir?

—¡No! ¡No! —gritaba ella, sus ojos cerrados, su cabeza moviéndose de un lado a otro sobre las pieles, su cuerpo completamente rendido a mi voluntad—. ¡No me dejes!

—¡Nunca! —juro, y mi ritmo se hizo aún más rápido, más profundo, más desesperado.

Su cuerpo se tensó de nuevo, y esta vez supe que no podría contenerse. Sentí cómo sus piernas se enredaban en mi espalda, cómo sus uñas me arañaban los antebrazos, cómo sus gemidos se volvían más agudos, más desesperados.

—¡Erik! ¡Erik, voy a…! —explotó, y su cuerpo se arqueó en un espasmo tan violento, tan hermoso, que me robó el aliento.

Sentí la ola de su orgasmo recorrerla, sentí cómo su sexo se contraía a mi alrededor en una serie de espasmos que me llevaron al límite. La mantuve en mi interior, moviéndome, prolongando su placer hasta que ella se derrumbó sobre las pieles, jadeando, temblando, completamente destruida.

Pero yo no había terminado.

La agarré por la cintura y, con una fuerza que no sabía que poseía, la giré, colocándola sobre sus rodillas, con el culo elevado hacia mí. Estaba a cuatro patas, completamente a mi merced, ofrecida, vulnerable, y la imagen era tan poderosa que casi me vine en ese mismo instante.

Me arrodillé detrás de ella, mis rodillas empujando las suyas para abrirlas más. Agarré mi miembro, lo guié hacia su entrada, que todavía estaba pulsando, abierta, húmeda, esperándome. La rocé, y ella gimió, empujando sus caderas hacia atrás.

—¿Quieres más? —pregunté, susurrando de manera provocadora.

—Sí… —Gimió, su voz ahogada por las pieles—. Por favor, Erik…

Y se lo di.

Con un movimiento lento y profundo, me hundí en ella hasta el fondo. El grito que escapó de sus labios era de puro placer, de pura rendición. Me quedé así un momento, disfrutando de la sensación, de la perfección de nuestro encaje, de la locura de este momento.

Y entonces, comencé a follarla de nuevo.

Esta vez, el ritmo fue diferente. Más lento, más controlado, pero igual de intenso. Cada embestida era profunda, calculada, diseñada para llegar al fondo, para tocar ese punto dentro de ella que la hacía perder la cabeza. Mis manos recorrían su espalda, su cintura, sus caderas, sintiendo la piel suave bajo mis palmas, sintiendo cómo su cuerpo respondía al mío.

—Mírame —ordené, y ella se giró, sus ojos oscuros y llenos de lágrimas, su boca abierta en un gemido constante—. Mírame mientras te follo, Alba. Mírame y dime que no es real.

—Es real… —Suplicó—. Es real, joder, es real…

—¿Y esto? —dije, deslizando una mano por su vientre hasta encontrar su clítoris, ya hinchado y sensible—. ¿Esto es real?

La toqué, y su cuerpo entero tembló. Un grito largo y bajo escapó de sus labios. Comencé a frotarla, en círculos lentos, sincronizando el movimiento de mis dedos con el de mis caderas.

—¡Erik! ¡Erik! —gritaba, su cabeza cayendo hacia adelante, su cuerpo moviéndose en un caos de placer—. ¡No puedo! ¡No puedo más!

—Puedes —gruñí, mi ritmo acelerándose, mis embestidas volviéndose más duras, más rápidas—. Córrete, Alba. Córrete ahora.

Y lo hizo.

Con un grito desgarrador, su cuerpo explotó en un segundo orgasmo, más intenso que el primero. El placer la barrió, una ola gigante que la dejó temblando y sin fuerzas, un montón de piel y huesos sobre las pieles.

Y esta vez, la seguí.

La vi venir, la sentí perderse, y en ese momento, mi propio control se rompió. Con un rugido gutural, me hundí en ella una última vez, tan profundo que pensé que nos fusionaríamos, y me vine. Una explosión blanca y caliente, un torrente de semen que la llenó, que la marcó como mía, que le gritaba al mundo que era mía.

Nos quedamos así, abrazados, temblando, jadeando, mientras las olas del placer se retiraban lentamente, dejándonos exhaustos y flotando en un mar de satisfacción. Me derrumbé a su lado, la envolví en mis brazos y la tiré hacia mí, sin querer separarme ni un milímetro de ella.

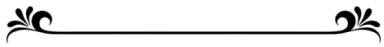
Pasaron varios minutos antes de que pudiera hablar. Cuando lo hice, mi voz era un susurro ronco, cargado de una emoción que no podía controlar.

—Así que, si estoy loco por creer en esa leyenda —dije, mi boca junto a su oído—. Si estoy loco por creer que te he buscado durante siglos… que me encierren en un puto psiquiátrico. No me importa.

La apreté más fuerte contra mí. —Porque te he encontrado, Alba. Y no voy a perderte. No como la perdí entonces. Esta vez, te quedas. Esta vez, luchas por nosotros. Esta vez, eres mía.

Y en el silencio de la cabaña, con el sol ya alto en el cielo y el olor de nuestro amor impregnando el aire, supe que no era una pregunta. Era una promesa. Y una amenaza.

Capítulo 18



Alba

El coche estaba detenido frente a la cabaña, pero ninguno de los dos había hecho el gesto de salir.

El motor seguía encendido, un sonido bajo que llenaba el silencio entre nosotros como si el mundo se negara a interrumpirnos. Erik tenía una mano en el volante, la otra descansando cerca de mi rodilla. No me tocaba del todo, pero estaba lo bastante cerca como para que mi cuerpo lo sintiera igual.

Yo miraba por la ventanilla, hacia la cabaña donde Lara probablemente me esperaba con mil preguntas.

Y, aun así, no me movía.

—Tienes que entrar —dijo al fin, aunque no sonó a orden. Sonó a excusa.

Erik soltó una risa breve, casi incrédula.

—¿Y tú tienes que irte sin más?

Giré la cabeza hacia él. Lo miré de verdad.

Había algo en sus ojos que me desarmaba siempre. No era solo deseo, ni ternura. Era esa sensación absurda de reconocimiento, como si mi cabeza siguiera intentando encajar una pieza que ya estaba en su sitio desde hacía demasiado tiempo.

—No puedo quedarme aquí contigo todo el día en el coche —intenté bromear.

—Podrías —respondió él, sin dudar.

El silencio que siguió fue demasiado honesto.

Erik se inclinó hacia mí primero. No fue brusco. Fue inevitable.

Su boca encontró la mía con una intensidad contenida, como si hubiera estado aguantándose desde el momento en que arrancó el coche. Le respondí al instante, sin pensar, como si mi cuerpo ya hubiera decidido por mí hacía horas.

El beso creció solo, profundo, lento al principio y luego más urgente. Sentí su mano en mi mejilla, su pulgar acariciándome la piel como si quisiera memorizarla.

Cuando se separó apenas unos centímetros, su frente rozaba la mía.

—Tengo mucho trabajo esta semana —dijo en voz baja, con una calma que no encajaba con lo que acabábamos de hacer—. Pero te llamaré. Quiero verte pronto.

Asentí, aunque no estaba segura de haber entendido nada más que el sonido de su voz.

Entonces volvió a besarme. Más rápido esta vez. Más suave. Como una promesa que no quería romper, pero tampoco alargar demasiado.

Se apartó solo lo suficiente para mirarme.

—Quédate —dijo.

Mi respiración se detuvo un segundo.

—Erik…

—Quédate todo el verano, Alba.

La forma en que lo dijo no era una petición casual. Era algo más profundo. Más desesperado de lo que él quería admitir.

Tragué saliva.

—Es una locura —respondí.

—Lo sé —dijo él sin apartar los ojos de los míos—. Pero quédate igual.

El corazón me golpeaba demasiado fuerte.

—Tengo que hablar con Lara… no puedo simplemente desaparecer todo el verano.

—Habla con ella —asintió él—. Y con quien tengas que hablar. Pero quédate.

Me reí sin ganas, nerviosa.

—Eres consciente de que esto no es normal, ¿verdad?

—No quiero que te vayas.

Otra vez esa frase. Simple. Directa. Sin adornos.

Me quedé en silencio unos segundos. Luego, como si hubiera estado guardándoselo desde hacía rato, añadió:

—No tienes que quedarte en la cabaña. Tengo casa. Espacio. Podéis estar las dos allí.

Parpadeé.

—No.

—Sí.

—Erik…

—No quiero que gastes dinero en una cabaña cuando puedes estar conmigo —dijo, más firme ahora—. Y así estaremos más cerca.

Me apoyé contra el asiento, intentando ordenar mis pensamientos.

—Hablaré con mi prima —dije al final, eligiendo el único punto medio que existía en mi cabeza—. Y ya veremos.

Su expresión cambió apenas un segundo. Satisfacción contenida.

—Vale.

Pero antes de que pudiera abrir la puerta, me volvió a coger la cara con suavidad y me besó otra vez.

Esta vez no hubo prisa. Solo él. Solo yo.

Cuando se apartó, sus ojos seguían clavados en los míos.

—Quédate —repitió otra vez, más bajo.

No respondí. Porque no sabía qué respuesta era la correcta.

Salí del coche antes de arrepentirme. El aire frío me golpeó la piel como una bofetada de realidad. Y, aun así, cuando me giré hacia él por última vez, seguía mirándome como si no pensara dejar de hacerlo nunca.

Entré en la cabaña y vi que Lara estaba exactamente donde imaginaba.

Sentada en el sofá, portátil abierto sobre las piernas, café en mano, expresión de alguien que llevaba horas esperando un incendio. Levantó la vista en cuanto me vio.

—Vale —dijo, cerrando el portátil de golpe—. Ahora sí. Siéntate. Y cuéntamelo todo.

Suspiré. Me senté frente a ella y empecé a hablar. Primero con cautela. Luego, sin freno.

Le conté todo lo que había pasado con Erik. No solo lo evidente, sino esa sensación extraña, casi absurda, de reconocimiento mutuo. Cómo a veces parecía que él ya me conocía. Cómo yo sentía lo mismo. Cómo los dos habíamos reaccionado como si hubiera algo más detrás de nosotros, algo antiguo, imposible de explicar.

Lara no me interrumpió. Solo me miraba con una sonrisa cada vez más amplia.

Cuando terminé, se apoyó hacia atrás en el sofá, satisfecha.

—Te lo dije —dijo simplemente.

La miré sin entender.

—Te dije que si sentías que lo conocías, era porque no era casualidad.

Volteé los ojos, aunque el corazón seguía demasiado acelerado.

—Lara, eso es una locura.

—Eso es romántico —corrigió ella.

Me pasé una mano por el pelo.

—Me ha pedido que me quede todo el verano.

Sus ojos brillaron.

—Obvio.

—Y que conozca a su hija.

Silencio.

—Vale —dijo ella, levantando una ceja—. Eso ya es nivel serio.

—Y quiere que nos vayamos a su casa en vez de quedarnos aquí.

Lara soltó una carcajada.

—Me parece perfecto. Yo no tengo problema en mudarme. Además, esto me sirve para mi trabajo. Puedo hacer reportajes de varios pueblos cercanos. Mi jefe va a flipar.

La miré.

—¿De verdad?

—De verdad —asintió—. Y sobre la casa del vikingo… me parece ideal. Eso sí…

Me señaló con el dedo.

—Si os ponéis a follar como salvajes, baja un poco la voz. Por respeto a mi salud mental.

Me atraganté con una risa.

—Eres imposible.

—Soy honesta —replicó ella—. Si te oigo, voy a tener envidia y eso es peligroso.

Negué con la cabeza, aún riéndome.

—Si te molesta, puedes usar tu satisfyer.

Lara abrió los ojos como si acabara de ganar un debate.

—Al final Magnus tenía razón —dijo ella, teatral—. Es mejor usarlo en buena compañía.

Nos miramos un segundo y estallamos en carcajadas.

El ambiente cambió por completo. Se volvió ligero. Real. Como si, por primera vez desde que llegué a Reine, todo encajara sin esfuerzo.

Pero en el fondo de mi cabeza, los ojos de Erik seguían ahí. Esperando.

El desayuno fue un desastre organizado.

Lara había convertido la mesa en una especie de campamento improvisado: tostadas, café recalentado, fruta mal cortada y su portátil todavía abierto al lado del plato como si fuera una extensión de su brazo.

—Necesito azúcar —dijo ella, dándole un mordisco a una tostada—. Mucho azúcar. He procesado demasiada información en menos de una hora.

Me senté frente a ella todavía con el pelo húmedo y la cabeza… demasiado llena.

—No has procesado ni la mitad —respondí.

—Cállate —me señaló con la tostada—. Aún estoy asimilando el "vikingo que te mira como si fueras una profecía".

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.

—No uses esa frase.

—La voy a usar hasta que te cases con él.

Me atraganté con el café.

—¡Lara!

—¿Qué? Es estadísticamente probable.

—No existe ninguna estadística.

—La estoy creando.

Negué con la cabeza mientras mordía una tostada. Intenté fingir normalidad, pero era imposible. Cada vez que me quedaba en silencio, mi mente volvía a Erik. A su voz. A sus manos. A esa manera absurda en la que todo con él parecía inevitable.

Lara me observó durante unos segundos con una sonrisa ladeada.

—Vale —dijo de pronto—. Enséñame fotos.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Fotos —repitió—. Anoche. La versión "vikinga salvaje mística destino del universo".

Me quedé congelada medio segundo.

—No hay fotos…

—Mientes fatal.

Suspiré y saqué el móvil.

—No son… nada.

—Ajá.

Le enseñé la primera.

Era yo. Vestida con la túnica oscura, el pelo suelto, la luz de la chimenea dorándome la piel. Lara abrió los ojos como platos.

—Vale —dijo lentamente—. Eso es ilegal.

—No exageres.

—No estoy exagerando. Pareces literalmente una diosa nórdica lista para arrasar un imperio.

Pasé a la siguiente. Erik desnudo de cintura para arriba, mirando hacia mí como si el mundo entero no existiera fuera de esa habitación.

Lara soltó un silbido.

—Vale. Ahora entiendo el problema.

Le quité el móvil de golpe.

—No es un problema.

—Es un problema precioso —corrigió ella—. Pero sigue siendo un problema.

Le lancé una mirada de advertencia, pero ella ya estaba sonriendo.

—Estoy feliz por ti —añadió más suave—. De verdad.

No respondí. Porque no sabía cómo se respondía a eso sin romper algo dentro de mí.

Terminé el desayuno con la sensación constante de que el día no me pertenecía del todo. Como si algo estuviera a punto de empezar sin avisarme. Y probablemente lo estaba.

Salimos de la cabaña un rato después.

El aire de Reine era frío, limpio, con ese olor a mar y madera húmeda que parecía envolverlo todo. El pueblo era pequeño, casi irreal, con casas rojas dispersas y montañas que parecían vigilarlo desde lejos.

Lara caminaba a mi lado con una energía casi exagerada.

—Vale —dijo—. Plan del día: exploración, fotos, documentación cultural y evitar pensar demasiado en tu vikingo.

—No es "mi vikingo" —murmuré.

—Ajá.

—Lara.

—Alba.

La miré mal. Ella sonrió más y seguimos caminando.

La biblioteca del pueblo era más pequeña de lo que esperaba.

De madera oscura, con olor a papel viejo y sal. Apenas había gente dentro. Solo una mujer mayor detrás del mostrador que nos saludó con una sonrisa tranquila.

—Esto parece un sitio donde pasan cosas importantes —susurró Lara.

—O donde se esconden —respondí sin pensarlo.

No sabía por qué lo había dicho. Pero lo sentí.

Nos sentamos en una mesa grande y Lara encendió su portátil otra vez, como si fuera una extensión natural de su cuerpo.

—Vale —dijo—. Busquemos historia de Reine.

Pasaron minutos. Luego, horas. Yo iba hojeando libros antiguos mientras Lara navegaba archivos digitales con una rapidez inquietante. Y entonces lo vi.

Un apellido. Me quedé inmóvil.

—Lara —dije.

Ella levantó la vista.

—¿Qué?

Señalé la página. Ella se inclinó y se quedó callada.

—No puede ser… —murmuró.

El apellido era el mismo. El de Erik. Nos miramos. Y seguimos buscando.

Los archivos hablaban de vikingos. De clanes antiguos. De alianzas forjadas en batalla. Y entonces apareció el nombre del antepasado de Erik. Y otro nombre.

Un vikingo con el que había luchado. Un aliado. Un amigo. Dos familias que, según los registros, habían estado unidas durante generaciones.

Lara soltó una risa baja.

—Vale… esto ya no es coincidencia.

Seguí leyendo. Y entonces lo encontramos. Una línea de texto que me heló la sangre.

"Matrimonios entre descendientes de ambos linajes se han mantenido durante generaciones, consolidando una alianza antigua."

Me llevé una mano a la boca.

—Esto es demasiado —susurré.

—No —dijo Lara lentamente—. Esto es exactamente lo que te dije.

Seguimos investigando hasta que apareció otra historia.

Una mujer. Un nombre. Y un hombre del linaje de Erik. Leímos y el mundo alrededor dejó de existir.

Se enamoraron. Se casaron. Tuvieron un hijo. Un niño llamado Einar.

Lara apoyó el codo en la mesa.

—Vale… esto es literalmente una saga.

Seguí leyendo.

El hombre partió con otros vikingos. Prometió volver. No volvió. Murió en una emboscada en el bosque. Luchó. Mató a varios hombres. Pero lo superaron. Lo mataron.

Me quedé sin aliento.

La mujer nunca volvió a casarse. Criaba sola a su hijo. Einar creció. Se enamoró. Se casó. Tuvo hijos. Y su linaje continuó. Hasta Erik. Hasta Magnus.

Lara se quedó en silencio largo rato. Luego dijo, muy despacio:

—Alba…

La miré.

—Ahora queda claro por qué vuestras almas se han reconocido.

Tragué saliva.

—Porque vuestras familias siempre han estado ligadas.

No supe qué decir. Solo asentí.

Salimos de la biblioteca en silencio. El aire exterior me golpeó como si acabara de despertar de un sueño demasiado largo.

Lara caminaba a mi lado sin hablar.

—Esto es una locura —dije al fin.

—Sí —respondió ella—. Pero una coherente.

Me reí sin ganas.

—Eso no tiene sentido.

—Tampoco lo tiene el amor —replicó.

No respondí. Porque no sabía cómo responder a eso.

Fuimos a comer a un pequeño local del pueblo. Algo sencillo. Sopas calientes, pan, pescado. Pero todo el rato mi mente seguía en otra parte.

En Erik. En su mirada. En su insistencia. En esa petición. "Quédate."

Lara pidió vino. Yo no.

—Estás rara —dijo ella.

—Estoy procesando demasiadas cosas.

—Eso suena a excusa elegante para "estoy enamorada de un vikingo que probablemente ha existido antes que el tiempo".

Le lancé un trozo de pan. Y entonces hicimos la videollamada.

Mi madre apareció en pantalla con cara de sorpresa inmediata.

—¿Alba? ¿Dónde estás?

Lara apareció al lado.

—Buenas tardes, familia.

—¿Qué tal estáis? —preguntó mi madre.

Lara se adelantó.

—Nos quedamos todo el verano en Noruega. Voy a hacer un reportaje de varios pueblos de la zona.

Silencio. Mi madre parpadeó.

—¿Todo el verano?

—Todo el verano —confirmé.

—Vale… —dijo lentamente—. ¿Y estás bien?

Miré a Lara. Luego a la pantalla.

—Sí —respondí—. Estoy… bien.

Mi madre sonrió un poco.

—Me alegro.

Antes de colgar, añadió:

—¿Has encontrado algo más sobre tus raíces?

Me quedé quieta.

—Estoy investigando —dije—. Creo que sí. Y creo que voy a encontrar más.

Ella asintió despacio.

—Me lo cuentas.

Colgamos.

Lara se recostó en la silla.

—Tus padres van a alucinar cuando les cuentes todo esto.

Me reí.

—No sé si se lo voy a contar todo.

—Deberías.

Me quedé en silencio un momento. Y entonces lo recordé.

Mi abuelo. Su voz. Y una conversación antigua.

"Hay historias que dicen que algunas almas se buscan a través del tiempo…"

Tragué saliva.

—Mi abuelo ya me habló de esto —dije en voz baja.

Lara me miró.

—¿Y?

—Y entonces pensé que era una historia bonita —me reí suavemente—. Ahora… no estoy tan segura.

Lara sonrió.

—Si acabas casándote con el vikingo —dijo—, quiero una boda en Reine.

La miré.

—¿Boda?

—Sí. Y ceremonia vikinga.

Se inclinó hacia delante.

—Y quiero vestirme de vikinga.

No pude evitar reírme.

—Eres imposible.

—Soy visionaria.

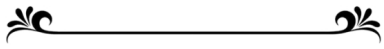
Cuando salimos del restaurante, el cielo estaba cambiando.

El viento soplaba más fuerte y, por un segundo, sentí que todo lo que había pasado desde que llegué a Reine no era solo una historia.

Era algo que me estaba arrastrando. Algo antiguo. Algo que no había empezado conmigo. Ni con Erik. Solo había continuado.

Y mientras caminaba junto a Lara, pensé algo que me dejó helada. Que quizá no lo había conocido ayer. Quizá solo lo había recordado.

Capítulo 19



Erik

Leí el mensaje de Alba una vez. Y luego otra. Y otra más.

Estaba sentado en el sofá de mi casa, con la luz gris del norte entrando por los ventanales, el móvil apoyado en la palma de la mano como si pesara más de lo normal. Afuera, el mundo seguía su curso con esa indiferencia típica de los días tranquilos, pero dentro de mí todo estaba en movimiento.

Alba había encontrado algo. Algo que no era solo una coincidencia, ni una casualidad bonita de esas que la gente usa para explicar lo inexplicable. Algo que encajaba demasiado bien.

Sonreí sin darme cuenta.

Ni en mis mejores sueños habría imaginado algo así a mis treinta y cinco años. Había tenido relaciones, una familia, una vida que en su momento creí estable… pero nada de eso se parecía a esto. Nada de eso tenía esta sensación de reconocimiento profundo, casi primitivo, como si algo dentro de mí hubiera estado esperando exactamente este momento desde siempre.

Dejé el móvil sobre la mesa y me pasé una mano por la cara. Pensé en mi abuelo.

Él era de esos hombres que hablaban poco, pero cuando lo hacían, parecía que el mundo se detenía un segundo para escucharlos.

"Cuando encuentres a la mujer que los dioses te han destinado, lo sabrás, Erik. No tendrás que pensar. No tendrás que elegir. Simplemente… reconocerás que siempre ha sido ella."

En su momento me pareció una de esas frases bonitas que los mayores dicen para llenar silencios. Ahora no.

Ahora era casi inquietante. Porque la había reconocido. Sin dudas. Sin lógica. Sin explicación posible.

Me levanté del sofá y me acerqué a la ventana. Afuera, el viento movía las ramas desnudas de los árboles. Pensé en Alba durmiendo en aquella cabaña, en su forma de mirarme como si ya me conociera antes de conocerme, en esa sensación constante de que cada instante con ella tenía peso propio.

El móvil vibró. El nombre apareció en pantalla como un golpe seco. Astrid

Mi cuerpo se tensó automáticamente. Hacía semanas que no hablábamos. No por falta de intentos, sino porque cada conversación con ella era un terreno minado.

Respiré hondo y contesté.

—¿Sí?

—Erik —su voz sonó fría, directa—. Freya está llegando al aeropuerto. Puedes ir a recogerla.

Tardé un segundo en procesarlo.

—¿Cómo que está llegando?

—Tenía que viajar a Londres y no he podido acompañarla. Acabo de aterrizar.

Sentí cómo algo dentro de mí se encendía.

—¿Y me lo dices ahora?

—No he tenido tiempo de avisarte.

Me reí, pero no fue una risa agradable.

—¿No has tenido tiempo? Astrid es nuestra hija. No una maleta que se mueve entre aeropuertos.

—No empieces, Erik.

—No, voy a empezar ahora —mi voz subió de tono sin querer—. Si me hubieras dicho que iba a viajar sola, habría ido yo a París a recogerla. ¿Te das cuenta de eso?

—No dramatices.

Eso fue lo que rompió algo.

—¿Que no dramatice? —repetí, incrédulo—. ¡Es una niña, Astrid!

Su silencio fue peor que cualquier respuesta. Y entonces llegó el golpe final.

—No he tenido tiempo porque tú nunca tienes tiempo, Erik. Siempre estás trabajando, siempre estás ocupado. Igual que cuando estábamos casados.

Noté cómo la mandíbula se me tensaba.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Y lo sabes.

El aire en la habitación parecía más denso.

—Por eso me fui —continuó ella—. Porque yo sí quise una vida para Freya donde alguien estuviera presente.

Me reí otra vez, esta vez sin humor.

—¿Y qué has hecho? ¿Dejarla en manos de niñeras?

—Mejor eso que un padre ausente emocionalmente.

El golpe fue limpio. Directo. Pero lo que me hizo perder el control no fue eso. Fue lo siguiente.

—Te la llevaste solo para hacerme daño —dije, más bajo de lo que pretendía.

Ella soltó una risa breve al otro lado de la línea.

—Me alegra que por fin lo entiendas.

El silencio que siguió fue absoluto. Sentí el pulso en las sienes.

—Llegaré a recogerla —dije al final, seco.

—Más te vale. O hablaré con mi abogado. Y esta vez el juez podría reconsiderar las visitas.

Eso me congeló.

—No te atrevas.

—Llega a tiempo, Erik —dijo, y colgó.

Miré el móvil como si fuera un objeto extraño. Luego lo apreté con tanta fuerza que pensé que iba a romperlo.

—Mierda…

Lo lancé sobre el sofá y cogí las llaves del coche. No pensé. Solo salí.

El aire frío me golpeó la cara en cuanto abrí la puerta de casa. No ayudó.

Conduje sin escuchar música, sin radio, sin nada. Solo el ruido del motor y mis propios pensamientos chocando entre sí.

Freya. Mi hija. Sola en un aeropuerto.

Respiré hondo mientras aceleraba. Y llamé a mi abogado.

—Dime que es importante —respondió él.

—Lo es. Muy importante.

Le conté todo mientras conducía. Cada palabra me salía más tensa que la anterior.

—Quiero que lo pongas en marcha —dije al final—. Estoy cansado. No voy a seguir así. No voy a permitir que mi hija esté viajando sola porque a su madre le da igual.

—Erik, esto es serio…

—Lo sé —lo interrumpí—. Y ya he tenido suficiente.

Silencio al otro lado.

—Voy a hablar con el juez —dijo finalmente—. Pero necesito documentación, pruebas de… estabilidad.

—Te las daré todas.

—Bien.

Colgué. Y apreté el volante con fuerza.

—*Esta vez no* —murmuré para mí mismo—. *Esta vez no te vas a ir de aquí, Freya.*

El aeropuerto apareció a lo lejos. Y aceleré.

Cuando llegué, el aeropuerto estaba demasiado lleno para mi gusto. Demasiadas voces, demasiados pasos, demasiadas vidas moviéndose en direcciones distintas como si todo fuera urgente y al mismo tiempo irrelevante.

Yo solo veía una cosa. Freya.

Me abrí paso entre la gente con el corazón golpeándome el pecho de una forma que no tenía nada que ver con el enfado anterior. Era otra cosa. Más antigua. Más instintiva.

La vi antes de que ella me viera. Estaba sentada cerca de la zona de llegadas, con una mochila pequeña entre las piernas y una chaqueta demasiado grande para su cuerpo. Tenía el pelo revuelto, la cara cansada y ese gesto serio que había heredado de mí sin pedirlo.

Pero en cuanto me vio… todo cambió. Se levantó de golpe.

—¡Papá!

La voz le salió rota. Y entonces corrió. No pensé. Solo abrí los brazos. El impacto fue inmediato.

Se lanzó contra mí con tanta fuerza que di un paso hacia atrás para no caer. La abracé como si alguien pudiera quitármela en cualquier segundo, apretándola contra mi pecho, sintiendo cómo temblaba.

—Freya… —Mi voz se quebró sin permiso—. Freya, tranquila… ya estoy aquí.

Ella no respondió. Solo se agarró a mí con una fuerza desesperada y empezó a llorar.

No era un llanto suave. Era de esos que llevaban acumulados horas, quizá días, quizá todo lo que una niña no decía cuando intentaba ser fuerte.

—Pensé… pensé que no ibas a venir… —dijo entre sollozos.

Eso me partió. La separé un poco solo para mirarla.

—¿Cómo no iba a venir? —le dije, acariciándole la cara con ambas manos—. Nunca voy a dejar que estés sola en un sitio así.

Se le escapó una risa llorosa.

—Mamá dijo que estabas ocupado…

Tragué saliva.

—Tu madre a veces dice cosas que no son del todo… correctas.

Freya frunció el ceño, aún llorando.

—¿Estás enfadado?

Me obligué a respirar. No quería que viera esa parte de mí.

—Contigo no, pequeña —le dije, más suave—. Nunca contigo.

La abracé otra vez. Y esta vez ella se relajó un poco. Como si por fin su cuerpo entendiera que ya no tenía que estar en alerta.

—Te he echado de menos —susurró contra mi pecho.

Cerré los ojos un segundo.

—Yo más, pequeña.

La aparté con cuidado para mirarla bien. Tenía los ojos rojos, las mejillas húmedas, pero estaba aquí. Conmigo. Y eso lo era todo.

—¿Te han tratado bien en el viaje? —pregunté, intentando que mi voz sonara normal.

Ella asintió.

—La azafata me dio chocolate.

—Eso explica por qué has sobrevivido.

Soltó una risa leve. Ahí estaba. Eso. La risa que me devolvía el aire al cuerpo.

Le limpié las lágrimas con el pulgar.

—Vamos a casa —le dije.

—¿A tu casa o a la de los abuelos?

Me detuve un segundo.

—A todas partes.

Y ella sonrió.

El coche se llenó de su voz en cuanto salimos del aeropuerto.

Me hablaba sin parar. Del avión. De una señora que roncaba. De cómo había intentado ver una película, pero se había quedado dormida a los veinte minutos.

Yo la escuchaba como si cada palabra fuera importante. Porque lo era.

—Papá —dijo de repente—. ¿Sigues enfadado con mamá?

Apreté el volante un segundo.

—No estoy enfadado contigo —repetí.

—Pero con ella sí.

No respondí. No hacía falta. Freya suspiró.

—Siempre estáis enfadados.

Eso me dolió más de lo que debería.

—No siempre —dije al final.

Pero no sonó convincente ni para mí.

El resto del camino lo pasó contándome cosas pequeñas, como si necesitara llenar el silencio para asegurarse de que seguía ahí. Y yo no la interrumpí ni una vez.

Mis padres ya estaban en la puerta cuando llegamos. Mi madre fue la primera en moverse. En cuanto Freya salió del coche, ella la abrazó como si no la hubiera visto en años.

—Mi niña… —susurró.

Mi padre se quedó un paso atrás, pero su sonrisa lo decía todo. Freya se aferró a ellos también, riendo entre lágrimas otra vez. Y por un momento, todo estuvo en paz.

Solo un momento. Pero suficiente.

Cuando la casa se calmó un poco, llamé a Magnus. Respondió al segundo tono.

—Dime que estás bebiendo y no trabajando —dijo.

—Freya está aquí —le solté.

Silencio. Luego su voz sonó con sorpresa.

—¿Cómo que está ahí?

—Acaba de llegar.

—Voy para allá.

Y colgó sin más. No me sorprendió.

Magnus apareció menos de una hora después.

Entró como siempre: demasiada energía, demasiada presencia, demasiadas ganas de ocupar espacio.

—¡Pequeña vikinga! —gritó nada más ver a Freya.

Ella soltó una carcajada y corrió hacia él. El choque fue casi tan fuerte como conmigo, pero distinto.

Con Magnus siempre era juego. Él la levantó en el aire sin esfuerzo y la hizo girar.

—Has crecido otra vez —dijo él.

—¡No es verdad! —protestó ella riendo.

—Sí lo es. Te vas a volver más alta que tu padre, y eso ya es preocupante.

Freya se rio tanto que casi se atraganta. Y por primera vez en todo el día, yo también sonreí de verdad.

Más tarde, en la cocina de mis padres, el ambiente era otro. Más cálido. Más humano.

Freya comía como si llevara días sin hacerlo, Magnus le contaba historias absurdas, y mi madre la observaba con esa ternura silenciosa que solo tenían las abuelas.

Yo los miraba a todos. Y pensé en Alba. Sin querer. Como un reflejo. Como si su presencia siguiera pegada a mí incluso a kilómetros de distancia.

Cuando salimos de casa de mis padres, ya era tarde. El cielo estaba cambiando de color. Freya subió al coche otra vez sin protestar.

—¿Podemos cenar fuera? —preguntó de repente.

—Tienes hambre otra vez —dije.

—Siempre tengo hambre.

Magnus soltó una carcajada.

—Esa sí que es mi sangre.

Arranqué el coche.

—Sí —dije—. Vamos a cenar. Pero antes…

Freya sonrió.

—Pero antes, ¿qué?

La miré y sonreí también.

—Vamos a ver a alguien.

—¿A quién? —preguntó ella, curiosa.

La miré de nuevo y le di un beso en la frente.

—A una persona importante.

Freya sonrió, confiada.

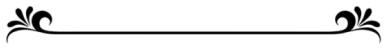
—Vale.

Y apoyó la cabeza contra el asiento. Detrás de nosotros, Magnus silbó.

—Esto se está poniendo interesante…

Pero yo no respondí. Porque ya sabía a dónde iba esto. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me dio miedo.

Capítulo 20



Alba

La cabaña estaba en ese punto del día en el que todo parecía más suave.

La luz entraba baja por la ventana, dorando los bordes de los muebles y haciendo que incluso el desorden de Lara pareciera artístico. Habíamos pasado la tarde revisando las fotos del reportaje, seleccionando las mejores, descartando otras, riéndonos de algunas que salieron movidas porque ella insistía en moverse demasiado rápido cuando veía algo "fotografiable".

—Esta es brutal —dijo Lara, señalando una imagen de un fiordo—. Necesito meter esto en el artículo sí o sí.

Me incliné sobre el portátil.

—Aquí puedes hablar del contraste entre la vida moderna y las reconstrucciones históricas —dije, pensativa—. Es como si el pasado no hubiera desaparecido del todo, solo… se hubiera quedado esperando.

Lara me miró de reojo.

—Te estás volviendo filosófica.

—O infectada por los noruegos —respondí.

Se rio.

Seguimos trabajando un rato más en silencio cómodo, de ese que solo existe cuando estás con alguien que no te exige ser otra cosa.

—Oye —dijo Lara de repente—. Ese sitio donde recrean la vida de los vikingos… el museo vivo ese… deberíamos ir.

Levanté la vista.

—El asentamiento histórico.

—Ese. Sería perfecto para el artículo. Fotos, historia, ambientación… lo tiene todo.

Asentí despacio.

—Puedo preguntarle a Erik. Él conoce a gente aquí. Seguro que podría organizarnos una visita o algo parecido.

Lara levantó una ceja con una sonrisa maliciosa.

—Claro… "Preguntarle a Erik".

La ignoré, aunque sentí un calor leve en la cara.

—Es práctico, Lara.

—Sí, sí —dijo ella, volviendo al teclado—. "Práctico".

No contesté. Porque en el fondo sabía que no era solo práctico.

Un golpe en la puerta interrumpió el silencio. Nos quedamos quietas. Lara levantó la cabeza.

—¿Esperas a alguien?

—No —respondí, frunciendo el ceño.

Otro golpe. Más firme.

—Ahora vuelvo —dije mientras me levantaba.

Lara me miró como si estuviera viendo el inicio de una serie interesante.

—Esto tiene pinta de capítulo importante —murmuró.

No le respondí. Caminé hacia la puerta y la abrí.

El aire frío me golpeó la cara y entonces lo vi. Erik. Y a su lado, una niña.

Pequeña. Sonriente. Con un gorro de lana rosa pastel, un abrigo blanco y unos guantes del mismo color. Sus mejillas estaban rosadas por el frío y sus ojos brillaban con curiosidad.

Me quedé quieta. Un segundo. Dos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mirando primero a Erik.

Él sonrió. Esa sonrisa tranquila que siempre parecía tener el poder de desarmarme un poco.

—He venido para invitarte a cenar.

Parpadeé.

—Yo… estaba con Lara… íbamos a hacer algo rápido…

Detrás de mí, escuché la voz de Lara desde el interior.

—Vete a cenar con el vikingo que te va a dar un buen postre de sexo; yo me quedo aquí con mi satisfayer.

Me giré de golpe.

—¡Lara!

Pero era tarde. La niña la había escuchado.

—¿Qué es un satisfayer? —preguntó, ladeando la cabeza con total inocencia.

Hubo un segundo de silencio absoluto. Y entonces Lara apareció en la puerta como un huracán.

—¡La hostia! —soltó, al verla.

Se quedó mirándola.

—¿También hablas español? Madre mía… voy a aprender chino para que no me entiendan en este pueblo cuando hablo con mi prima.

La niña soltó una carcajada inmediata. Una risa limpia, contagiosa.

—Sé hablar noruego, español, francés y también inglés —dijo orgullosa—. Papá, si ella aprende chino, ¿puedo aprender yo también? Es muy divertida.

Me giré lentamente hacia Erik.

—¿"También"? —pregunté.

Él levantó las manos, como rindiéndose.

—Es una larga historia.

Lara la miró como si acabara de encontrar un tesoro.

—Vale, me caes bien —le dijo directamente a la niña.

Luego me miró a mí.

—Y tú vete. Ahora. Sin discutir.

Suspiré. Miré a la niña otra vez.

—Cuando la conozcas mejor, puede que cambies de opinión sobre lo de "divertida" —murmuré.

La niña sonrió más aún.

—Me llamo Freya.

El nombre me golpeó de una forma extraña, como si encajara demasiado bien con todo lo que rodeaba a Erik.

—Yo soy Alba —dije suavemente.

Erik me miró.

—Venga, vamos a cenar.

Y en ese momento, no supe decir que no.

La cena fue… caótica. Y perfecta.

Freya hablaba sin parar, Erik la miraba con esa mezcla de orgullo y ternura que no intentaba esconder, y yo me descubrí riéndome más de lo que había esperado.

—En el avión había una señora que roncaba así —dijo Freya, imitándola exageradamente.

Erik casi se atragantó con el agua.

—Eso no es del todo legal en un avión —dije yo, intentando no reírme.

—Debería serlo —respondió ella muy seria—. Era muy impresionante.

Freya tenía una forma de llenar el espacio que era imposible de ignorar. Y me gustaba. Demasiado.

En algún momento, sin darme cuenta, ya estaba metida en su mundo.

—Papá dice que sabes muchas cosas —me dijo de repente.

Miré a Erik.

—¿Eso dice?

—Dice que eres lista —añadió ella.

Sentí el calor subir a mis mejillas.

—Tu padre exagera.

Erik sonrió sin decir nada. Y no ayudaba.

Después de cenar, Freya empezó a bostezar. Un bostezo pequeño y suave.

—Creo que alguien tiene sueño —dije.

—No tengo sueño —mintió ella inmediatamente.

Pero a los dos minutos estaba apoyando la cabeza en el hombro de Erik.

—Gana el sueño —susurró él.

Y la levantó en brazos con una facilidad que me dejó mirando un segundo de más.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A casa —respondió.

La casa de Erik era cálida. No solo por la decoración, sino por la sensación.

Freya apenas protestó cuando la llevaron a la cama. En cuestión de minutos, estaba dormida, abrazando una manta como si fuera lo más importante del mundo.

Me quedé en la puerta un segundo.

—Es… increíble —dije en voz baja.

Erik se apoyó en el marco.

—Sí.

Bajamos al salón y Erik sirvió dos copas. El silencio que nos acompañó en ese momento era tranquilo. El tipo de silencio que no incomodaba.

—Tenías razón —dije al final.

Él me miró.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella —respondí—. Es… encantadora. Muy especial.

Erik sonrió.

—Lo es.

Hubo una pausa. Y entonces se acercó. Sin prisa. Sin aviso. Solo presencia.

Su mano me rozó la mejilla primero, suave, como si necesitara comprobar que estaba ahí. Luego sus labios encontraron los míos.

El beso fue lento. Profundo. De esos que no pedían permiso porque ya lo tenían.

Cuando se apartó, siguió mirándome. Y yo me quedé quieta un segundo más de lo normal.

—Tenías razón en muchas cosas —susurré.

—¿En cuáles?

Tragué saliva.

—En que es difícil pensar contigo cerca.

Una media sonrisa.

—Eso no es exactamente un problema.

Y volvió a besarme. Más suave esta vez. Más breve. Pero igual de peligroso.

Me apoyé un segundo en la mesa detrás de mí, como si necesitara equilibrio.

—Esto es una locura —dije.

—Sí —respondió él.

—Y aun así…

—Y, aun así —repitió.

Lo miré. Y entendí algo que no quería entender del todo. Porque cuando el vikingo me besaba… no me dejaba pensar.

Solo sentir. Y eso era exactamente lo que más miedo me daba.

Nos quedamos un rato en el salón sin decir mucho.

De vez en cuando, el hielo de las copas hacía un pequeño sonido al derretirse, y ese era el único ruido que rompía el silencio. Erik estaba sentado frente a mí, con una calma que me descolocaba. Como si todo lo que había pasado ese día, el aeropuerto, Freya, la cena, nosotros, fuera perfectamente normal.

Yo, en cambio, seguía sintiendo que algo dentro de mí no terminaba de encajar del todo… y a la vez encajaba demasiado.

—¿Siempre eres así de… intenso con las visitas sorpresa? —pregunté al final, intentando romper la tensión.

Erik sonrió ligeramente.

—No suelo traer a gente a casa así.

—Ya.

—Pero contigo no lo he pensado mucho.

Eso me hizo levantar la mirada.

—Eso debería preocuparme.

—Probablemente —admitió, sin perder la calma.

Y esa sinceridad suya era exactamente lo que me desarmaba. Me pasé una mano por el pelo, suspirando.

—Freya es increíble —dije, cambiando de tema porque no me convenía seguir en el anterior.

Erik asintió despacio.

—Lo es.

Hubo una pausa. Más larga esta vez.

—Se parece mucho a ti —añadí.

Él soltó una risa baja.

—Eso es lo peor que puedes decirle a un padre.

Sonreí.

—Lo digo como algo bueno.

Erik me miró unos segundos sin hablar. Y entonces, sin levantar la voz, dijo:

—Me alegro de que te guste.

La forma en la que lo dijo no era casual. Era algo más profundo. Como si estuviera tomando nota de algo importante.

Un ruido leve arriba nos hizo mirar hacia el techo.

—Está dormida —dijo él.

Asentí. Pero no nos movimos.

Era como si el hecho de que Freya estuviera allí arriba diera una especie de gravedad extra al momento. Como si todo lo que dijéramos tuviera más peso.

Erik se levantó y fue hacia la cocina un segundo. Volvió con una botella de agua y la dejó sobre la mesa.

—¿Te vas a quedar todo el verano? —preguntó de repente.

La pregunta me pilló desprevenida.

—No lo sé aún.

Se apoyó en el respaldo del sofá.

—Quiero que te quedes.

No lo dijo como una petición ligera. Lo dijo como algo que ya había imaginado demasiado.

Respiré hondo.

—Erik, apenas nos conocemos…

—Eso ya lo dijiste antes —me interrumpió suavemente.

Lo miré.

—Y sigue siendo verdad.

Él no discutió. Solo me observó. Como si estuviera esperando algo más profundo que una respuesta lógica.

—No quiero precipitar nada —añadí—. Pero tampoco quiero irme como si esto no hubiera pasado.

Su mirada cambió ligeramente.

—No es algo que se pueda borrar.

Lo dijo tan simple que me dio un pequeño escalofrío.

Arriba, se oyó un ruido. Pasos pequeños. Erik se levantó automáticamente.

—Voy a verla.

Asentí y me quedé sola unos segundos. Y en ese silencio me di cuenta de algo incómodo. La casa no me resultaba ajena.

Me resultaba… familiar. Como si mi cuerpo ya hubiera estado allí antes de que mi mente lo supiera. Sacudí ese pensamiento.

No tenía sentido.

Erik bajó poco después.

—Está medio despierta —dijo—. Me ha preguntado si sigues aquí.

Sonreí.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad.

—Eso es peligroso.

Él sonrió un poco.

—Lo sé.

Subí con él. Freya estaba sentada en la cama, despeinada, con los ojos entrecerrados. Cuando me vio, sonrió.

—Hola —dijo en un hilo de voz.

—Hola —respondí suavemente.

Me acerqué despacio, sentándome en el borde de la cama. Freya miró a Erik.

—¿Siempre tienes gente interesante en casa?

Erik fingió pensar.

—No siempre.

—Deberías —dijo ella muy seria.

No pude evitar reírme. Freya me observó un segundo.

—Me caes bien —decidió.

—Eso es un alivio —respondí.

Erik se apoyó en el marco de la puerta, mirándonos con una expresión que no intentaba disimular. Era… calma.

Pero también algo más. Algo que me hacía sentir observada de una forma distinta.

Cuando Freya volvió a dormirse, Erik cerró la puerta con cuidado. Nos quedamos en el pasillo. Silencio otra vez. Pero distinto. Más íntimo.

—Gracias por esto —dije en voz baja.

—¿Por qué?

—Por invitarme.

Él me miró.

—No era opcional.

Asentí lentamente.

—Aun así…

Se acercó un paso.

—Alba.

Mi nombre en su boca siempre sonaba distinto. Como si no fuera solo un nombre. Como si fuera una forma de llamarme de vuelta a algo.

—Dime la verdad —continuó.

Tragué saliva.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sientes cuando estás aquí. Cuando estás conmigo.

La pregunta me dejó quieta. Porque era demasiado precisa. Demasiado directa.

—Siento… —Empecé— que esto no debería ser tan fácil.

Erik no apartó la mirada.

—Pero lo es.

Y tenía razón. Y eso era lo más inquietante de todo.

Volvimos al salón.

La casa estaba en silencio otra vez. Erik se sirvió agua; yo no.

Me senté en el sofá, recogiendo las piernas.

—Si te soy sincera —dije al final—, me asusta un poco todo esto.

Él no respondió enseguida. Se sentó frente a mí.

—A mí también me asustaba antes de encontrarte.

Lo miré.

—¿Antes?

—Antes de entender que ya te había encontrado.

El aire cambió. No supe explicarlo de otra forma. No era tensión. Era… reconocimiento. Otra vez esa palabra sin sentido lógico.

Erik se inclinó ligeramente hacia delante.

—No te estoy pidiendo que renuncies a tu vida —dijo—. Solo que no te vayas de la mía todavía.

Me reí suavemente, sin humor.

—Eso suena mucho más peligroso de lo que debería.

—Lo es.

Silencio. Un silencio largo y denso. Y entonces él se levantó. Se acercó. Sin prisa. Sin presión. Solo él.

Se detuvo delante de mí y me miró como si estuviera decidiendo algo importante.

—No puedo prometerte que esto será fácil —dijo.

—Ya me había dado cuenta.

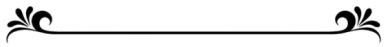
Una leve sonrisa. Y luego se inclinó. El beso fue lento. No urgente ni impulsivo. Fue de esos que no intentan convencerte de nada… porque ya saben la respuesta.

Cuando se separó, su frente rozó la mía un segundo. Y ahí lo entendí. No era que me estuviera arrastrando hacia algo. Era que yo ya estaba dentro.

—Estás perdida —murmuró él.

No lo negué. Porque no podía. Y lo peor era que no quería.

Capítulo 21



Alba

El silencio que siguió a sus palabras, "Estás perdida", fue el más ruidoso que había sentido en mi vida. No era un silencio vacío. Estaba lleno de la electricidad que saltaba entre nosotros, del peso de mi propia respiración contenida y del eco de la verdad que acababa de pronunciar. No lo negó. Porque no podía. Y lo peor… era que no quería.

Me quedé quieta en el sofá, con el cuerpo tenso, esperando su siguiente movimiento. No lo hizo. Se limitó a seguir mirándome, su mirada tan intensa que sentía que podía ver a través de mi piel, hasta el fondo de mis huesos, hasta el alma que juraba que había conocido en otra vida.

—No —dije al final, mi voz un susurro débil, una protesta patética —. No estoy perdida.

Él levantó una ceja, un gesto casi imperceptible, pero que cargaba con el peso de mil argumentos. Se agachó lentamente, acercándose a mí, y apoyó una mano en el sofá, a cada lado de mi cuerpo, encerrándome. No me tocó, pero su presencia era una presión física, una fuerza que me robaba el aire.

—No —repitió él, su voz un murmullo bajo y grave que vibró en mi pecho—. Estás encontrada. Has vuelto a casa. Y lo sabes.

Negué con la cabeza, pero mi cuerpo me traicionó. Una oleada de calor me recorrió, mis pechos se pusieron duros bajo mi camiseta y sentí una humedad creciente entre mis piernas. Mi cuerpo era un traidor. Un traidor que gritaba la verdad que mis labios se negaban a admitir.

—Esto es una locura —susurré, más para mí que para él.

—La mejor clase de locura —respondió, y entonces se inclinó y me besó.

No fue un beso de pregunta. Fue un beso de afirmación. Sus labios se movieron sobre los míos con una autoridad que me deshizo, su lengua entró y reclamó mi boca, y yo no pude hacer nada más que abrirme y dejarlo entrar. Mis manos, que habían estado inertes en mi regazo, subieron por sí solas y se enclavaron en su pelo, atrayéndolo hacia mí, necesitando más, necesitándolo todo.

El beso se hizo más profundo, más hambriento. Era un beso de reconocimiento, de desesperación, de una necesidad que se había acumulado durante siglos. Sus manos abandonaron el sofá y descendieron, una rodeándome la espalda, la otra deslizándose por mi cintura hasta mi muslo, que apretó con fuerza. Un gemido bajo escapó de mi garganta, un sonido de pura rendición.

—Erik… —murmuré contra sus labios, pero no sabía si era una advertencia o una súplica.

—Calla y siente —ordenó, y su boca abandonó la mía y comenzó un descenso devastador.

Besó mi mandíbula, mi cuello, la clavícula. Sus labios eran calientes, su lengua húmeda, y cada beso dejaba un rastro de fuego en mi piel. Me incorporé un poco para darle acceso, y él aprovechó para deslizarme la camiseta por los hombros. Sus manos me recorrieron la espalda, sus dedos trazando la línea de mi sujetador, antes de desabrocharlo con una habilidad que me hizo temblar.

La tela cedió, y mis pechos quedaron al aire, expuestos a su mirada y a la luz tenue de la sala. Él se apartó un poco para mirarme, y sus ojos se oscurecieron de lujuria.

—Joder, Alba… —susurró, su voz ronca—. Eres perfecta.

Y entonces bajó la cabeza y tomó un pezón en su boca.

El contacto fue una descarga eléctrica. Un grito agudo escapó de mis labios, y mi espalda se arqueó, empujando mi pecho hacia su boca. La chupó con fuerza, usó la lengua para jugar con él, mordiéndolo suavemente con los dientes. El placer fue tan intenso, tan agudo, que casi me duele. Su mano libre se ocupó del otro pecho, su pulgar frotando el pezón erecto, enviando oleadas de placer directo a mi entrepierna.

—Erik… por favor… —supliqué, mis caderas moviéndose instintivamente, buscando una fricción que no encontraba.

Él entendió mi ruego. Su boca abandonó mis pechos y comenzó a bajar, besando mi estómago, su lengua trazando círculos en mi ombligo. Sus manos me desabrocharon los vaqueros, y los tiró hacia abajo con un movimiento brusco. Yo me ayudé, levantando las caderas, hasta que la tela pasó por mis tobillos y él pudo quitármelos por completo.

Me quedé allí, en el sofá, completamente desnuda, temblando de anticipación. Él se arrodilló en el suelo frente a mí, y me abrió las piernas con una delicadeza que contrastaba con la ferocidad de su mirada.

—Mírame —ordenó, su voz un murmullo bajo y dominante—. Mírame mientras te como.

Y entonces, su boca me encontró.

El primer contacto de su lengua en mi clítoris fue como una explosión. Un grito puro y sin filtros escapó de mis labios. Mis manos se anclaron en su pelo, sosteniéndolo, empujándolo hacia mí. Él respondió con un gemido de satisfacción, y comenzó a devorarme.

No era tierno. No era delicado. Era salvaje. Feroz. Comía mi sexo con un hambre que me aterrorizaba y me excitaba a la vez. Su lengua se movía con una destreza increíble, lamiendo, chupando, mordisqueando. Sus dedos se unieron a la fiesta, uno, luego dos, entrando y saliendo de mí en un ritmo que se sincronizaba con los movimientos de su lengua.

El placer fue abrumador. Una ola creciente, gigantesca, que me arrastraba hacia el abismo. El mundo se desvaneció. Solo existía su boca en mí, el sonido de sus gemidos, el sabor de mi propia excitación. Mis piernas empezaron a ceder, y él tuvo que sostenerme con sus brazos, manteniéndome en su sitio mientras me llevaba al paraíso.

—¡Erik! ¡Erik! —grité, mi cuerpo temblando incontrolablemente—. ¡No pares! ¡Por favor, no pares!

Él no paró. Al contrario, aceleró su ritmo, su lengua moviéndose más rápido, sus dedos entrando más profundo, buscando ese punto dentro de mí que sabía que me haría volar por los aires.

Y lo encontró.

El orgasmo me golpeó como una explosión. Una onda expansiva de placer puro que recorrió todo mi cuerpo, desde la punta de mi pelo hasta la punta de mis pies. Mis piernas se doblaron y él me sostuvo, su boca todavía en mí, bebiendo mi placer, prolongando mi orgasmo hasta que me convertí en un temblor incontrolable en sus brazos.

Cuando terminé, me levantó en brazos con la misma facilidad que la noche anterior y me llevó de vuelta a la cama de pieles. Me depositó suavemente, y se tumbó a mi lado, mirándome con una sonrisa satisfecha.

—Hola —dijo, su voz ronca.

—Hola —respondí, jadeando, completamente exhausta e increíblemente viva—. Joder, Erik.

—Ya te he dicho que no eres la única —dijo, y se inclinó para darme un beso, un beso en el que podía saborearme a mí misma—. Pero ahora, es mi turno.

Se colocó sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío. Su miembro, duro y pesado, se deslizó entre mis labios, rozándome, haciéndome gemir. Estaba tan sensible que el simple contacto era casi demasiado.

—¿Estás lista? —preguntó, su voz un murmullo bajo—. ¿Lista para mí?

—Siempre he estado lista para ti —respondí, y fue la verdad más absoluta que había dicho en mi vida.

Su sonrisa fue mi perdición. Una mezcla de triunfo, deseo y una ternura que me deshizo por dentro. No dijo nada más. No hizo falta. Sus acciones lo dijeron todo.

Con un movimiento lento y deliberado, separó mis piernas con una de sus rodillas. La anticipación era una agonía deliciosa. Cada célula de mi cuerpo gritaba por él, por la posesión que sabía que estaba a punto de ocurrir. No era solo sexo; era una rendición, una reconquista, un regreso a un hogar que nunca supe que había perdido.

—Mírame, Alba —ordenó de nuevo, su voz un ronroneo bajo que vibraba en mi pecho—. Quiero verte los ojos cuando entre en ti.

Obedecí. Levanté la mirada hacia la suya, y lo que vi allí me robó el aliento. No solo lujuria, sino una devoción feroz, un reconocimiento tan profundo que me hizo temblar. Era la mirada de un hombre que había esperado una eternidad por este momento. La cabeza de su erección me rozó, húmeda y caliente, y un gemido escapó de mis labios. Estaba empapada, lista para él, mi cuerpo un templo abierto solo para su adoración.

—Por favor, Erik… —supliqué, con un hilo de voz ahogado—. No me hagas esperar más.

Una sonrisa torva se dibujó en sus labios. —La paciencia es una virtud, cariño. Pero no hoy. Hoy voy a follarme como mereces. Como te he estado follando en mi cabeza desde que te vi.

Y entonces, con un solo movimiento poderoso y profundo, se hundió dentro de mí.

El grito que salió de mi garganta fue de pura e inconfundible verdad. Era un dolor placentero, un estiramiento que completaba una parte de mí que siempre había estado vacía. Se quedó quieto dentro de mí, dejándome sentirlo, permitiéndome adaptarme a su tamaño, a su presencia. Estaba lleno, hasta el fondo, y sentía sus latidos contra mis paredes internas.

—Joder… —susurró, apoyando la frente contra la mía—. Esto es… — no dijo nada más, solo siguió penetrándome.

—Muévete —le supliqué, mis caderas moviéndose instintivamente contra él, buscando más—. Por favor, muévete.

Él escuchó. Comenzó a moverse, primero con lentitud, con largas y profundas embestidas que me deshacían. Cada salida era un vacío, cada entrada una afirmación. Sus manos agarraron mis caderas, levantándolas para darle un ángulo más profundo, y yo grité cuando golpeó ese punto mágico dentro de mí.

—¿Así? —gruñó, aumentando el ritmo—. ¿Así te gusta?

—Sí… sí… —jadeaba, incapaz de formar palabras coherentes—. Más… más duro…

Su respuesta fue una carcajada baja y salvaje.

—Como quieras.

El ritmo se convirtió en una tormenta. Ya no era un hombre haciendo el amor a una mujer; era una fuerza de la naturaleza reclamando lo suyo. Me penetraba con una ferocidad brutal, con embestidas tan profundas que sentía que me partía en dos. El sonido de nuestros cuerpos chocando, el de sus gemidos y mis gritos, llenaba la habitación, una sinfonía de lujuria cruda y desesperada.

—Eres mía —soltó entre dientes, su boca mordisqueando mi cuello, dejando marcas que sabía que durarían—. Entiéndelo. Eres mía.

—Soy tuya —grité, mis uñas arañándole la espalda, dejando mis propias marcas en él—. Solo tuya. Siempre tuya.

Las palabras lo desataron. Su ritmo se convirtió en un caos perfecto, un pistoneo salvaje que me llevó al borde del abismo por segunda vez. Sentía cómo el placer se acumulaba en la base de mi columna, una bola de fuego creciendo, creciendo, a punto de explotar.

—No… no puedo… —gemí, mi cabeza echada hacia atrás, el cuello expuesto—. Erik, voy a…

—Sí, cariño, córrete —ordenó, bajando la mano hasta mi clítoris, frotándolo con un ritmo brutal que se sincronizaba con sus embestidas —. Córrete, Alba.

La orden fue mi perdición. El orgasmo me golpeó como un tsunami, una ola de placer tan violenta y abrumadora que mi visión se nubló. Mi cuerpo se arqueó en un arco imposible, un grito desgarrador escapó de mi garganta mientras mi sexo se contraía violentamente alrededor de él, apretándolo. Él gruñó, un sonido animal de triunfo y placer, y siguió moviéndose, prolongando mi éxtasis hasta que me convertí en un temblor incontrolable, un montón de huesos y piel satisfechos en sus brazos.

Antes de que pudiera recuperarme, me giró con una fuerza brusca, colocándome sobre mis manos y rodillas.

—No hemos terminado —dijo, su voz grave y llena de promesas.

La idea me envió otra oleada de deseo. Estaba exhausta, pero mi cuerpo respondió, apretándose en anticipación. Se colocó detrás de mí y entró de nuevo, con una profundidad que me hizo gritar en la almohada. Esta posición era diferente, más primitiva, más posesiva. Cada embestida me empujaba hacia adelante, y sus manos en mis caderas eran el único ancla que me mantenía en este mundo.

—¿Te gusta? —preguntó, su mano abofeteándome el culo con un golpe seco que me hizo gemir.

—Sí… Sí…

El placer se acumuló de nuevo, más rápido esta vez, una montaña rusa sin fin. Su mano se deslizó por mi vientre hasta mi clítoris, frotándolo en círculos rápidos y precisos mientras seguía embistiéndome desde atrás.

—Córrete, Alba —suplicó esta vez, con la voz rota por el esfuerzo—. Córrete.

Y lo hicimos juntos. Mi orgasmo explotó al mismo tiempo que el suyo. Sentí su miembro endurecerse dentro de mí antes de liberar una ola de calor que me inundó por dentro. Era una sensación de posesión absoluta, de ser reclamada, marcada. Gritamos juntos, un sonido unificado de éxtasis y rendición, mientras nuestros cuerpos temblaban y se sacudían en el umbral del paraíso.

Se derrumbó sobre mí, su peso pesado y reconfortante, los dos jadeando, tratando de recuperar el aliento. El silencio que siguió fue diferente al de antes. No estaba lleno de tensión, sino de paz. De satisfacción. De una certeza que no necesitaba palabras.

Él se rodó a mi lado, tirándome con él, y me envolvió en sus brazos. Nuestros cuerpos estaban pegajosos, sudorosos, y olía a nosotros, a sexo, a satisfacción.

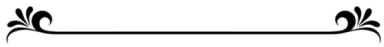
—Te lo dije —murmuró contra mi pelo, su voz suave y ronca—. Estabas perdida.

Sonreí, un gesto cansado pero genuino, y me acurruqué más contra él.

—No. Estaba encontrada. Y lo sabía.

Y por primera vez en mi vida, era completamente verdad.

Capítulo 22



Erik

Desperté antes de abrir los ojos.

Fue una de esas veces en las que el cuerpo entiende algo antes que la mente. Calor. Peso. Calma. Alba.

No me moví. Mantuve los ojos cerrados unos segundos más, simplemente sintiendo. Su cuerpo encajaba contra el mío como si siempre hubiera estado ahí. Su espalda apoyada en mi pecho, una de mis manos descansando en su cintura, la otra cerca de su clavícula, donde en algún momento de la noche la había acercado más a mí sin darme cuenta.

Respiraba despacio. Tranquila. Segura.

Abrí los ojos poco a poco. La luz del norte se colaba por las cortinas, suave, grisácea, dibujando el contorno de su piel bajo las sábanas. Un mechón de su pelo castaño descansaba sobre la almohada, rozando mi brazo. Lo aparté con cuidado, casi sin tocarla.

No quería despertarla. Quería mirarla.

Me quedé así un buen rato, observándola como si fuera la primera vez. Como si cada detalle importara. La curva de su cuello. La forma en la que fruncía ligeramente el ceño incluso dormida. Sus labios entreabiertos.

Y entonces ocurrió. Otra vez. Un destello.

No fue un recuerdo normal. No fue algo que pudiera ordenar o explicar. Fue más bien una sensación convertida en imagen.

Ella. Pero no allí. Otro lugar. Otra luz. Más cálida. Más dorada. Su pelo más largo, moviéndose con el viento. Riendo. Mirándome de una forma que reconocí demasiado bien.

Como si ya me hubiera mirado así antes. Parpadeé. El techo de mi habitación volvió a ser el único real. Pero la sensación no desapareció. Se quedó.

Apreté ligeramente la mano en su cintura, como si necesitara asegurarme de que estaba ahí de verdad. Lo estaba.

Y entonces, inevitablemente, la noche anterior volvió a mí.

No como una secuencia clara. Más bien como fragmentos. Sensaciones. Su forma de acercarse a mí sin miedo. Sin dudas. Como si no hubiera nada que cuestionar. Como si confiar en mí fuera lo más natural del mundo. Y eso… Eso era lo que más me había marcado.

No era solo deseo. Era entrega. Y no la de alguien ingenuo. La de alguien que sabía lo que hacía… y aun así elegía quedarse.

Tragué saliva despacio. Porque no recordaba haber sentido algo así con nadie. Ni siquiera en mi vida anterior. Ni siquiera con Astrid.

El pensamiento se cortó en seco cuando escuché el leve sonido de la puerta. Mi cuerpo reaccionó al instante.

Tiré un poco más de la sábana sobre Alba, cubriéndola con cuidado, asegurándome de que quedaba resguardada antes de girar la cabeza hacia la puerta.

Y ahí estaba Freya, asomada, sonriendo.

—Buenos días —susurró, como si aquello fuera un secreto entre nosotros.

No pude evitar sonreír.

—Buenos días, pequeña.

Abrió la puerta un poco más y, sin pedir permiso, entró corriendo hacia la cama.

—¡Papá!

Se subió con torpeza y entusiasmo, trepando hasta llegar a mí para darme un beso rápido en la mejilla.

La abracé con un brazo, acercándola.

—Cuidado —murmuré—. Hay alguien más.

Freya se quedó quieta un segundo. Miró, y entonces sonrió aún más.

—¿Se va a quedar a desayunar también?

Bajé la mirada hacia Alba un instante antes de responder.

—Sí.

Freya apoyó la barbilla en el colchón, observándola con curiosidad.

—¿Y se va a quedar más tiempo?

—Unos días —dije—. Con nosotros. Y también su prima, Lara.

Eso fue suficiente para que sus ojos brillaran.

—¡Me gusta Lara! —dijo—. Está un poco loca… pero es muy divertida.

Solté una risa baja.

—Sí, eso parece.

Freya volvió a mirar a Alba.

—Y ella también me gusta —añadió, más tranquila—. Juega conmigo… no como mamá.

El comentario me tensó al instante. Fue automático. Una reacción que no pude evitar.

Noté cómo algo se endurecía dentro de mí… pero no dije nada. No hacía falta.

En ese momento, Alba se movió entre mis brazos. Muy ligeramente. Bajé la mirada. Sus párpados temblaron antes de abrirse despacio. Tardó un segundo en ubicarse.

Luego me vio y sonrió.

—Hola, vikingo… —murmuró, con la voz aún dormida.

Algo en mi pecho se aflojó.

—Buenos días.

Me incliné y la besé. Un beso suave, corto y natural. Como si fuera lo más normal del mundo. Y entonces escuché la risa de Freya.

Alba se quedó quieta un segundo. Luego giró la cabeza lentamente… y la vio. El color le subió a las mejillas al instante.

—Ay… —Murmuró, incorporándose un poco—. Podrías haberme despertado antes…

Sonreí. La volví a besar, esta vez rozando apenas sus labios.

—Me gusta verte dormir.

Freya soltó otra risita.

—¿Puedo quedarme un poco en la cama con vosotros?

Alba se sonrojó aún más. Yo, en cambio, no pude evitar reírme.

—Mejor no —dije, incorporándome un poco—. Ve a la cocina y pon los manteles. Ahora bajamos y preparamos el desayuno.

Freya dudó un segundo. Luego asintió con decisión.

—Vale. ¡Pero no tardéis!

Saltó de la cama y salió corriendo, cerrando la puerta tras de sí con más entusiasmo del necesario. El silencio volvió. Pero ya no era el mismo.

Alba se dejó caer otra vez sobre la almohada, cubriéndose un poco más con la sábana.

—No debería haberme quedado a dormir… —murmuró.

La miré.

—¿Por qué?

Suspiró, evitando mi mirada.

—Freya hará preguntas.

Me incorporé, apoyando un brazo junto a su cabeza.

—Si crees que cuando te instales mañana en esta casa vas a dormir en una cama que no sea la mía… estás muy equivocada.

Sus ojos se dirigieron hacia los míos. Ahí estaba otra vez. Esa mezcla de duda y algo más profundo.

No le di tiempo a responder. La besé. Esta vez con más intención. Más firme.

Su mano subió hasta mi cuello, respondiendo sin pensarlo demasiado.

Cuando me separé, nos quedamos mirándonos. Muy cerca.

—Me alegro de que te quedes —dije en voz baja.

Sus ojos se suavizaron. No respondió, pero tampoco hacía falta.

La volví a besar. Y esta vez ella no dudó. Pero antes de que el momento avanzara más…

—¡La mesa está puesta! ¡A desayunar!

La voz de Freya atravesó toda la casa. Nos quedamos quietos un segundo. Y luego los dos nos reímos.

—Nos reclama —murmuró Alba.

—Sí —respondí—. Y es insistente.

Nos levantamos. Rápido. Entre ropa buscada a medio despertar y miradas que se alargaban más de lo necesario. Y bajamos.

El olor a café nos llegó antes incluso de pisar la cocina. Fruncí el ceño, sorprendido.

—Eso no lo ha podido hacer Freya… —Murmuré.

Alba sonrió a mi lado mientras bajábamos los últimos escalones.

—Igual tienes una hija prodigio y no lo sabes.

Negué con la cabeza.

—Mi hija es prodigio en muchas cosas… pero no en preparar café sin incendiar la cocina.

Alba soltó una risa baja. Y entonces entramos.

Freya estaba subida en una silla, con una concentración absoluta, colocando servilletas como si estuviera organizando una cena de estado. La mesa… estaba caótica.

Los platos no combinaban. Había cucharas donde no hacían falta. Y tres vasos en un mismo sitio. Pero para ella… Era perfecto.

—¡Ya está! —anunció, girándose hacia nosotros con orgullo—. He puesto la mesa.

Me apoyé en el marco de la puerta, cruzándome de brazos.

—Veo que has seguido… tu propio sistema.

—Es un sistema muy bueno —respondió ella con total seriedad—. Cada uno puede elegir el vaso que más le guste.

Alba se llevó una mano a la boca para no reírse.

—Eso es bastante inteligente —dijo—. Más opciones, más felicidad.

Freya la miró como si acabara de confirmar algo importante.

—¿Ves? Ella lo entiende.

Negué despacio, sin poder evitar sonreír.

—Sí, sois peligrosas juntas.

Alba se acercó a la mesa y empezó a recolocar algunas cosas con suavidad, sin deshacer del todo el "trabajo" de Freya.

—Podemos dejar esto así —dijo—. Y solo… mejorar pequeños detalles.

Freya se acercó enseguida.

—¿Como cuáles?

—Mira —Alba cogió un vaso y lo puso frente a un plato—. Así es más fácil no tirar el zumo encima de alguien.

Freya abrió los ojos.

—Eso ya me ha pasado.

—Lo imaginaba.

Se miraron y se rieron. Me quedé observándolas unos segundos más de lo normal. Había algo ahí. Algo que no se podía forzar. No era solo que Alba fuera amable con ella. Era natural. Fluía. Como si se entendieran en un idioma propio.

Me moví hacia la encimera para preparar el café de verdad.

—Papá —dijo Freya—. ¿Podemos hacer tortitas?

—¿Podemos o quieres? —pregunté sin girarme.

—Quiero —respondió inmediatamente.

Alba intervino.

—Podemos hacerlas.

La miré por encima del hombro.

—¿Sabes en lo que te estás metiendo?

Ella arqueó una ceja.

—Soy valiente.

—No es valentía. Es supervivencia.

Freya ya estaba arrastrando una silla hacia la encimera.

—¡Yo ayudo!

Suspiré.

—Eso es lo que más me preocupa.

La cocina se convirtió en un pequeño caos en cuestión de minutos. Harina en la encimera. Un huevo que casi no sobrevive. Freya mezclando demasiado rápido.

—¡Más despacio! —dije, sujetando el bol antes de que lo lanzara por los aires.

—¡Estoy batiendo! —protestó.

—Estás creando un desastre.

Alba se rio mientras intentaba mantener cierta lógica en el proceso.

—Vale, equipo —dijo—. Vamos a organizarnos.

La miré.

—Buena suerte.

—Tú haces el café —me señaló—. Freya mezcla… pero suave. Y yo me encargo de que todo siga existiendo dentro del bol.

Freya asintió con determinación.

—Puedo hacerlo.

—Eso espero —murmuré.

Pero lo hizo. Más o menos. Y cuando la primera tortita salió, ligeramente irregular, Freya la levantó como si fuera un trofeo.

—¡Es perfecta!

Alba la miró.

—Totalmente.

—Está torcida —añadí.

Las dos me ignoraron.

Nos sentamos a la mesa poco después. El desayuno no era perfecto. Pero era… real. Freya hablaba sin parar entre bocado y bocado.

—Lara me cae bien —dijo Freya, de repente—. Está un poco loca… pero tú también un poco.

Alba abrió la boca, sorprendida.

—¿Yo?

—Sí —respondió Freya con total naturalidad—. Pero en plan bien.

Me apoyé en el respaldo de la silla, observándolas.

—Eso es un halago —dije.

Alba me miró.

—Gracias por la aclaración.

Freya la miró con curiosidad.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

Alba dudó un segundo. La vi. Ese pequeño gesto.

—Todo el verano —respondió al final.

Freya sonrió. Una sonrisa de verdad. De esas sonrisas que no se pensaban.

—Bien —respondió.

Seguí comiendo en silencio unos segundos. Observando. Escuchando. Sintiendo algo que no esperaba.

Nunca pensé que volvería a estar así. Después de Astrid… La idea de compartir mi vida con alguien otra vez no era solo complicada. Era… improbable.

No todas las mujeres aceptaban lo que venía conmigo. No solo a mí. A Freya. A todo lo que eso implicaba.

Horarios. Responsabilidad. Prioridades que no se negociaban. Y sin embargo…

Miré a Alba y vi que estaba ayudando a Freya a cortar una tortita en forma de algo que intentaba ser un corazón. Se reían. Discutían si parecía más un pez. Y en ese momento… Encajaba.

No de forma forzada. No como algo que había que construir. Encajaba como si siempre hubiera estado destinado a hacerlo.

Apoyé los codos en la mesa, llevándome la taza a los labios. Y por primera vez en mucho tiempo no pensé en lo que podía salir mal. Pensé en algo mucho más simple. Ojalá no tuviera que verla marchar.

El final del verano apareció en mi mente como algo lejano pero inevitable. Y no me gustó nada.

Freya levantó la vista en ese momento.

—Papá.

—¿Sí?

—Estás pensando.

—A veces lo hago.

—Pero ahora mucho.

Alba me miró también. Sostuve su mirada un segundo.

—Estoy bien —dije.

Y esta vez era verdad.

Freya levantó su vaso.

—Brindis.

La miré.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque sí.

Alba levantó su vaso también.

—Me gusta.

Suspiré, pero levanté el mío.

—Vale. ¿Por qué brindamos?

Freya sonrió.

—Porque este desayuno mola.

Alba añadió:

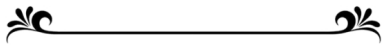
—Y porque el verano promete.

Las miré a las dos. Y choqué mi vaso con los suyos.

—Sí —dije—. Por eso.

Y mientras el sonido del cristal llenaba ese pequeño espacio, tuve la sensación clara, firme e imposible de ignorar de que algo importante acababa de empezar.

Capítulo 23



Alba

El desayuno seguía siendo un pequeño caos organizado cuando Erik se levantó de la mesa con el móvil en la mano.

Freya estaba explicándome algo importantísimo sobre cómo las tortitas "mejoran" si las comes empezando por los bordes —teoría que defendía con una convicción admirable—, así que al principio no presté atención.

Hasta que escuché su tono.

—Magnus.

Levanté la vista. Erik estaba de espaldas a nosotras, apoyado ligeramente en la encimera, con esa postura relajada que contrastaba tanto con la imagen que tenía de él cuando lo conocí.

—No voy a ir hoy —dijo—. Me quedo en casa.

Noté algo en el pecho. Pequeño. Pero claro.

—Sí —continuó—. Pasa lo que tengas que pasar tú. Yo me encargo mañana.

Hubo una pausa. Y entonces añadió, sin darle ninguna importancia.

—Voy a pasar el día con Freya… y con Alba.

Sentí el calor subir directamente a mis mejillas. Bajé la mirada hacia mi taza como si fuera lo más interesante del mundo. Freya, en cambio, sonrió.

Erik colgó y volvió hacia la mesa como si nada. Como si no acabara de reorganizar su día… por nosotras.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Freya inmediatamente.

Erik se sentó. Nos miró a las dos y se encogió de hombros con una tranquilidad que me descolocaba.

—Lo que vosotras queráis.

Freya me miró. Yo levanté las manos.

—Yo… necesito una ducha —admití—. Y cambiarme de ropa.

Erik sonrió. Esa media sonrisa suya que siempre parecía significar que ya iba un paso por delante.

Cogió el móvil otra vez.

—Fiona —dijo cuando le contestaron—. Necesito que me mandes unas cosas a casa.

Fruncí el ceño.

—Unos vaqueros, jerséis, camisas… botas altas —enumeró con calma—. Un abrigo, gorro, guantes y una bufanda.

Parpadeé. Freya lo miraba fascinada.

—Todo antes de una hora.

Silencio breve.

—Sí, para hoy.

Colgó. Yo seguía mirándolo.

—Erik… —Empecé.

Él dejó el móvil sobre la mesa.

—Solucionado.

—No era necesario —dije.

—Sí lo era —respondió con total naturalidad—. Así no tendrás excusa para irte a cambiarte ningún día.

Sentí cómo algo se apretaba dentro de mí.

—No podré decirlo de todas formas —murmuré—. Si mañana nos instalamos aquí…

Su mirada cambió apenas, pero lo hizo. Se acercó un poco más. Y antes de que pudiera procesarlo, me besó.

Un beso breve. Natural. Pero suficiente para descolocarme.

Cuando se apartó, escuché la risa de Freya.

Giré la cabeza y vi que nos estaba mirando. Sonriendo.

—Me gusta cuando haces eso —dijo.

No supe dónde meterme. Erik, en cambio, parecía perfectamente cómodo.

—Ve a ver si quedan más tortitas —le dijo—. Y luego recogemos.

Freya saltó de la silla.

—¡Vale!

Y desapareció en la cocina. Yo me quedé allí, aún con el pulso un poco acelerado.

—Mi baño —dijo Erik, más bajo—. Puedes usarlo.

Asentí.

—Gracias.

Y salí de la cocina intentando parecer más tranquila de lo que estaba.

La habitación de Erik seguía oliendo a él. A madera. A algo limpio. A algo… suyo.

Entré en el baño y cerré la puerta. Necesitaba un segundo.

Me apoyé en el lavabo y me miré en el espejo. Tenía las mejillas rojas. Los ojos brillantes. Y una expresión que no me reconocía del todo.

—*Esto es una locura…* —Murmuré.

Pero no sonaba como una queja.

Abrí la ducha, el agua caliente cayó sobre mi piel y cerré los ojos, dejando que me envolviera. Intenté ordenar ideas, pero no lo conseguí.

Porque cada vez que lo intentaba aparecía él. Su forma de mirarme. De hablar. De decidir cosas como si fueran evidentes. De incluirme en su vida sin pedir permiso… pero sin imponerse.

Y luego estaba Freya. Esa facilidad. Esa conexión. Todo era demasiado fácil. Demasiado natural. Y eso era lo que más me desconcertaba.

Porque no debería ser así. No tan rápido. No tan… correcto.

Apoyé la frente contra la pared de la ducha.

—¿Qué estás haciendo, Alba…?

Pero en el fondo sabía la respuesta.

Salí de la ducha envuelta en una toalla, con otra enrollada en el pelo. El vapor aún llenaba el baño cuando salí a la habitación. Y entonces mi móvil empezó a sonar.

Lo cogí de la mesita.

—¿Sí?

—¡Buenos días, futura esposa vikinga! —la voz de Lara entró como un huracán.

Cerré los ojos.

—No empieces.

—He decidido que hoy es el día en el que te comprometes con un dios nórdico.

—Estás fatal.

—Lo sé —respondió encantada—. ¿Dónde estás?

—En casa de Erik.

Silencio.

—Vale —dijo después—. Eso ha sonado demasiado serio.

Me senté en la cama.

—Voy a pasar el día con él y con Freya.

—Eso huele a boda vikinga.

Resoplé.

—Estás obsesionada.

—Ya me lo dirás cuando estés poniéndote un vestido blanco con pieles.

Me reí.

—Estás muy loca.

—Y tú muy metida en esto —respondió—. Hablamos luego.

Y colgó.

Me quedé mirando el móvil un segundo más antes de dejarlo sobre la mesita. Y justo entonces la puerta se abrió.

Erik entró con varias bolsas en la mano. Las dejé sobre la cama. Reconocí la marca al instante.

—Erik…

—Llegó antes de lo que esperaba.

Negué con la cabeza.

—De verdad que no hacía falta.

Se acercó despacio.

—Sí hacía falta.

Se detuvo frente a mí.

—Así no tendrás que irte.

Tragué saliva.

—Ya te he dicho que no podría…

No terminé la frase, porque ya estaba demasiado cerca. Su mano subió a mi mejilla y me besó. Esta vez más lento. Más profundo.

Mi mano se apoyó en su pecho sin darme cuenta y el mundo se redujo a eso. A él. A nosotros.

El beso se alargó lo justo para hacerme olvidar todo lo demás. Cuando se separó, apoyó la frente en la mía un segundo. Respiré hondo.

—Voy a ducharme —murmuró, y asentí, sin poder decir mucho más.

Lo vi entrar en el baño. Cerrar la puerta. Y me quedé allí. De pie. En medio de su habitación. Con las bolsas de ropa sobre la cama. El corazón latiendo más rápido de lo normal.

Miré a mi alrededor. Luego a mis manos. Luego a la puerta del baño. Y una idea se instaló despacio. Suave, pero firme.

¿Y si todo esto no era real? ¿Y si era uno de esos sueños demasiado perfectos? ¿De los que sabes que vas a despertar?

Tragué saliva. Y negué ligeramente. Si lo era, no quería despertar. No todavía. No de esto.

Me quedé unos segundos más en medio de la habitación, mirando las bolsas sobre la cama como si fueran parte de una escena que no terminaba de encajar del todo en mi vida. Pero lo hacían. Demasiado bien.

Suspiré y me acerqué. Abrí la primera bolsa. Vaqueros de mi talla. Perfectos. En la segunda, jerséis suaves, de esos que parecían hechos para esconderte dentro en días de frío. En la tercera, camisas, botas… incluso el abrigo.

Todo encajaba. Todo.

—*Esto es surrealista…* —Murmuré.

Pero no había incomodidad en esa sensación. Había algo más cercano a… cuidado. Como si alguien hubiera pensado en mí antes de que yo misma lo hiciera.

Elegí unos vaqueros y un jersey claro. Algo sencillo. Algo que me ayudará a volver a tierra firme. Me vestí despacio, aún con la sensación de estar flotando un poco.

Mientras me secaba el pelo con la toalla, escuché el sonido de la ducha al otro lado de la puerta. Erik.

Cerré los ojos un segundo. No ayudaba. Nada de aquello ayudaba a mantener distancia. Ni claridad. Ni lógica. Pero aun así… no quería ninguna de esas cosas.

Dejé la toalla sobre la silla y respiré hondo.

—*Vale* —murmuré—. *Baja a la realidad.*

Como si fuera tan fácil.

Cuando salí de la habitación, el sonido de voces me guio directamente a la cocina.

Freya estaba sentada en la mesa, balanceando las piernas, con un vaso de zumo entre las manos. En cuanto me vio, sonrió.

—¡Ya estás!

—Ya estoy —respondí, devolviéndole la sonrisa.

Me miró de arriba abajo con total naturalidad.

—Te queda bien.

—Gracias.

—Papá tiene buen gusto —añadió con total seguridad.

No supe si reírme o esconderme otra vez. Opté por lo primero.

—Eso parece.

Me acerqué a la mesa.

—¿Has recogido todo?

Freya señaló la encimera.

—Más o menos.

Miré. Había intención. Pero también restos de harina en lugares que no deberían tener harina.

—Lo importante es el esfuerzo —dije.

—Eso dice papá cuando hago un dibujo raro.

Solté una risa.

—Es una buena estrategia.

Freya me observó un segundo.

—¿Te vas a quedar de verdad?

La pregunta llegó sin rodeos. Como todo en ella. Me apoyé en el respaldo de la silla frente a ella.

—Sí. Un tiempo.

—¿Todo el verano?

Asentí despacio y sus ojos brillaron.

—Bien.

Otra vez esa palabra. Simple, pero llena de significado.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Entonces podemos hacer muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Ir al agua, aunque esté fría —empezó a contar con los dedos—. Ver montañas. Hacer fotos con Lara. Y enseñarte mi sitio secreto.

Arqueé una ceja.

—Eso suena importante.

—Lo es —dijo muy seria—. Solo se lo enseño a la gente que me gusta.

Algo en mi pecho se apretó.

—Entonces me siento… muy privilegiada.

Freya sonrió. Y en ese momento entendí algo que no había querido pensar demasiado hasta ahora. Ya no estaba observando desde fuera. Estaba dentro.

—¿Ya estáis planeando conspiraciones? —la voz de Erik apareció detrás de mí.

Me giré y ahí estaba. Con el pelo aún húmedo, una camiseta sencilla y esa calma suya que parecía llenar el espacio sin esfuerzo.

Mi pulso hizo algo raro. Otra vez.

—Me va a enseñar un sitio secreto —dije.

Erik arqueó una ceja, mirando a Freya.

—Eso es serio.

—Lo sé —respondió ella—. Pero Alba mola.

Erik me miró. Solo un segundo. Pero fue suficiente.

—Sí —dijo—. Eso parece.

Aparté la mirada, notando cómo volvía ese calor incómodo… y agradable.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Freya, incapaz de quedarse quieta demasiado tiempo.

Erik se apoyó en la encimera.

—Habíamos dicho que lo que vosotras quisierais.

Freya me miró directamente.

—¿Te gustan los barcos?

Parpadeé.

—Depende…

—Pues hoy te gustan —decidió ella.

Erik soltó una risa baja.

—Eso suena a plan.

—¿Vamos en barco? —pregunté, intentando procesarlo.

—Podemos dar un paseo por el fiordo —dijo él—. Es tranquilo. Y bonito.

Freya levantó la mano como si estuviera en clase.

—Y hay peces.

—Eso también —añadió Erik.

Miré entre los dos. Y asentí.

—Vale.

Freya dio una pequeña palmada.

—¡Sí!

El resto de la mañana se movió rápido. Demasiado.

Como si el tiempo hubiera decidido no darnos tregua. Abrigos. Bufandas. Freya corriendo de un lado a otro buscando algo que nunca explicaba del todo. Erik intentando poner orden sin conseguirlo del todo.

Y yo… observando. Participando. Encajando. Sin darme cuenta del momento exacto en el que dejé de sentirme invitada.

Salimos de la casa con el aire frío golpeándonos la cara. Respiré hondo.

El paisaje seguía siendo tan irreal como el primer día. Pero ya no me sentía fuera de lugar en él. Freya se adelantó unos pasos.

—¡Vamos!

—No corras —dijo Erik automáticamente.

—No estoy corriendo —respondió ella… corriendo.

Lo miré.

—No te hace caso.

—Nunca —respondió con calma.

Empezamos a caminar y el silencio entre nosotros no era incómodo. Era fácil.

—Te queda bien —dijo de repente.

Lo miré.

—¿El jersey?

—Todo.

Noté cómo mi estómago daba un pequeño vuelco.

—Gracias.

Seguimos caminando unos pasos más.

—Alba —añadió.

—¿Sí?

—Esto no es un sueño.

Me detuve, lo miré y él también se detuvo.

—Por si lo estabas pensando.

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—¿Se me nota tanto?

—Un poco.

Negué despacio.

—Es que… es demasiado fácil.

Él dio un paso más cerca.

—No siempre lo fácil es lo incorrecto.

Sostuve su mirada, y otra vez tuve esa sensación. Esa de reconocer algo sin saber de dónde.

Freya gritó desde delante.

—¡Vengaaa!

Los dos sonreímos.

—Nos reclama —murmuré.

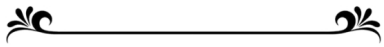
—Sí.

Y empezamos a caminar otra vez. Pero esta vez más cerca.

Mientras avanzábamos hacia el embarcadero, con el sonido del agua de fondo y la voz de Freya llenándolo todo, tuve una certeza que no había tenido hasta ahora.

No era solo que no quisiera despertar. Era que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que pasaría cuando lo hiciera.

Capítulo 24



Erik

El embarcadero estaba más animado de lo habitual. No por la gente. Por ellas.

Freya corría de un lado a otro como si el mundo se hubiera reducido a ese trozo de madera junto al agua, señalando cosas que solo ella parecía ver al principio… hasta que Alba empezaba a mirarlas igual.

Y entonces dejaban de ser invisibles.

Me quedé un poco atrás. Observándolas. Otra vez. No porque no quisiera estar allí. Sino porque había algo en verlas juntas que necesitaba entender sin intervenir.

—¡Mira! —gritó Freya, señalando el agua—. ¡Un pez!

Alba se inclinó sin pensarlo.

—¿Dónde?

—Ahí… bueno… ya no está.

—Clásico pez fantasma —dijo Alba con total seriedad.

Freya la miró.

—Existen.

—Por supuesto —asintió Alba—. Son expertos en desaparecer justo cuando alguien más quiere verlos.

Freya sonrió como si acabara de validar una teoría científica.

Saqué el móvil sin decir nada y empecé a grabar. No era algo que hiciera normalmente. Pero aquello merecía quedarse.

Freya empezó a explicarle algo sobre cómo "los peces sabían cuándo alguien no era del lugar", y Alba la escuchaba con una atención que no era fingida.

Eso era lo que más me sorprendía. No estaba actuando. No estaba intentando caerle bien. Simplemente estaba. Y eso, con Freya, lo era todo.

—Papá —dijo ella de repente, girándose hacia mí—. ¿Estás grabando?

—Puede.

—¡Entonces tengo que decir algo importante!

Se puso recta. Muy seria.

—Este es mi pez invisible favorito.

Alba soltó una risa. Yo también.

—Perfecto —dije—. Queda registrado.

Freya asintió, satisfecha. Y volvió a su mundo.

Guardé el móvil un segundo y luego lo saqué otra vez. Para hacer fotos sin que se dieran cuenta. Alba riendo. Freya señalando cosas. El viento moviéndoles el pelo.

Momentos pequeños. Pero llenos. Demasiado llenos.

El paseo en barco fue una extensión natural de todo aquello. Freya se sentó delante, como si fuera la capitana. Alba a su lado. Yo detrás. Mirando. Siempre mirando.

—¿Esto va rápido? —preguntó Alba.

—Depende de lo valiente que sea la capitana —respondí.

Freya se giró.

—Soy muy valiente.

—Eso me preocupa.

—No debería —dijo Alba—. Yo la veo bastante preparada.

La miré.

—Te está ganando.

—Ya me ha ganado —respondió ella, sin apartar la vista del agua.

Y algo en su tono no era una broma.

Hice más fotos. Más vídeos. En uno, Freya intentaba explicarle a Alba cómo funcionaba el timón. En otro, Alba fingía que no entendía nada para hacerla repetirlo.

—No, así no —decía Freya—. Mira, tienes que hacer esto…

Y Alba la imitaba exageradamente.

—¿Así?

—¡No!

—¿Así?

—¡Que no!

Y acababan riéndose las dos. Yo solo capturaba. Y pensaba que nunca había imaginado algo así. Nunca.

El móvil vibró en mi bolsillo. Miré la pantalla y vi el nombre de mi hermano Magnus. Contesté apoyándome un poco contra el lateral del barco.

—Dime.

—Dime tú —respondió él—. ¿Qué tal tu "día libre"?

Miré al frente. A ellas.

Freya señalando una montaña ahora. Alba escuchando como si fuera lo más importante del mundo.

—Mejor de lo que pensaba.

Silencio breve.

—Eso suena serio.

—Lo es.

Me pasé una mano por la barba, pensativo.

—Freya ha conectado con Alba… de una manera que no esperaba.

Magnus no dijo nada. Esperó.

—Se entienden —continué—. De verdad. No es forzado. No es superficial.

Miré cómo Freya cogía la mano de Alba para enseñarle algo. Y Alba la dejaba. Sin dudar.

—Le gusta —añadí.

—¿A Freya?

—Sí.

—Y a ti también te gusta, hermano —respondió Magnus sin rodeos —. O no estarías pasando el día con ella… ni le habrías presentado a tu hija tan pronto.

No respondí. Porque no hacía falta. Porque tenía razón.

Miré otra vez. Más despacio esta vez. Más consciente.

—Sí —dije al final.

Magnus resopló al otro lado.

—Vale. Eso sí que no me lo esperaba.

—Hay más.

—Siempre hay más contigo.

Dudé un segundo. Pero no mucho.

—¿Recuerdas lo que dijeron papá y mamá?

—¿Sobre qué?

—Sobre… reconocer a alguien.

—Sí —respondió él—. Pensaba que eran historias bonitas.

—Yo también. Hasta ahora.

Magnus no habló. Pero su silencio cambió.

—El otro día —seguí—. Cuando estuve con Alba en el asentamiento vikingo… —Tragué saliva—. Tuve flashes.

—¿*Flashbacks*?

—Sí.

—¿De qué?

Miré al horizonte. Al agua. Pero no veía eso. Veía otra cosa.

—De otra vida.

El silencio al otro lado fue total.

—Erik…

—Pensé que no me pertenecían —continué—. Pero sí.

Inspiré hondo.

—Alba encontró algo.

—¿Qué?

—Nuestros antepasados.

Le conté todo despacio. Cada palabra. Cada nombre. Eirikr "Lobo del Sur" Bjornsson. Leif "Espada de Hielo" Halvardsson. Las batallas. El mar. "El Mar de Hierro".

—¿Los Hermanos del Mar de Hierro? —repitió Magnus.

—Sí.

—Joder…

Asentí, aunque no podía verme.

—Siempre lucharon juntos. Siempre.

—¿Y?

—Y nuestras familias… nunca se separaron del todo.

Silencio.

—Eso ya es raro —dijo Magnus.

—Hay más.

Respiré hondo.

—Alba descubrió que mamá… desciende de Einar.

—¿Quién es Einar?

Tragué saliva.

—Nuestro hijo.

Silencio al otro lado de la línea. Uno largo y pesado.

—¿Perdón?

—El hijo que… supuestamente tuvimos en esa vida.

Magnus soltó una risa incrédula.

—Vale. Vale… esto ya…

—Lo sé.

—¿Y Alba?

—Desciende del otro linaje.

—Entonces…

—Entonces sí.

—Cuando se lo cuentes a nuestros padres… van a alucinar —murmuró Magnus.

—Lo sé.

—Porque si eso es cierto… —Se detuvo—. Alba es… la nieta del mejor amigo del abuelo.

Cerré los ojos un segundo. Y la historia volvió.

La voz de mi abuelo. Esa noche. Esa confesión. El hombre que se fue. El que aceptó perder. Porque la mujer que amaba, amaba a otro.

Abrí los ojos y miré a Alba. Riendo. Viva. Aquí. Ahora.

—Sí —dije en voz baja.

Magnus no habló. Y yo tampoco. Pero algo dentro de mí se alineó. Como una pieza que encajaba al fin.

—No me voy a rendir —murmuré.

—¿Qué?

—Nada.

Pero no era nada. Era todo. Porque lo tenía claro. Con una determinación que no recordaba haber sentido nunca.

Si en otra vida había luchado por ella, en esta no iba a ser diferente. No iba a dejar que se fuera. No esta vez. Y tampoco iba a permitir que mi hija volviera a un lugar donde no era prioridad.

No después de esto. No después de ver lo que podía ser.

—Luego hablamos —dijo Magnus, más serio.

—Sí.

Colgué. Guardé el móvil y caminé hacia ellas. Freya me miró.

—Papá, Alba no sabe conducir el barco.

—Eso es preocupante.

—Pero está aprendiendo.

Miré a Alba.

—¿Sí?

Ella sonrió.

—Tengo una buena profesora.

Freya asintió con orgullo.

—La mejor.

Las miré a las dos. Y por primera vez en mucho tiempo no tuve ninguna duda.

El motor del barco se apagó con un sonido suave, casi respetuoso. El silencio que quedó después no era vacío. Era… lleno.

De agua moviéndose despacio contra la madera. Del viento colándose entre las montañas. De la risa de Freya.

—¿Por qué paramos? —preguntó, girándose hacia mí.

—Porque este es el mejor sitio —respondí.

Alba miró alrededor. Y lo entendió. Lo vi en su cara.

El fiordo se abría allí de una forma distinta, como si las montañas se apartaran lo justo para dejar respirar al agua. La luz caía en ángulo, dibujando reflejos suaves que parecían moverse incluso cuando todo estaba quieto.

—Es… increíble —murmuró.

—Sí —respondí.

Pero no estaba mirando el paisaje. La estaba mirando a ella. Freya se levantó con cuidado, acercándose al borde.

—¿Puedo tocar el agua?

—Con cuidado —dije automáticamente.

Alba se acercó también.

—Ven, te sujeto.

Freya no protestó. Le dio la mano. Un gesto natural. Como si lo hiciera siempre. Y ahí estaba otra vez. Esa facilidad. Esa confianza.

Freya se inclinó un poco y rozó el agua con los dedos.

—¡Está fría!

—Sorpresa —dijo Alba.

—Mucho.

—Es Noruega —añadí.

—Ya —respondió Freya—. Pero igual podía ser menos Noruega.

Alba soltó una carcajada.

—Eso no lo puedes negociar.

Freya suspiró.

—Lo intentaré otro día.

Saqué el móvil otra vez, sin avisar, y grabé ese momento.

Las manos juntas. El reflejo del agua. La risa. Un momento pequeño, pero perfecto.

—¿Jugamos a algo? —preguntó Freya de repente.

—Siempre —respondió Alba.

—Vale —dijo ella, pensando rápido—. Juego de preguntas.

Me apoyé en el lateral del barco.

—Eso suena peligroso.

—Empiezo yo —decidió—. Alba.

—Dime.

—¿Cuál es tu color favorito?

Alba fingió pensar.

—El azul.

Freya sonrió.

—El mío también.

—Buena elección.

—Papá —continuó—. ¿El tuyo?

—El gris.

Alba me miró.

—Eso es muy tú.

—Lo sé.

—Es un poco aburrido —añadió Freya.

—Gracias.

—Pero te pega.

Alba se rio.

—Es un cumplido raro.

—Lo acepto.

Freya siguió.

—Otra. Alba, ¿te gustan los animales?

—Sí.

—¿Todos?

—Casi todos.

—¿Los peces invisibles?

Alba asintió con total seriedad.

—Especialmente esos.

Freya se giró hacia mí.

—Papá, tienes que decir uno también.

—¿Uno qué?

—Un animal favorito.

—El lobo.

Freya abrió los ojos.

—Eso es muy vikingo.

Alba me miró, y algo en su expresión cambió un segundo. Como si esa palabra tuviera más peso del que debería.

No dije nada. Pero lo sentí. Otra vez. Ese eco.

El tiempo pasó sin que lo notáramos. Entre preguntas absurdas. Risas. Historias que Freya inventaba sobre peces espías y montañas que escuchaban. Alba no solo seguía el juego. Lo mejoraba.

Y yo me quedé en ese punto intermedio entre participar y observar. Guardando. Memorizando. Porque había algo en todo aquello que sabía que no iba a repetirse exactamente igual. Y no quería perderlo.

En algún momento, Freya se cansó. No de energía, de emoción. Se sentó entre nosotros, apoyándose primero en Alba y luego, sin darse cuenta, en mí.

—Estoy un poco cansada —admitió.

—Eso pasa cuando hablas sin parar —dije.

—No hablo tanto.

Alba la miró.

—Hablas lo justo.

Freya sonrió.

—Exacto.

Apoyó la cabeza en el hombro de Alba y se quedó quieta. Tranquila. Miré ese gesto. Despacio. Como si necesitara asegurarme de que era real.

Freya no hacía eso con cualquiera. No así. No tan rápido.

—Se está quedando dormida —susurró Alba.

—Lo sé.

No nos movimos. No hacía falta. El barco flotaba suave. El mundo parecía reducido a ese pequeño espacio. Y por primera vez en mucho tiempo no había nada más urgente.

Cuando volvimos a arrancar el motor, Freya ya dormía. Alba la sostenía con cuidado, adaptando su postura para no despertarla. Me acerqué un poco más.

—Dámela —dije en voz baja.

Alba negó suavemente.

—Estoy bien.

La miré.

—Se te va a dormir el brazo.

—No pasa nada.

Hubo algo en su tono. Algo firme. No discutí. Pero me quedé cerca. Por si acaso.

El camino de vuelta fue más tranquilo. Más lento. No por el motor. Por nosotros. Alba miraba el paisaje con esa calma nueva que aparecía cuando dejabas de intentar entender algo y simplemente lo vivías.

Y yo la miraba a ella. Otra vez. Pensando en todo lo que había cambiado en tan poco tiempo. Pensando en lo que Magnus había dicho. Pensando en lo que yo mismo había admitido. Y en lo que no había dicho en voz alta todavía.

Llegamos al embarcadero cuando el sol empezaba a bajar un poco. Me acerqué primero para sujetar el barco. Alba esperó. Sin moverse demasiado. Protegiendo ese pequeño equilibrio que había creado con Freya dormida en sus brazos.

Subí de nuevo.

—Ahora —murmuré.

Bajó con cuidado. Yo extendí los brazos.

—Déjamela.

Esta vez sí. Me pasó a Freya despacio. La sostuve y ella ni se inmutó.

—Confía en ti —dijo Alba en voz baja.

La miré.

—Lo sé.

Pero no hablábamos solo de Freya. Y ambos lo sabíamos.

Caminamos de vuelta. Más despacio. Sin prisa. Freya dormida. El aire frío. Y ese silencio cómodo que ya no necesitaba llenarse.

—Hoy ha sido… —Empezó Alba.

—Sí —respondí antes de que terminara, y ella sonrió.

—Sí.

Seguimos caminando unos pasos más.

—Gracias —dijo al final.

La miré.

—¿Por qué?

—Por esto.

Negué suavemente.

—No tienes que darme las gracias.

—Aun así.

Me detuve un segundo. Esperé a que me mirara.

—Esto también es tuyo.

Frunció el ceño.

—¿El qué?

Miré a Freya. Luego a ella.

—Todo esto.

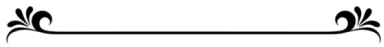
No respondió, pero lo entendió. Lo vi. En la forma en la que su expresión cambió. En cómo no apartó la mirada.

Reanudamos el paso y, mientras el pueblo volvía a aparecer delante de nosotros, tuve una certeza clara, firme e inamovible.

Esto no era algo pasajero. No era un momento bonito sin más. Era el inicio de algo que no pensaba soltar. No esta vez. Ni por miedo. Ni por lógica. Ni por nada.

Porque si algo tenía claro era que había cosas que solo pasaban una vez. Y cuando pasaban, no se dejaban ir.

Capítulo 25



Alba

Una semana.

Solo había pasado una semana y, sin embargo, sentía que llevaba allí mucho más tiempo.

Lo pensé aquella mañana, mientras observaba el reflejo del fiordo a través de los ventanales de la casa de Erik. La luz era distinta cada día, pero había algo constante en cómo me hacía sentir: en calma… y al mismo tiempo completamente despierta.

Me apoyé en el marco de la ventana con la taza entre las manos. Una semana. Siete días en los que todo había cambiado sin hacer ruido.

Instalarnos en la casa de Erik había sido… sorprendentemente fácil.

Lara, como siempre, convirtió cualquier situación en algo ligero.

—Esto no es mudarse —había dicho el primer día mientras dejaba su maleta en medio del salón—. Esto es infiltrarse en una vida ajena con estilo.

Y, de alguna manera, tenía razón. Pero no se sentía ajena. Ese era el problema. O la maravilla. Aún no lo tenía claro.

Freya había sido la primera en borrar cualquier distancia. No necesitó tiempo. Ni explicaciones. Ni límites. Simplemente me adoptó. Así, sin más.

Desde la primera mañana en la casa, empezó a buscarme para todo.

"Alba, ven." "Alba, mira esto." "Alba, ¿jugamos?"

Y yo iba. Siempre iba. Porque me nacía. Porque no tenía que pensar. Porque con ella todo era fácil.

Habíamos construido una rutina sin proponérnoslo: Desayunos caóticos. Paseos por el fiordo. Juegos inventados que solo tenían sentido para nosotras. Y risas. Muchas. Demasiadas. De esas que te hacían olvidar el tiempo.

Lara encajó igual de rápido. Quizá incluso más. Porque no tenía filtros.

—Freya, tu padre es peligrosamente guapo —le había dicho el segundo día.

—Ya lo sé —respondió la niña con total naturalidad—. Pero es mío.

Lara casi se cae de la risa. Y desde entonces eran un espectáculo.

Se aliaban contra mí. Se burlaban de todo. Inventaban historias absurdas. Y convertían cualquier momento en algo digno de recordar.

Y luego estaban las noches. Tragué saliva suavemente al recordarlo.

Las noches eran otra historia. Más silenciosa. Más intensa.

Cuando la casa se quedaba en calma, cuando Freya dormía y Lara desaparecía en su mundo, o en alguna llamada misteriosa que nunca explicaba del todo.

Erik y yo nos encontrábamos. Sin hablar demasiado. Sin necesidad. Era fácil perderse ahí. En su forma de mirarme. En cómo me tocaba, como si no hubiera duda. Como si no existiera otra opción que nosotros. Y yo no ponía resistencia. No quería. Porque por primera vez no sentía que estuviera dando más de lo que recibía.

No sentía miedo. No sentía ese vacío que había sentido antes. Solo presente. Y deseo. Y algo más. Algo que no terminaba de nombrar. Pero que crecía.

Mis padres habían notado algo. Por supuesto. Era imposible que no lo hicieran. Las llamadas habían sido más frecuentes de lo normal. Mi madre, especialmente.

—*Estás rara* —me dijo en la tercera videollamada.

—*¿Rara bien o rara mal?*

—*Rara de… sonríes demasiado.*

Lara, desde el sofá, hizo un gesto exagerado de corazón con las manos. La ignoré.

—*Estoy de vacaciones, mamá.*

—*Sí, pero no sonríes así por unas vistas bonitas.*

Ahí estaba. Directa. Como siempre. Suspiré.

—*Estoy bien.*

—*Eso ya lo veo* —respondió—. *Lo que quiero saber es por qué.*

Dudé. Un segundo. Solo uno. Pero suficiente. Porque la imagen de Erik apareció en mi mente sin pedir permiso. Y con ella todo lo demás.

Negué ligeramente.

—*Porque estoy tranquila* —dije al final.

Mi madre no pareció convencida.

—¿Hay alguien?

Ahí estaba la pregunta. La de verdad. La importante. Y la que no iba a responder. No todavía.

—No empieces —murmuré.

—Alba…

—De verdad, mamá.

—Vale —cedió al final—. *Pero cuando sonríes así… suele haber alguien.*

No respondí. Porque tenía razón. Y porque no quería decirlo en voz alta. No aún. No después de la última vez.

Porque la última vez… no había terminado bien.

Cerré los ojos un segundo al recordarlo. La ilusión. La confianza. Y luego… la realidad. Él. Sus excusas. Su "no puedo darte algo serio". Su compromiso con otra vida. Con otra persona. Con la hija de un político que encajaba mejor en su futuro. Y yo… quedándome con algo que no era suficiente.

No, otra vez no. No iba a cometer el mismo error. No iba a construir algo en mi cabeza antes de tiempo. Aunque esta vez se sintiera distinto.

—¡Alba!

La voz de Freya me sacó de mis pensamientos.

Giré la cabeza y la vi aparecer corriendo por el pasillo. Descalza. Con el pelo medio despeinado. Y una energía que no entendía de pausas.

—¿Qué pasa? —pregunté, dejando la taza sobre la mesa.

Se lanzó al sofá a mi lado como si llevara prisa por llegar.

—Nada.

La miré.

—Eso nunca es verdad.

Sonrió.

—Quería estar contigo.

Algo en mi pecho se ablandó al instante. Me acomodé un poco para mirarla mejor.

—Pues ya estás.

Se apoyó contra mí. Natural. Sin pedir permiso.

—¿Qué hacías?

—Pensar.

—Eso es aburrido.

—A veces.

Se quedó en silencio un segundo. Jugando con el borde de mi manga. Y entonces dijo:

—Ojalá mi mamá estuviera conmigo así.

No supe qué responder a eso. Su tono no era triste. Pero tampoco era indiferente. Era… honesto.

—Viaja mucho —añadió ella—. Siempre está ocupada.

Tragué saliva.

—Eso no significa que no te quiera.

Freya se encogió de hombros.

—Ya. Pero me gusta más esto.

Levanté ligeramente las cejas.

—¿Esto?

—Sí —dijo, mirándome—. Estar contigo.

Sonreí. No pude evitarlo.

—A mí también me gusta.

Freya sonrió de vuelta. Luego dudó un segundo. Como si estuviera pensando si decir algo o no.

—A papá también le gusta mucho.

Mi corazón dio un pequeño salto.

—Ah, ¿sí?

Asintió.

—Le escuché hablando con el tío Magnus.

Antes de que pudiera reaccionar, se llevó las manos a la boca.

—Ups.

La miré.

—Freya…

—No estaba espiando —dijo rápido—. Bueno… un poco.

Una risa se escapó desde la cocina.

—Eso tiene su lógica —dijo Lara apareciendo con una manzana en la mano—. Si hablan cosas interesantes, una escucha.

—¡Lara! —protesté.

Freya se rio.

—Papá pensaba que estaba dormida —continuó—. Pero no lo estaba.

Me crucé de brazos.

—Eso sigue sin estar bien.

Freya bajó la mirada… pero sonreía.

—Lo sé.

—¿Y qué escuchaste? —preguntó Lara, sin ningún tipo de filtro.

La miré.

—No ayudes.

Pero ya era tarde. Freya se inclinó un poco hacia nosotras. Como si fuera a contar un secreto.

—Dijo que no pensaba que sentiría eso… —susurró—. Pero que cree que se ha enamorado.

Y entonces se tapó la boca con una risita. El mundo se quedó en pausa un segundo. Solo uno. Pero suficiente.

Sentí algo en el pecho. Fuerte. Demasiado. Pero no dije nada. No podía. Lara me miró. Con esa cara de "te lo dije" y la ignoré. O lo intenté.

—¡Vale! —dijo Lara de repente—. Cambio de tema antes de que Alba deje de respirar.

—No he dejado de respirar —protesté.

—Casi.

Freya se rio.

—¿Qué hacemos ahora?

Lara dio una palmada.

—Cocinar.

—Eso puede ser peligroso —murmuré.

—Eso es lo divertido.

Freya levantó la mano.

—¡Yo ayudo!

—Eso lo hace aún más peligroso —añadí.

Pero ya estábamos en marcha.

La cocina se convirtió en un caos en menos de diez minutos. Harina. Risas. Intentos fallidos.

—¿Por qué esto está pegajoso? —preguntó Freya.

—Porque le has echado medio bote de miel —respondí.

—Pensé que mejoraría.

—Todo mejora con miel —añadió Lara.

—Eso no es verdad —dije.

—Para mí sí.

Freya me miró.

—Creo que Lara tiene razón.

—Claro que tengo razón.

Negué con la cabeza, riendo.

—Esto es un desastre.

—Es un arte moderno —corrigió Lara.

Freya asintió.

—Sí.

Me apoyé en la encimera un segundo. Mirándolas. Escuchándolas. Sintiendo ese caos. Y entonces lo recordé.

Esta noche. Los padres de Erik. Su hermano. Iba a conocerlos. El pensamiento me golpeó de repente.

—¿Y si no les caigo bien? —murmuré sin darme cuenta.

Lara se giró.

—Imposible.

—No los conozco.

—Ellos a ti tampoco —respondió—. Así que estáis en empate.

Freya se acercó.

—Les vas a caer bien.

La miré.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque eres tú.

Y eso… no tenía lógica. Pero me tranquilizó. Un poco. Solo un poco. Porque en el fondo sabía que esa noche iba a cambiar algo. Y no estaba segura de estar preparada.

Pero mientras tanto seguí cocinando. Riendo. Viviendo. Porque con ellas todo era más fácil. Incluso lo que daba miedo.

El desastre culinario había alcanzado su punto máximo justo cuando la puerta principal se abrió.

Nos quedamos las tres quietas. Yo con la cuchara en la mano. Freya con harina en la mejilla. Lara… directamente sospechosa.

—Creo que ya viene el jurado —murmuró.

—No ayudas —respondí en voz baja.

Los pasos de Erik se acercaron por el pasillo. Y cuando apareció en la cocina… se detuvo. Miró la encimera. Luego a nosotras. Luego otra vez la encimera.

—No voy a preguntar —dijo al final.

Freya levantó la mano.

—Estamos cocinando.

—Eso ya lo veo.

Lara dio un paso al frente, orgullosa.

—Es cocina creativa.

—Eso también lo veo.

No pude evitar reírme. Erik me miró. Y en su expresión hubo algo que me desarmó un poco más de lo que me convenía. Calma. Pero también algo cálido. Algo que antes no estaba.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó.

—Sí —respondí al instante—. Orden.

—Eso no se puede comprar —dijo Lara.

—Ni arreglar —añadió Erik.

Freya se rio.

—Pero podemos intentarlo.

Durante unos minutos, la cocina dejó de ser un campo de batalla. Más o menos.

Erik se encargó de poner cierto orden mientras nosotras intentábamos no deshacerlo otra vez.

—Eso no va ahí —dijo, moviendo un plato.

—Ahora sí —respondió Lara.

—No.

—Sí.

—Lara…

—Vale, vale —cedió ella, sonriendo.

Freya observaba la escena fascinada.

—Papá manda.

—Eso intento —respondió él.

—Pero no siempre —añadí.

Erik me miró.

—Depende.

Ese "depende" tenía más capas de las que debería. Y lo sabía. Y él también.

Aparté la mirada antes de pensar demasiado en ello.

—¿A qué hora vienen? —pregunté, intentando sonar casual.

Erik no respondió enseguida. Terminó de colocar unos vasos. Luego se giró hacia mí.

—En un par de horas.

Sentí ese pequeño nudo en el estómago. Otra vez.

—Vale.

Lara lo notó. Por supuesto.

—Respira —murmuró acercándose a mí—. No es un examen.

—No, solo voy a conocer a los padres del vikingo con el que duermo —respondí en voz baja.

—Eso suena más divertido.

—No ayuda.

—A mí sí.

Freya apareció entre nosotras.

—¿Qué pasa?

—Nada —dije rápido.

—Está nerviosa —explicó Lara sin ningún tipo de filtro.

—¡Lara!

Freya me miró.

—¿Por qué?

Me agaché un poco para quedar a su altura.

—Porque voy a conocer a tus abuelos.

—Ah.

Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo.

—Son buenos —añadió.

—Eso espero.

—Mi abuela hace galletas.

Eso ayudó más de lo que debería.

—Entonces ya me caen bien.

Freya sonrió. Y me dio un abrazo rápido. Sin aviso. Sin razón aparente. Pero suficiente.

El tiempo empezó a moverse más rápido. Demasiado.

Entre recoger, terminar lo que fuera que estábamos cocinando y evitar que Lara convirtiera la cena en una performance artística, casi no tuve espacio para pensar. Y quizá fue mejor así.

Porque cada vez que me detenía, volvía ese pensamiento. Esa sensación. La de estar cruzando una línea invisible. La de estar entrando en algo más grande. Más serio. Más real.

En un momento en el que Lara y Freya discutían sobre si una salsa "tenía personalidad", me quedé sola un segundo en la encimera.

Erik apareció a mi lado sin hacer ruido.

—Estás dándole vueltas.

No era una pregunta. Suspiré.

—Un poco.

Se apoyó a mi lado. Sin invadir. Pero cerca.

—No hace falta.

—Lo sé.

—Entonces deja de hacerlo.

Lo miré.

—No es tan fácil.

—Lo sé —repitió—. Pero tampoco es tan complicado.

Fruncí el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Para mí sí. No tienes que demostrar nada —añadió—. Solo ser tú.

Solté una breve risa.

—Eso suena muy bien… hasta que no lo haces bien.

Erik negó suavemente.

—Eso no existe.

Lo miré. De verdad.

—¿Alguna vez has sentido que no encajas?

No dudó.

—Sí.

—¿Y?

—No me quedo donde no encajo.

Su respuesta fue simple, pero directa. Y, de alguna manera, me tranquilizó. Más de lo que esperaba.

Desde la otra punta de la cocina, Lara nos observaba.

—Vale —dijo de repente—. Necesito saber si esto es una cocina o un momento de tensión romántica.

—Lara —murmuré.

Freya levantó la mano.

—Yo creo que es las dos cosas.

Erik soltó una risa baja.

—Multifunción.

Negué con la cabeza.

—Sois imposibles.

—Y tú te estás acostumbrando —respondió Lara.

No lo negué. Porque no podía.

Volvimos al caos. Pero ahora era distinto. Más ligero. Más fácil.

Freya empezó a contar una historia absurda sobre un pez que quería ser chef. Lara la siguió.

—Claro, pero el pez no puede cocinar sin manos.

—Puede usar la cola —defendió Freya.

—Eso es antihigiénico —añadí.

—Es arte —corrigió Lara.

—Es un desastre —concluí.

Freya se rio. Y en ese momento todo volvió a encajar. Otra vez.

Cuando por fin dimos por terminada la cena, o al menos lo que consideramos "terminada", la cocina estaba aceptable. No perfecta. Pero habitable.

—Sobrevivimos —dijo Lara.

—Por poco —añadí.

Freya levantó los brazos.

—¡Victoria!

Erik se apoyó en la encimera, observándonos.

—No ha estado mal.

Lo miré.

—Eso es lo más cercano a un elogio que vamos a tener, ¿verdad?

—Probablemente.

Sonreí. Y esta vez… no fue forzado.

Me limpié las manos con un paño y respiré hondo.

—Vale.

Lara me miró.

—Vale.

Freya también.

—Vale.

Erik arqueó una ceja.

—Vale, ¿qué?

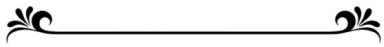
Las tres hablamos a la vez.

—Ya vienen.

Silencio. Y luego, risas. Pero debajo de ellas había algo más. Expectativa. Nervios. Y esa sensación de que algo importante estaba a punto de empezar.

Y esta vez no había forma de ignorarlo.

Capítulo 26



Alba

El sonido del coche al detenerse frente a la casa hizo que todo dentro de mí se tensara.

No de una forma exagerada. Pero sí suficiente.

Freya fue la primera en reaccionar.

—¡Ya están aquí! —gritó, saliendo disparada hacia la puerta.

Lara me miró de reojo.

—Momento histórico.

—No me lo recuerdes.

Erik, en cambio, no parecía nervioso. Se acercó a mí con esa calma suya que empezaba a resultarme peligrosamente contagiosa.

—Todo va a ir bien —dijo en voz baja.

—Eso espero.

—No —corrigió suavemente—. Lo sabes.

Lo miré. Y por un segundo sí lo supe.

La puerta se abrió antes de que pudiera responder. Freya ya estaba abrazada a una mujer que, supe al instante, era su abuela.

—¡Mi niña! —la voz de la mujer era suave, llena de emoción contenida.

Detrás de ellas apareció un hombre alto, de presencia firme, pero con una mirada tranquila. Y justo después, Magnus.

—Bueno, bueno… esto huele a caos organizado —dijo al entrar.

—Eso lo hemos hecho nosotras —respondió Lara desde el fondo.

—No esperaba menos.

Erik se adelantó.

—Papá, mamá…

Y entonces sus ojos se posaron en mí. Sentí ese pequeño vértigo otra vez.

—Ella es Alba.

Su madre me miró y sonrió. Pero no fue una sonrisa formal. Fue cercana, real. Se acercó a mí sin dudarlo y me abrazó. Así. Sin más.

Me pilló completamente desprevenida.

—Por fin —dijo con suavidad—. He oído hablar mucho de ti.

Parpadeé. Un poco sorprendida. Pero sonreí.

—Espero que bien.

Se separó lo justo para mirarme a los ojos.

—Muy bien —respondió—. Mis hijos solo han tenido buenas palabras sobre ti.

Sentí cómo algo dentro de mí se relajaba. Un poco. Solo un poco.

—Soy Solveig —añadió.

—Alba.

—Lo sé —dijo con una pequeña sonrisa.

El padre de Erik se acercó después. Más pausado, pero igual de cálido.

—Lars —se presentó, estrechando mi mano con firmeza.

—Encantada.

—El placer es nuestro.

Su forma de hablar era tranquila. Segura. De esas que no necesitaban impresionar. Y sin darme cuenta, me sentí más cómoda.

—Vale —intervino Magnus—. ¿Cuándo comemos? Porque he venido con hambre emocional y física.

Lara levantó la mano.

—Estamos alineados.

Freya tiró de la mano de su abuela.

—Hemos cocinado.

Solveig arqueó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondió Erik—. Ha sido… interesante.

—Eso significa desastre —tradujo Magnus.

—Confirmo —añadí.

Y entonces todos se rieron.

La cena empezó entre bromas. Y no tardó en convertirse en algo más. Algo vivo. Ligero. Fácil.

Freya era el centro.

—Yo he hecho esto —dijo señalando algo que no tenía forma definida.

—Eso tiene personalidad —añadió Lara.

—Eso tiene peligro —corrigió Magnus.

—Eso tiene cariño —dijo Solveig.

Y nadie discutió eso.

Me senté al lado de Erik. Casi sin pensarlo. Y en algún momento, mientras escuchaba a Freya contar una historia exagerada sobre cómo había "salvado la cena", sentí su mano.

Debajo de la mesa. Buscando la mía. La encontró y no la soltó. Levanté la mirada; él ya me estaba mirando y sonrió. No fue una sonrisa grande. Pero fue suficiente. Como si me dijera, sin palabras: "Tranquila. Estás bien". Y lo estaba.

—Cuéntanos de ti, Alba —dijo Solveig en un momento dado—. Erik habla mucho, pero quiero escucharte a ti.

Sonreí.

—No sé si eso es buena idea.

—Lo es —intervino Lars—. Siempre lo es.

Respiré hondo.

Y empecé. Les hablé de Málaga. De mi familia. Del restaurante. De mi trabajo. Y sin darme cuenta me encontré hablando con naturalidad. Sin medir cada palabra. Sin sentirme juzgada.

—Y encontré algo curioso —añadí en un momento—. Mientras investigaba sobre historia, di con un antepasado.

Erik me miró. Sabía por dónde iba.

—Un vikingo —continué.

Magnus arqueó las cejas.

—Eso ya me gusta.

—Eirikr "Lobo del Sur" Bjornsson.

Hubo un breve silencio. Lars intercambió una mirada con Erik.

—Interesante —murmuró.

Erik intervino.

—El suyo… luchó junto al de nuestra familia.

Todos lo miraron.

—Leif "Espada de Hielo" Halvardsson —añadió.

Solveig sonrió, sorprendida.

—Eso sí que es curioso.

—Eran conocidos como los "Hermanos del Mar de Hierro" —dije.

—Eso suena a historia que merece vino —añadió Magnus.

Y así, Erik contó la historia. Sin mencionar nada más. Sin hablar de recuerdos. Solo hechos. Pero en su voz había algo. Algo que yo sí entendía.

La cena siguió entre risas. Bromas. Comentarios inesperados de Freya.

—Abuelo, si comes eso no sobrevives.

—Gracias por la advertencia.

—Es por amor.

—Lo sé.

En algún momento, me di cuenta de algo. Me gustaban. De verdad. No era solo educación. No era fingido. Me sentía bien con ellos. Cómoda. Incluida.

Después, entre todos, empezamos a recoger.

—Ven —dijo Solveig suavemente—. Te ayudo.

Acabamos las dos en la cocina. Solas unos segundos.

Ella dejó un plato en el fregadero y me miró.

—Hacía mucho que no veía a mi hijo así.

No supe qué decir.

—¿Así cómo?

Sonrió.

—Presente.

Tragué saliva.

—No creo que sea por mí…

—Lo es —contestó, directa y sin dudar—. Y no tienes que tener miedo de eso.

Bajé la mirada un segundo. Porque sí lo tenía. Y se notaba.

—Es un buen hombre —añadió ella—. Pero necesita… sentir.

La miré.

—Lo sé.

Solveig sonrió suavemente.

—Y tú haces que lo haga.

No respondí. Porque no sabía cómo hacerlo sin romper algo dentro de mí.

Volvimos al salón con el café. Las risas seguían. Las conversaciones también. Pero yo me quedé un poco más en silencio. Observando. Sintiendo.

Erik. Freya. Su familia. Todo. Y entonces lo entendí.

Eso se sentía bien. Demasiado bien. Como casa. Como algo que no había sabido que estaba buscando. Y eso me dio miedo.

Porque el verano no era para siempre. Porque mi vida estaba en Málaga. Porque esto tenía fecha de caducidad. Y no sabía qué iba a pasar cuando llegara ese momento.

Miré a Erik. Él ya me estaba mirando. Como si supiera. Como si lo sintiera también. Y por un segundo todo lo demás desapareció.

Pero no el pensamiento. Ese no. Ese se quedó. Clavado. Silencioso. Imposible de ignorar.

¿Qué pasaba cuando algo que parecía hogar… no era el lugar donde pertenecías?

El café sabía demasiado caliente para el estado en el que yo estaba. O quizá era al revés. Quizá era yo la que estaba demasiado consciente de todo.

Del sofá lleno de voces. De Freya riéndose con Lara como si se conocieran de toda la vida. De Magnus contando alguna historia absurda que hacía que Lars negara con la cabeza mientras sonreía. Y de Erik. Siempre Erik.

Sentado a mi lado como si ese sitio le perteneciera también a él… conmigo. No hablaba mucho en ese momento. Pero no hacía falta. Su mano seguía cerca de la mía. Sin presión. Sin marcar territorio. Solo ahí. Como una certeza.

—Alba —me llamó Solveig desde el otro lado del salón.

Levanté la vista.

—Ven un momento, cariño.

Me levanté sin pensarlo demasiado. Freya me siguió con la mirada.

—¿Dónde va Alba?

—A sobrevivir a una conversación adulta —respondió Magnus.

—Eso suena peligroso —dijo la niña.

—Lo es —confirmé.

Y todos se rieron.

La seguí hacia la cocina otra vez. Esta vez más tranquila. Más lenta. Solveig dejó una taza sobre la encimera y se apoyó frente a mí. Me observó un segundo. Sin prisa. Sin juicio.

—Te gusta estar aquí —dijo.

No era una pregunta. Me pilló desprevenida otra vez. Pero no mentí.

—Sí.

Asintió.

—Se nota.

Bajé la mirada a mis manos.

—Pero no sé si debería.

Hubo una pausa. Pequeña pero suficiente.

—¿Por qué no?

Tragué saliva.

—Porque esto… no es mi vida.

La miré al decirlo. Como si al hacerlo pudiera hacerlo más real. Solveig no se inmutó. Solo sonrió con suavidad.

—Las vidas no son tan rígidas como creemos.

No respondí. Porque no tenía una respuesta fácil.

Volvimos al salón. Y la casa seguía viva. Demasiado viva. Freya estaba ahora sentada en el suelo, enseñándole algo a Lara con absoluta seriedad.

—Esto es importante —decía la niña.

—Lo estoy registrando como información vital —respondía Lara.

Magnus se reía. Erik me miró cuando entré. Y ese gesto me ancló. Otra vez.

Me senté a su lado. Y sin decir nada, su mano volvió a encontrar la mía. Esta vez un poco más firme. No posesiva. Solo segura.

—Estás muy callada —murmuró.

Le miré de reojo.

—Estoy procesando a tu familia.

—Suele pasar.

Sonreí.

—Son… mucho.

—¿En el buen sentido o en el malo?

—En el bueno.

Él soltó una risa baja.

—Eso significa que lo estás llevando bien.

—O que estoy en shock.

—También es una forma de bienestar.

Negué con la cabeza. Pero no pude evitar sonreír.

Freya apareció de repente frente a nosotros. Con una seriedad absoluta.

—Tengo una pregunta.

Todos la miramos.

—Adelante —dijo Lars.

La niña señaló a Erik y luego a mí.

—¿Vosotros sois novios?

Silencio. Un segundo. Dos. Tres. Magnus tosió una risa. Lara se tapó la boca. Solveig miró a Erik como quien ya sabía la respuesta. Yo me quedé quieta.

Erik no apartó la mirada de Freya.

—¿Qué crees tú? —preguntó él.

Freya se lo pensó. Mucho. Demasiado.

—Creo que sí —dijo al final—. Pero no lo decís.

Otra pausa. Y entonces añadió:

—Los adultos sois raros.

Magnus soltó una carcajada.

—Eso es un hecho científico.

Freya se giró hacia mí.

—¿Tú qué eres?

Me quedé mirándola. Y respondí con honestidad.

—Todavía no lo sé.

Erik apretó ligeramente mi mano. Como si esa respuesta le gustara más de lo que debería.

La noche avanzó sin darnos cuenta. Las conversaciones se hicieron más suaves. El café dio paso a risas más tranquilas. Freya acabó dormida, medio apoyada en el sofá, con una manta encima. Solveig la cubrió con cuidado. Y en ese gesto vi a Erik pequeño. Por un segundo. Solo un segundo.

—Voy a llevarla a la cama —dijo él en voz baja.

Asentí. Lo vi levantarse y cogerla en brazos con una facilidad natural.

Freya no se despertó. Solo se acomodó contra su pecho. Y yo me quedé mirándolos. Hasta que desaparecieron por el pasillo.

El silencio que quedó no fue incómodo. Fue… diferente. Más profundo. Más íntimo.

—Eres buena con ella —dijo Solveig a mi lado.

Me giré.

—Freya es fácil de querer.

La madre de Erik sonrió.

—No para todo el mundo.

Me tensé un poco. Pero ella siguió:

—Para los que importan, sí.

No supe qué decir. Así que no dije nada.

Erik volvió unos minutos después. Se sentó otra vez a mi lado. Más cerca. Más presente.

—Está dormida —dijo, y asentí.

—Se nota que la quieres mucho.

Me miró.

—Es lo único que hago bien sin pensarlo.

Ese comentario me golpeó de una forma extraña. Porque no era verdad. Pero él lo creía.

Cuando la familia empezó a despedirse, la casa se llenó de abrazos, promesas de volver pronto y bromas de Magnus que nadie intentaba detener.

—Me ha caído bien tu chica —le dijo en voz baja cuando pasó al lado de Erik.

—No soy su chica —respondí automáticamente.

Él sonrió.

—Todavía.

Y se fue antes de que pudiera replicar.

Cuando por fin nos quedamos solos, la casa cambió. No de forma brusca. Sino como si el aire bajara el volumen.

Erik cerró la puerta, y durante un segundo no dijimos nada. Solo nos miramos.

—Ha sido un día intenso —dije al final.

—Lo ha sido —respondió él.

Silencio. Más suave. Más nuestro. Me apoyé en la pared del salón.

—Les has gustado.

Negué ligeramente.

—Tu madre es muy… directa.

—Eso es bueno.

—Tu hermano es un caos.

—Eso también.

Sonreí.

—Tu hija es perfecta.

Ahí sí, su mirada cambió. Más cálida. Más profunda.

—Sí —dijo en voz baja—. Lo es.

Nos quedamos así un momento. Sin acercarnos. Pero sin alejarnos. Y entonces lo dije. Sin pensar demasiado.

—Me siento bien aquí.

Erik no respondió enseguida. Solo me miró. Como si midiera algo. Como si eligiera bien las palabras.

—Eso es peligroso —dijo al final.

Le miré.

—¿Por qué?

Se acercó un poco. Solo un poco.

—Porque puede que no quieras irte.

El aire cambió. Otra vez. Pero no me aparté. No esta vez.

Y en ese silencio entendí algo que no quería aceptar todavía. Que no era solo una semana. Que no era solo una casa. Que no era solo Erik. Era todo junto.

Y estaba empezando a doler de una forma bonita. De esas que no sabes si curan o rompen.

Erik levantó una mano y me acarició la mejilla con suavidad.

—No pienses tanto —murmuró.

Sonreí, casi sin querer.

—Es difícil contigo cerca.

Él respondió con una media sonrisa.

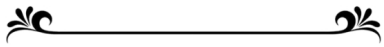
—Eso me han dicho.

Y antes de que pudiera contestar, me besó. Lento. Sin prisa. Como si el mundo no existiera fuera de ese instante. Y quizá por un momento no existía.

Cuando se separó, me quedé con la frente apoyada un segundo en la suya. Y pensé, sin decirlo en voz alta, que esto no debería sentirse tan bien.

Pero se sentía. Y eso era lo más peligroso de todo.

Capítulo 27



Erik

Dos semanas.

Catorce días exactos desde que mis padres conocieron a Alba.

Y desde entonces, la misma frase repetida una y otra vez, como si se hubiera convertido en una especie de verdad inevitable.

"Si es la mujer que tu alma buscaba, no la dejes marchar."

Mi madre lo decía con esa suavidad suya que no admitía réplica. Mi padre, en cambio, lo hacía como si fuera una advertencia. O una orden. Yo no respondía. Porque no hacía falta. Porque ya sabía lo que pensaban.

El problema era otro. No era lo que ellos creían. Era el tiempo. Siempre el tiempo. El verano avanzaba demasiado rápido. Y con él, la idea de que Alba tenía una vida en Málaga esperándola. Una vida que no incluía fiordos, nieve, ni a mí.

Las dos últimas semanas habían sido extrañas. No en el mal sentido. Al contrario.

Habían sido de las mejores de mi vida. Y eso era exactamente lo que lo hacía peligroso.

Freya había encontrado en Alba algo que no había visto en mucho tiempo. No era solo cariño. Era conexión. De esa que no se explicaba. Y verla así, riendo con ella, confiando en ella sin reservas, había cambiado algo dentro de mí. Algo que ya no sabía cómo deshacer.

Alba encajaba. No como una pieza perfecta. Sino como algo vivo. Real. Y eso era peor. Porque lo real no se controla.

En el despacho, el mundo volvía a ser el de siempre. Frío. Ordenado. Predecible. O al menos eso intentaba. El abogado entró sin demasiada ceremonia.

—Ya tenemos respuesta del juez —dijo sin rodeos.

Levanté la vista del informe.

—Habla.

Dejó una carpeta sobre la mesa.

—No ha aceptado la petición de tu exmujer para limitarte las visitas.

Suspiré, y él continuó.

—Y, de hecho, ha considerado suficiente el material que hemos presentado para abrir juicio por la custodia completa.

Eso sí hizo que me detuviera.

—¿Completa?

Asintió.

—El juez ha sido claro. Si lo que has documentado es correcto, la situación de Freya bajo el cuidado de Astrid no es estable.

Apreté la mandíbula. No era satisfacción. No era alivio. Era algo más frío. Más calculado.

—¿Y Astrid?

—Su abogado ya ha sido notificado.

Me recosté en la silla.

—Va a explotar.

El abogado no lo negó.

—Es probable que te contacte en cualquier momento.

Lo miré.

—Que lo haga.

—Erik…

—Estoy preparado.

Y era verdad. O al menos quería creerlo. Porque esto no era solo un juicio. Era mi hija.

Cuando el abogado se fue, el silencio del despacho volvió a caer sobre mí. Pero ya no me servía.

Me levanté. Salí sin pensar demasiado. Y acabé caminando hacia el despacho de Magnus. Sin llamar. Error.

Abrí la puerta y me encontré con una imagen que mi cerebro tardó medio segundo en procesar.

Magnus. Lara. Demasiado cerca. Demasiado ocupados.

Cerré la puerta inmediatamente.

—Avisad cuando estéis… visibles —dije desde fuera.

Silencio. Luego una risa. La de Magnus.

—¡Erik, por Dios!

—Esto me va a dejar un trauma —respondí.

Otra risa. Más fuerte.

—Esto es culpa tuya por no llamar.

Cuando abrió la puerta unos minutos después, Magnus ya estaba vestido. Lara también, sentada en una silla. Con las mejillas ligeramente rojas. No de frío precisamente, y evitando mirarme directamente.

—Tienes talento para elegir momentos —dijo Magnus.

—Lo sé —respondí.

Lara tosió una pequeña risa.

—Ha sido… educativo.

—No necesito detalles —interrumpí.

Magnus se dejó caer en la silla.

—Dime que has venido a algo importante o me voy a plantear pedirte compensación emocional.

Le lancé la carpeta del abogado sobre la mesa.

—Juicio.

Silencio inmediato. Magnus la abrió. Leyó. Y sonrió.

—Esto sí que le va a doler a Astrid.

—No es por ella —dije.

Me miró.

—Lo sé. Es por Freya.

Asentí.

—Se acabó el juego.

Magnus cerró la carpeta.

—Entonces ahora empieza lo interesante.

Me apoyé en el borde de la mesa.

—Puede ponerse en contacto conmigo en cualquier momento.

Magnus se encogió de hombros.

—Lo hará.

—Lo sé.

—¿Y?

Lo miré.

—No voy a ceder.

Su expresión cambió ligeramente. Más seria.

—Bien.

Lara levantó la mirada.

—¿Esto afecta a la niña?

—La protege —respondí.

Magnus asintió.

—Entonces estás haciendo lo correcto.

Me quedé un segundo en silencio. Pensando en Freya. En su risa. En cómo había dejado de preguntar si su madre iba a volver más a menudo. Porque ya no esperaba respuestas que no llegaban. Y eso dolía más que cualquier discusión.

—Me voy a casa —dije al final.

Magnus levantó la mano.

—No rompas nada por el camino.

—No prometo nada.

Lara sonrió.

—Yo no voy a dormir hoy.

Me detuve en la puerta y la miré.

—¿No?

Se encogió de hombros.

—Me quedo con Magnus.

Una pausa. Luego añadió, con total naturalidad:

—Así pasas la noche con tus dos chicas.

Magnus soltó una carcajada. Yo también. Sin querer. Y por un segundo la frase se me quedó grabada. Mis dos chicas.

Freya y Alba.

Salí del despacho con esa idea aún en la cabeza. No debería haberme hecho sonreír. Pero lo hizo. Porque sonaba bien. Demasiado bien. Y eso era exactamente el problema.

Mientras caminaba hacia el coche, lo entendí con una claridad incómoda. Ya no estaba intentando evitar enamorarme de Alba. Ya era demasiado tarde. Ya lo estaba. Completamente. Y lo peor no era eso. Lo peor era saber que, cuando llegara el final del verano, no iba a ser una decisión mía. Y aun así iba a intentar retenerla igual.

La casa estaba en calma cuando llegué.

Esa calma que solo existía cuando Freya estaba despierta de su siesta desde hacía un rato y ya había decidido que el mundo podía seguir sin ella durante unas horas.

La encontré en el salón con Alba. Risas. Mantas tiradas por el sofá. Un dibujo de Freya encima de la mesa que, según ella, "era un dragón pero también una galleta si lo mirabas con cariño".

—Eso no es un dragón —dijo Alba.

—Sí lo es —respondió Freya, ofendida.

—Es claramente una galleta —añadió Alba.

Freya asintió satisfecha. Y en ese momento supe que ya no había vuelta atrás.

Me quité el abrigo. Alba levantó la mirada al verme. Y ese gesto, tan simple, me hizo aflojar algo por dentro.

—Has tardado —dijo.

—He tenido un día interesante.

—Eso siempre suena peligroso contigo —respondió ella.

Sonreí.

—Depende de cómo lo mires.

Freya se levantó de un salto.

—¡Papá!

Se lanzó hacia mí. La cogí sin esfuerzo y todo lo demás desapareció durante unos segundos.

La tarde se convirtió en noche sin que apenas nos diéramos cuenta.

Cocina. Cenas improvisadas. Bromas constantes.

Magnus había llamado un par de veces solo para molestar, y Lara había respondido una de ellas fingiendo ser "la responsable adulta de la situación", lo que provocó que Freya insistiera en que Lara era ahora "la tía oficial del caos".

—Me gusta ese título —había dicho ella orgullosa.

Alba se reía más de lo que esperaba. Y yo… yo la miraba más de lo que debería.

Freya cayó dormida en el sofá. Como siempre. Sin resistencia. Con la manta hasta la nariz. Alba la arropó con cuidado, apartándole el pelo de la cara. Y me quedé mirándolas. Durante un segundo demasiado largo.

—Es increíble estar con ella —murmuró Alba.

Asentí.

—Sí.

No añadí nada más. Porque no hacía falta.

Alba se sentó en el sofá. Yo me quedé de pie un segundo. Mirándola. Hasta que finalmente hablé.

—Tengo que contarte algo.

Levantó la vista. Inmediatamente atenta.

—¿Qué ha pasado?

Me senté frente a ella y respiré hondo.

—El juez ha aceptado abrir el proceso de custodia completa.

Silencio. Su expresión cambió solo un poco. Pero lo vi. La preocupación.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es lo que quería —respondí.

Alba asintió despacio.

—Entonces es bueno.

No dijo nada más. Solo me miró. Y luego se levantó. Se acercó sin dudar. Y me abrazó. Así. Sin aviso. Sin distancia.

Me quedé quieto un segundo, solo uno, antes de rodearla con los brazos.

—Me alegro por ti —susurró.

Su voz era suave. Real.

—Y por Freya.

Cerré los ojos un instante. Porque ese abrazo me sostuvo más de lo que quería admitir.

Cuando se separó un poco, seguía cerca. Demasiado cerca.

—No va a ser fácil —dijo.

—Nunca lo ha sido.

Alba bajó la mirada un segundo. Y luego volvió a mirarme.

—Pero vas a recuperarla.

Asentí.

—Sí.

El aire entre nosotros cambió. Otra vez. Como siempre. Y entonces lo dije. Sin pensarlo demasiado.

—Ojalá pueda recuperar también a la mujer que mi alma ha vuelto a encontrar.

Alba se quedó quieta. Sus ojos se clavaron en los míos. Y por un segundo no hubo ruido alrededor. Solo nosotros. Le acaricié la mejilla con suavidad. Como si necesitara comprobar que era real. Y entonces la besé.

El beso no fue lento. Ni prudente. Fue inevitable. Como si todo lo que no habíamos dicho en días enteros hubiera decidido hablar de golpe. Alba respondió al instante. Sus manos buscaron mi nuca. Y yo la acerqué más. Más cerca. Siempre más cerca.

El mundo se redujo a ese espacio entre nosotros. A la respiración. A la tensión. A algo que llevaba creciendo demasiado tiempo como para seguir conteniéndolo.

Nos dejamos caer juntos en el sofá sin romper el beso. Sin pensar. Sin freno. Solo sintiendo.

La realidad desapareció durante un rato. No sabía cuánto. No importó. Solo importó ella. Su forma de mirarme cuando por fin nos separamos un segundo. Su respiración agitada. Su mano aún en mi pecho.

—Erik… —susurró.

No terminó la frase. No hizo falta.

Volví a besarla. Más lento esta vez. Más profundo. Y ella no se apartó.

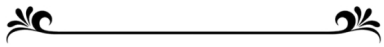
Nos quedamos allí. Cerca. Respirando el mismo aire. Sin necesidad de decir nada. Porque ya estaba todo dicho en otra parte. En otro lenguaje. El único que parecía funcionar entre nosotros.

El de estar demasiado cerca para fingir que no estaba pasando nada.

Y mientras la casa seguía en silencio, mientras Freya dormía arriba, mientras el mundo seguía con su vida normal, yo solo podía pensar en una cosa.

Que había encontrado algo que no tenía intención de dejar ir. Aunque no supiera aún cómo sostenerlo sin romperlo.

Capítulo 28



Erik

Era jueves.

Habían pasado tres días desde la conversación con mi abogado. Tres días desde que el juez había dejado claro que aquello ya no era una amenaza vacía. Era real.

Juicio. Custodia completa. Y Astrid, tarde o temprano, iba a explotar. Yo lo sabía. Solo que no sabía cuándo.

El despacho estaba en silencio. Ese tipo de silencio que solo existía en la oficina cuando todos creían que el mundo podía esperar cinco minutos más.

Ordenadores encendidos. Informes abiertos. El fiordo al otro lado del cristal, inmóvil, como si también estuviera escuchando.

Yo estaba terminando unos documentos cuando la puerta se abrió sin llamar. No levanté la vista al principio. Error. Porque cuando lo hice… Alba estaba allí.

No dijo nada. Yo tampoco. Solo nos miramos. Y el aire cambió. Como siempre. Como si el mundo tuviera un interruptor que solo ella sabía encender.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Ella sonrió. Una sonrisa leve pero descarada.

—Pasaba por aquí.

Me levanté y en dos pasos estaba frente a ella.

—Mientes mal.

—Lo sé.

Y entonces me besó. Sin más. Sin aviso. Sin espacio entre la intención y el acto.

La besé de vuelta al instante. Porque no había otra opción. La puerta del despacho dejó de existir. El trabajo dejó de existir. Todo dejó de existir excepto ella.

Mis manos encontraron su cintura y la acerqué a mí con una urgencia que no intenté disimular. Alba respondió igual. Sin dudas. Sin frenos. Solo ella contra mí. Y yo contra todo lo demás.

La llevé hacia el escritorio sin romper el beso. Su espalda chocó suavemente con la madera. Y la subí con facilidad. Como si siempre hubiera estado hecha para estar ahí. Entre mis manos. En mi espacio.

—Erik… —Susurró contra mi boca.

No era una advertencia. Era una rendición. Y eso fue lo que me hizo perder el control.

La besé más fuerte. Más profundo. Sus manos ya estaban en mi camisa, desabrochándola con una prisa que me hizo sonreír contra sus labios.

—No deberías haber venido —murmuré.

—Sí debería.

—Eso suena peligroso.

—Lo es.

Y volvió a besarme.

No sabía en qué momento dejó de importar el resto. Solo sabía que mis manos ya estaban en ella. Que su vestido empezaba a ceder. Que su respiración era más rápida. Más rota. Más real. Y que el despacho había dejado de ser un despacho.

La tenía sentada sobre el escritorio. Sus piernas alrededor de mí. Sus manos en mi cuello. Mi control deshaciéndose en cada segundo. Cuando bajé la mirada hacia ella, lo supe. No había vuelta atrás.

Y entonces la puerta se abrió.

—No.

La voz de Astrid llenó el despacho como un golpe. Furia. Control. Veneno.

Alba se quedó quieta al instante. Yo también. El mundo se congeló.

Alba se bajó del escritorio rápidamente y se arregló el vestido con una calma sorprendente. Demasiado tranquila para lo que acababa de pasar.

Yo no me moví. Solo miré a Astrid.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Ella no respondió. Su mirada fue directa a Alba.

—Así que esto es —dijo con desprecio— para lo que quieres la custodia.

Silencio. Su sonrisa era afilada.

—Para dejar a la niña con niñeras… o con los abuelos… mientras tú te follas a la primera que se abre de piernas en tu despacho.

El aire se rompió. Sentí la rabia subir como un incendio. Di un paso hacia ella.

—No vuelvas a hablar así de ella.

Astrid ni parpadeó.

—¿O qué?

—O no vas a reconocer ni tu propia voz cuando salgas de aquí.

Alba dio un paso atrás, pero no se fue. Se quedó. Firme. Y eso me hizo respetarla aún más.

—¿Esto es lo que quieres para Freya? —insistió Astrid—. ¿Un padre que no sabe ni dónde tiene la cabeza?

—Esto no tiene nada que ver contigo —dije.

—Claro que sí. Es mi hija.

—No. Es nuestra hija. Y vas a escucharme.

El silencio volvió a caer. Pero esta vez era diferente. Más pesado. Más definitivo.

—No voy a permitir que sigas hablando de ella como si fuera un accesorio —dije—. Voy a cuidar de Freya. Yo. No tú. Ni niñeras. No habrá más viajes constantes y dejarás a la niña sola. Yo cuidaré de ella.

Astrid soltó una risa seca.

—¿Y crees que vas a ganar? —terminó Astrid, alzando ligeramente la barbilla.

Su voz era fría, calculada. De esas que no buscan discutir, sino aplastar. Yo no aparté la mirada.

—No lo creo —dije—. Sé que voy a ganar.

El silencio que siguió fue tenso, casi eléctrico.

Alba seguía de pie a un lado del despacho. No hablaba, pero su presencia no era pasiva. La sentía ahí, firme, aunque todo aquello no tuviera nada que ver con ella… o quizá sí, más de lo que Astrid era capaz de entender.

Astrid giró la cabeza lentamente hacia Alba.

—Y tú —dijo, con una sonrisa fina—. ¿Quién eres exactamente en todo esto?

Alba no retrocedió. La miró de frente.

—Alguien que sabe reconocer cuando un niño no es una herramienta —respondió.

No elevó la voz. No hizo falta. Fue peor así. Astrid soltó una risa corta, incrédula.

—Qué adorable.

Dio un paso dentro del despacho, como si ya le perteneciera otra vez.

—Erik siempre ha tenido una debilidad por mujeres que creen que pueden arreglar vidas ajenas.

Di un paso hacia ella.

—Basta.

Pero no me escuchó. Nunca lo hacía cuando se trataba de perder el control.

—Te estás dejando llevar por algo que no dura —continuó ella, ignorándome—. Esa niña necesita estabilidad. Y tú…

Se detuvo un segundo, mirándome de arriba abajo.

—No eres estabilidad. Nunca lo has sido.

Sentí el golpe, pero no retrocedí.

Alba sí dio un pequeño paso hacia mí entonces, casi imperceptible. No por miedo. Más bien como si el aire entre Astrid y yo le resultara demasiado tóxico. Y eso me enfureció más que cualquier palabra.

—La estabilidad de Freya soy yo —dije, más bajo—. Y no voy a permitir que la uses como excusa para justificar lo que has hecho.

Astrid apretó la mandíbula.

—Ah, ¿no?

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Entonces explícale al juez que la niña ha estado viajando sola porque tú estabas demasiado ocupado con tu empresa… o con esto.

Su mirada fue hacia Alba otra vez.

—Con esto.

El aire se volvió hielo. Alba no reaccionó. Pero yo sí. Di un paso más hacia Astrid. Demasiado cerca.

—Vas a parar —dije.

—¿O qué, Erik?

Su tono era un reto. Siempre lo había sido. Pero esta vez no funcionó.

—O vas a perder cualquier posibilidad de ver a tu hija sin supervisión.

Por primera vez, algo cambió en su cara. No era miedo. Era cálculo.

El silencio se alargó. Y entonces Astrid respiró hondo, como si acabara de decidir algo.

—Esto es absurdo —dijo, más fría de nuevo—. No vas a ganar este juicio.

—Ya lo veremos.

Se giró hacia el escritorio. Hacia los papeles. Hacia la realidad de todo lo que ya estaba en marcha.

Y entonces soltó, casi como si fuera un comentario casual:

—Si quieres la custodia completa… te va a costar.

Alba frunció ligeramente el ceño. Yo no dije nada. Esperé. Astrid sonrió.

—Una cifra.

Silencio.

—La que sea.

Alba me miró un segundo. No entendía aún lo que estaba pasando. Yo sí. Y no me sorprendió. Solo me cansó.

Astrid siempre había funcionado así.

—Dime cuánto vale tu hija para ti —dijo—. Y desaparezco.

Alba abrió ligeramente los ojos.

—No —murmuré.

Pero Astrid ya estaba lanzada.

—Tú firmas un cheque ahora mismo. Me dejas el dinero. Me dejas la vida que tengo. Y yo te dejo a ti la tuya… con tu hija feliz jugando a familia perfecta.

El silencio se volvió absoluto. Yo la miré.

—Eres exactamente lo que mi hija ya me ha dicho que eres —dije.

Astrid no respondió.

—Un cheque en blanco con forma de persona.

El golpe fue visible, pero no suficiente.

Me acerqué al cajón del escritorio, lo abrí y saqué el talonario. Alba me miró entonces.

—Erik… —susurró.

Le hice un gesto leve con la cabeza. No era necesario explicarlo. No ahora.

Escribí. Sin emoción. Sin duda. Sin rabia. Solo decisión. Firmé.

Arranqué el cheque y se lo tendí. Astrid lo cogió con rapidez, como si temiera que desapareciera.

Lo miró y no dijo nada al principio. Pero vi la satisfacción en sus ojos. Y eso fue lo que terminó de confirmarlo todo.

—Nunca pensé que el dinero fuera más importante para ti que tu hija —dije.

Ella levantó la vista.

—Y yo nunca pensé que te atreverías a pagar.

Se giró hacia la puerta y se fue. Sin despedirse. Sin mirar atrás.

El silencio que dejó Astrid en el despacho no era un silencio cualquiera. Era uno de esos que parecen ocuparlo todo. Como si el aire se hubiera quedado sin permiso para moverse.

Me quedé mirando la puerta cerrada unos segundos largos. Demasiado largos. Y luego bajé la vista al cheque que había firmado.

No sentí alivio. No sentí orgullo. Solo una calma rara. Fría. Definitiva.

Alba seguía allí, quieta, observándome. Sin juicio. Sin esa clase de miedo que esperaba ver en cualquiera después de una escena así.

Se acercó despacio. Como si midiera el terreno.

—Erik… —dijo en voz baja.

No añadí nada. Solo la miré. Ella estaba de pie, aún procesando todo.

—No puedo creer que… —Empezó.

—Sí —la interrumpí.

Me acerqué a ella.

—Sí puedes.

Tragué saliva.

—Era la única forma de que desapareciera de nuestra vida.

Alba abrió la boca, pero no salió nada. Yo la miré. Y esta vez no había rabia. Solo cansancio. Y algo más profundo.

—No habría podido quedarme de brazos cruzados —añadí.

Alba dio un paso hacia mí.

—Erik…

La miré.

—Freya no es un arma para negociar —dije—. Y yo tampoco voy a seguir siendo uno.

Silencio. Ella se acercó un poco más. Y entonces habló.

—Jamás podría separarme de un hijo —dijo—. Ni cambiarlo por dinero.

Esa frase me golpeó más que cualquier otra cosa. Porque no era juicio. Era verdad. Pura. Sin doble fondo. La miré durante un segundo largo. Y entonces la besé.

Fue rápido e imprudente. Fue real. Un beso que no pedía permiso a lo que acababa de pasar. Solo necesitaba existir.

Alba respondió igual. Sin miedo. Sin distancia. Como siempre. Cuando nos separamos, apoyé la frente en la suya un instante.

—Eso es lo que me gusta de ti —murmuré—. Eres humana.

Sonrió apenas.

—No sé si eso es un cumplido o un problema.

—Es las dos cosas.

La volví a besar. Más suave esta vez. Y por primera vez desde que entró Astrid, el despacho volvió a parecer un lugar donde podíamos respirar.

La miré directamente a los ojos.

—Y eres una gran mujer.

Alba bajó un poco la mirada, como si no supiera muy bien qué hacer con eso. Pero no se apartó. Eso era lo importante.

Sus dedos subieron hasta mi rostro. Suaves. Lentos. Y ese simple gesto me desarmó más que todo lo anterior. Porque no había juicio. Ni distancia. Solo ella.

—No tenías que hacer eso —dijo en voz baja.

Miré el despacho un segundo. El cheque. La puerta. Lo que acababa de pasar.

—Sí tenía que hacerlo —respondí.

Volví a mirarla.

—Por Freya.

Silencio. Y luego añadí, más bajo:

—Y porque ya estaba cansado de que intentara controlar algo que no entiende.

Alba asintió despacio. Se acercó un poco más. Hasta que ya no quedaba espacio entre nosotros que no estuviera cargado de algo.

—Ha sido… duro —murmuró.

—Lo será más —dije.

No lo dije para asustarla. Lo dije porque era la verdad. Y, aun así, no se apartó.

La rodeé con los brazos sin pensarlo demasiado y ella respondió al instante. Se apoyó contra mí como si lo hubiera hecho mil veces antes. Como si fuera su sitio. Y por un segundo todo lo demás dejó de pesar.

—Gracias por no irte —susurré.

Alba soltó una pequeña risa sin humor.

—No iba a hacerlo.

Eso me hizo cerrar los ojos un segundo. Porque esa frase era más importante de lo que parecía.

Nos quedamos así. Quietos. Respirando. Como si el mundo exterior ya no tuviera permiso para entrar. Y en ese momento lo entendí con una claridad incómoda. No era solo que Alba estuviera en mi vida. Era que ya no sabía cómo imaginarla sin ella.

Me separé un poco solo para mirarla.

—Vámonos a casa —dije.

Alba asintió.

—Sí.

Y lo dijo como si esa palabra ya significara algo más que un lugar.

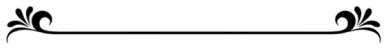
Cogimos nuestras cosas en silencio. El despacho seguía igual. Frío y ordenado. Pero ya no era el mismo sitio.

Porque algo había cambiado dentro de él. Dentro de mí. Dentro de nosotros.

Cuando salimos al pasillo, Alba caminaba a mi lado. Sin prisa. Sin distancia. Y por primera vez en todo el día sentí algo parecido a la paz.

No la que duraba. La que avisaba. La que no se quedaba quieta. La que solo existía cuando sabías que, aunque todo estuviera a punto de complicarse, ya no estabas solo para enfrentarlo.

Capítulo 29



Alba

Habían pasado dos meses.

Sesenta días exactos desde que llegué a Reine creyendo que sería algo temporal, algo de trabajo, algo bonito pero limitado… y ahora sentía que el tiempo se me había quedado pegado a la piel como la nieve cuando se derrite demasiado despacio.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que no quería irme.

Lo repetí muchas veces en mi cabeza durante esas semanas. Que tenía que volver a Málaga. A mi vida. A mi trabajo. A mi rutina. A lo que siempre había sido "yo".

Pero cada vez que lo pensaba con claridad, algo dentro de mí se rompía un poco. Porque mi vida ya no era solo mía.

Ahora también era Freya. Y Erik.

La historia con Astrid había terminado como esperábamos: fría, definitiva, sin espacio para matices.

El dinero había cerrado una puerta que nunca debió estar abierta de esa forma. Y aun así yo no podía dejar de pensar en ella. En lo que debía haber sentido. En lo que significaba tener que renunciar a un hijo, aunque fuera por decisiones equivocadas, egoísmo o distancia emocional.

No la justificaba. Pero tampoco podía dejar de verla como una madre, incluso si no encajaba en el modelo que yo entendía.

Freya, en cambio, seguía siendo un imán constante en mi vida. Había llenado cada rincón de la casa, cada silencio, cada gesto cotidiano. Y ahora estaba con sus abuelos.

La casa se sentía más vacía sin ella. Más ordenada también. Pero completamente distinta.

Lara, por su parte, había huido estratégicamente a casa de Magnus. Decía que "necesitaba espacio para no interferir en un drama emocional vikingo de alto nivel". Yo no me reí cuando lo dijo. Porque tenía razón.

Esa noche no podía haber interferencias.

Estaba sentada en el salón de la casa de Erik. La luz del fiordo entraba filtrada por los ventanales, azulada, suave. Todo era demasiado bonito. Demasiado perfecto. Y yo demasiado consciente de que eso no duraría. Tenía las manos entrelazadas en el regazo. Esperándole.

Cuando la puerta se abrió, levanté la mirada. Erik entró quitándose el abrigo. Dejó el maletín sobre la mesa sin mirarlo siquiera.

—Estás seria —dijo nada más verme.

Su voz siempre tenía ese efecto en mí. Como si pudiera leerme antes de que yo me atreviera a hablar.

—Tenemos que hablar —respondí.

Se detuvo un segundo. Solo uno, pero suficiente.

—La última vez que escuché esas palabras —dijo mientras colgaba el abrigo— acabé divorciado unos meses después.

No sonrió. Pero tampoco era broma. Era memoria.

Se acercó despacio.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo y me dolió hacerlo.

—Tengo que volver a Málaga.

El silencio cayó entre nosotros como algo físico. Erik no se movió. Pero su mirada cambió. Sutil y controlada, como era él.

—No pertenezco aquí —continué, antes de que pudiera responder —. Ya has visto cómo es mi vida, Erik. Y esto… esto no puede ser permanente.

Di un paso hacia atrás. Como si alejarme físicamente ayudara a decirlo mejor.

—No quiero que te sientas obligado a nada —añadí—. Ni por lo que crees que somos, ni por… lo que sentimos.

Ahí sí frunció el ceño.

—No es lo que creo —dijo—. Es lo que sé.

Lo dijo con una seguridad que me hizo temblar.

Se acercó un paso. Luego otro.

—No es una idea romántica —continuó—. Es reconocimiento.

Negué despacio.

—Erik…

—Mis padres me lo dijeron —me interrumpió—. Mi abuelo también.

Respiró hondo. Y su voz bajó. Más grave. Más íntima.

—No importa si ahora eres Alba y yo soy Erik.

Tragué saliva.

—O lo que fuimos en otra vida —añadió—. No hemos cambiado.

El aire se me quedó atrapado en el pecho.

—En otra vida —dijo— tú fuiste Ingrid y yo fui Leif.

El nombre me atravesó. Como si lo hubiera escuchado antes de alguna forma imposible.

—Eran nuestros nombres —continuó—. Y sí, suena absurdo. Pero no lo es para mí.

Se quedó a un paso de mí.

—Te prometí que te encontraría siempre. Y lo he hecho.

Sentí cómo se me llenaban los ojos.

—No puedes basarlo todo en eso —susurré.

Erik negó.

—No lo baso en eso.

Se acercó un poco más.

—Lo baso en ti.

Y entonces lo dijo. Sin duda. Sin pausa. Sin defensa.

—Te amo.

Y el mundo a mi alrededor se detuvo.

Las lágrimas me salieron sin permiso.

—No quiero perderte —añadió.

Su voz se quebró un poco entonces. Solo un poco. Pero lo suficiente para que lo entendiera todo.

—Si tengo que dejar Reine —dijo—, lo haré.

Me sostuvo la mirada.

—Como hizo tu abuelo.

Me dolió más de lo que esperaba.

Y entonces me rompí. Literalmente.

Las lágrimas empezaron a caer sin control. Erik me rodeó con los brazos de inmediato. Firme, cálido y real.

—No llores —susurró contra mi pelo.

—Llevo así todo el día —admití entre sollozos—. Con náuseas… y mareos… y…

Me separó un poco. Me miró. Más serio de lo normal.

—Es por los nervios —dije.

—Alba, llevas así unos días —su expresión cambió—. No es solo por los nervios.

—Sí lo es.

—No.

Negó despacio.

—Nos vamos al médico.

—Erik, no es necesario…

—Sí lo es.

Y no había discusión en su voz. Solo certeza.

Me cogió la mano y salimos.

El trayecto hasta la consulta fue demasiado silencioso. Erik no soltó mi mano en ningún momento.

La apretaba de vez en cuando, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí, de que no me estaba desvaneciendo en mitad de todo aquello.

Yo miraba por la ventanilla.

El paisaje de Reine seguía siendo el mismo de siempre: el fiordo tranquilo, las casas rojas, las montañas recortadas contra un cielo que parecía demasiado grande.

Y, aun así, por primera vez desde que llegué, no me pareció un lugar mágico. Me pareció un lugar del que iba a irme.

El médico nos recibió con una calma casi insultante.

Un hombre mayor, de expresión serena, que no parecía sorprendido por nada de lo que pudiera pasar dentro de su consulta. Erik habló primero. Directo. Sin rodeos.

Yo, en cambio, me quedé en silencio. Me hizo preguntas básicas. Síntomas. Días. Estado general. Náuseas, mareos, cansancio… todo aquello que yo había estado justificando como estrés emocional empezó a sonar distinto cuando lo decía en voz alta.

El médico asintió varias veces, sin dramatizar. Demasiado tranquilo. Demasiado seguro.

—Voy a hacerte unas preguntas más personales —dijo finalmente.

Me tensé un poco. Erik también.

—¿Has tenido relaciones sexuales recientemente sin métodos anticonceptivos?

Sentí cómo el calor me subía a la cara de golpe. No por vergüenza moral, sino por la forma en la que la pregunta se volvía demasiado concreta, demasiado real.

Miré a Erik un segundo. Y lo entendí en su mirada antes de que dijera nada. No habíamos pensado en eso. Ninguno de los dos.

Asentí despacio. El médico tomó nota sin cambiar la expresión.

—Vamos a hacer una prueba de embarazo —dijo—. Solo para descartar.

"Descartar". Esa palabra debería haberme tranquilizado. Pero no lo hizo.

El tiempo en la consulta pasó extraño. Como si el aire se hubiera vuelto espeso. Erik no soltó mi mano. Yo no le dije que podía hacerlo. No quería. No podía.

Cuando el médico salió a revisar el resultado, el silencio se quedó con nosotros. Y esta vez no era cómodo. Era suspendido. Como si el mundo estuviera esperando algo. Erik se giró hacia mí.

—Alba —dijo en voz baja.

Levanté la mirada.

—No estás sola en esto.

Tragué saliva.

—Lo sé.

Pero no estaba segura de nada más.

La puerta volvió a abrirse. El médico entró con una carpeta. Su expresión seguía siendo la misma. Serena, pero había algo distinto en sus ojos.

Un cambio leve. Sutil.

—Bueno —dijo, cerrando la puerta—. Ya tenemos el resultado.

El aire dejó de moverse.

Me sentí pequeña. Demasiado consciente de mi propio cuerpo. De mi respiración. De mi pulso. Erik se inclinó un poco hacia delante. No habló. Esperó.

El médico miró el informe. Luego nos miró a nosotros. Y dijo, con absoluta calma:

—Es positivo.

Silencio.

No entendí nada durante un segundo. Solo la palabra. Positivo. Nada más.

Luego el significado cayó encima de mí como algo físico. Demasiado grande. Demasiado rápido. Demasiado imposible.

Sentí cómo se me aflojaban las manos. Erik no se movió. Pero su respiración cambió. Solo un poco.

—¿Estás diciendo…? —empezó él.

El médico asintió.

—Estás embarazada, Alba.

El mundo no se rompió. Se detuvo.

Me llevé una mano a la boca sin darme cuenta. Erik giró la cabeza hacia mí lentamente. Como si necesitara comprobar que yo también lo había oído. Que no era solo él. Que no era un error.

Me temblaban las manos. Y de repente… no supe si reír o llorar. El médico nos observó un segundo. Sin juicio. Sin prisa.

—Os dejo solos —dijo finalmente—. Es mucha información de golpe.

Y salió.

El silencio que quedó después fue distinto al de antes. Este era absoluto. Vivo. Imposible de ignorar.

Erik se levantó. Se acercó a mí. Despacio. Como si temiera que pudiera desaparecer.

—Alba… —susurró.

No supe qué decir. Y entonces pasó algo que no esperaba.

Erik se arrodilló delante de mí. Ahí mismo. Sin ceremonia. Sin pensar en el lugar.

Cogió mis manos y las sostuvo como si fueran lo único real en ese momento.

—Mírame —dijo, y le obedecí.

Sus ojos estaban distintos. Más brillantes. Más intensos. Más vulnerables.

—No te voy a dejar marchar —dijo.

Tragué saliva.

—Erik…

—No —me interrumpió suavemente—. Escúchame.

Apretó mis manos.

—Me da igual lo que pase con Reine. Me da igual el pasado. Me da igual todo lo que creíamos entender.

Se quedó en silencio un segundo. Y luego añadió:

—Esto es real.

Sentí cómo se me llenaban los ojos otra vez.

—Y no vas a hacerlo sola —continuó—. Como me dijiste una vez, en otra vida, mi hijo me necesita.

Mi respiración se rompió.

Erik acercó mi mano a sus labios y la besó. Despacio. Con cuidado. Como si estuviera sellando algo.

—Te amo —repitió.

Más firme esta vez. Más claro.

Y entonces, como si la realidad no pudiera ser más absurda y más perfecta a la vez, sonrió un poco.

Solo un poco.

—Y ahora tengo que decirte algo que es completamente una locura…

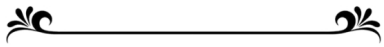
Hizo una pausa. Me miró directamente. Y dijo:

—Alba… ¿Te quieres casar conmigo?

El aire desapareció. No hubo ruido. No hubo mundo. Solo él. Arrodillado. Sosteniendo mis manos.

Mirándome como si ya hubiera tomado la decisión de quedarse para siempre.

Capítulo 30



Alba

Septiembre llegó a Reine sin hacer ruido.

Aquí el verano no se despide de golpe, simplemente empieza a volverse más suave, más lento, como si el mundo necesitara tiempo para aceptar que todo está cambiando.

Yo llevaba dos meses de embarazo. Ocho semanas en las que mi vida había dejado de ser una línea recta para convertirse en algo completamente distinto.

Algo que no sabía nombrar todavía sin sentir un nudo en la garganta.

El día de la boda amaneció gris claro, con esa luz del norte que parece no decidirse nunca entre el día y el sueño.

La casa estaba llena de movimiento desde primera hora. Risas. Pasos. Voces cruzadas. Y nervios. Muchos nervios.

Me miré en el espejo. Y no me reconocí del todo.

Llevaba un vestido inspirado en la tradición vikinga, adaptado, pero fiel en espíritu: telas pesadas, tonos claros, bordados antiguos que parecían contar historias que no eran mías… o quizá sí.

El pelo suelto, trenzado a medias, con pequeños detalles de metal y cuero. Parecía otra época. Otra vida. O quizás la misma, repetida.

Me acerqué un poco más al espejo. Y entonces lo sentí. La presencia. No física. Pero casi.

"Mi vikinga."

La voz de mi abuelo apareció en mi mente sin esfuerzo. Siempre me lo decía así. Como si fuera un nombre verdadero. Como si no necesitara explicación.

Y sin darme cuenta, cerré los ojos y sonreí.

—A él le habría encantado verte así.

Abrí los ojos y vi que mi madre estaba detrás de mí. Con esa calma suya que siempre parecía sostenerlo todo. Su mirada estaba brillante.

—Me gustaría que estuviera aquí —dije en voz baja.

Mi madre se acercó y me colocó una mano en el hombro.

—Lo está —respondió.

La miré a través del espejo.

—Si estás aquí hoy —añadió— es porque él te empujó a venir a este lugar.

Tragué saliva.

—Tal vez él sabía… —continuó— que aquí encontrarías algo más que un viaje.

No dije nada, pero pensé en Erik. En Freya. En todo lo que había pasado desde que llegué. Y en lo imposible que parecía ahora imaginar una vida sin ellos.

—Tu abuelo siempre fue muy amigo del suyo —dijo mi madre—. Por eso el restaurante sigue comprando el salmón a la empresa Halvorsen.

Sonreí ligeramente.

—Lo sé —respondí—. Lo descubrí en la biblioteca de Reine.

Mi madre asintió.

—Las familias nunca están tan separadas como creemos.

Y por un segundo todo encajó. Como si el mundo hubiera estado escribiendo esto mucho antes de que nosotros llegáramos.

La puerta se abrió de golpe.

—¡La novia está oficialmente tardando demasiado! —gritó Lara entrando.

La miré y me reí. Porque estaba espectacular.

Vestida también con ropa inspirada en la tradición vikinga, exagerada a su estilo, con trenzas imposibles y una sonrisa de caos absoluto.

—El novio está de los nervios —añadió—. Magnus dice que parece un vikingo a punto de asaltar Inglaterra.

—Eso suena preocupante —respondí.

—Lo es —dijo ella—. ¡Y divertido!

Nos abrazamos las tres. Sin razón. Sin protocolo. Solo porque sí. Porque ese momento era demasiado grande para guardarlo dentro.

Y entonces entró mi tía Carmen. Con esa energía suya que no pedía permiso para existir.

—O sales ya o el novio va a venir a buscarte y te va a secuestrar en plan vikingo —dijo cruzándose de brazos.

Silencio. Y luego nos echamos a reír las cuatro.

—Me encantaría verlo intentar —dijo Lara.

—Yo también —respondí.

La puerta volvió a abrirse. Mi padre entró firme y sereno, pero con los ojos más suaves que le había visto nunca.

Se acercó a mí. Me miró de arriba abajo. Y sonrió.

—Estás preciosa —dijo simplemente.

Luego me dio un beso en la frente. Y ese gesto me rompió un poco.

Cuando se fue, me quedé a solas con mi madre. Otra vez. El silencio ahora era distinto. Más profundo. Más real.

Ella abrió un pequeño estuche. Y sacó una pulsera. De oro. Antigua. Con un símbolo vikingo grabado.

—Esto perteneció a mi madre —dijo.

La sostuvo entre sus dedos.

—Y me la dio mi padre el día de mi boda.

La miré.

—Representa la felicidad —añadió—. Y en nuestra familia ha pasado de madres a hijas durante generaciones.

Me la colocó en la muñeca con cuidado.

—Tu abuelo quería que la llevaras hoy.

Tragué saliva. Y sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Le echo de menos —susurré.

Mi madre me besó la mejilla.

—Donde esté —dijo— está feliz de verte así.

Y por primera vez en todo el día dejé que las lágrimas cayeran. Pero no eran tristes. No del todo.

El camino hacia la ceremonia fue como caminar dentro de un recuerdo.

El aire olía a madera, a mar, a tierra húmeda. A historia. A algo más grande que yo.

Cuando llegué al lugar de la ceremonia, lo vi. Erik. Y el mundo se detuvo.

Vestía como un vikingo. No de disfraz. De verdad. Telas oscuras, cuero, detalles antiguos, presencia imponente.

Pero lo que más me golpeó no fue eso. Fue su mirada.

Cuando me vio… sonrió. Y supe que estaba perdida.

Caminé hacia él. Sin pensar. Sin miedo. Solo con esa sensación extraña de que ese era el único lugar posible donde podía estar.

—Estás preciosa —susurró cuando llegué.

—Tú también eres peligroso así —respondí y sonrió.

La ceremonia empezó. Un ritual antiguo que quise celebrar como homenaje a nuestros antepasados, a nuestros linajes. A esas vidas que una vez tuvimos.

Palabras que hablaban de tierra, de mar, de sangre, de destino. De algo que no elegías. Que simplemente reconocías.

Cuando llegó nuestro momento, Erik tomó mis manos y las sostuvo como si fueran lo único real.

—Alba —dijo.

Su voz no tembló. Pero la mía sí.

—No creo en casualidades —continuó—. Creo en lo inevitable.

Respiró hondo.

—Te he encontrado en cada vida que he vivido sin saberlo. Y te he perdido en cada una de ellas también.

Sentí un nudo en el pecho.

—Pero esta vez no.

Me miró directamente. Y entonces dijo:

—Una vida tras otra.

Sonreí entre lágrimas. Y asentí.

—Sí —susurré—. Una vida tras otra.

Y nos besamos.

La celebración fue un caos, pero del bueno. Del que te llenaba por dentro.

Freya no se separó de nosotros en ningún momento. Corría. Reía. Mandaba. Decidía. Era imposible no mirarla.

—Voy a ser la mejor hermana mayor del mundo —dijo de repente, muy seria.

Erik y yo nos miramos. Y reímos.

—Eso es una amenaza maravillosa —dije.

—Lo es —confirmó Erik.

Lara apareció con una copa en la mano.

—Esto es oficialmente la boda más épica de la historia del norte —declaró.

—Y la más caótica —añadió Magnus.

Brindis. Risas. Bromas. Historias que no terminaban nunca.

Y en algún momento miré alrededor.

Erik. Freya. Mi familia. La suya. Lara. Magnus. El mar. El viento. El lugar. Y lo entendí.

No era que hubiera llegado a Reine. Era que Reine había estado esperándome.

Erik me buscó la mano bajo la mesa y la apretó. Suave, firme y real.

Y yo pensé que quizás el amor no era encontrar a alguien. Sino reconocer que siempre había estado ahí. Esperando.

Y por primera vez en mucho tiempo no me dio miedo el futuro. Solo ganas de vivirlo.

Si alguien hubiera intentado explicarme que una boda podía convertirse en una mezcla de caos, ternura y absoluto desastre organizado, probablemente no lo habría creído.

Hasta ese día.

Porque Magnus y Lara juntos eran una combinación peligrosa. Y absolutamente inevitable.

Todo empezó con una copa de más. O dos. O tres, dependiendo de a quién preguntaras.

Lara apareció de repente con una corona de flores torcida y la seguridad de alguien que ya había decidido que la fiesta le pertenecía.

—He encontrado algo importante —anunció.

Magnus, apoyado en una mesa con una sonrisa demasiado confiada, alzó una ceja.

—Espero que sea whisky.

—Es mejor.

—Eso es imposible.

—No lo es —dijo ella.

Y le plantó la corona en la cabeza.

El silencio duró exactamente dos segundos. Luego Magnus soltó una carcajada.

—¿Esto es un ritual de apareamiento moderno?

—Es moda vikinga —respondió Lara muy seria.

—Pues los vikingos tenían un gusto cuestionable.

—Tú tienes un gusto cuestionable —replicó ella.

Y sin pensarlo, le dio un empujón. Pequeño. Pero suficiente.

Magnus fingió ofensa.

—Me ha agredido la fotógrafa internacional.

—Y volveré a hacerlo —dijo ella.

—Me parece justo —intervine desde detrás, intentando no reírme.

Freya apareció corriendo en ese momento.

—¡Están peleando otra vez! —gritó encantada.

—No es una pelea —dijo Magnus—. Es cortejo.

—Eso suena asqueroso —respondió la niña.

Y todos estallamos en risa.

Lara se inclinó hacia mí.

—Tu marido tiene amigos raros.

—Tú estás casada con uno de ellos emocionalmente —le susurré.

—Eso es cierto —admitió.

Magnus se llevó una mano al pecho.

—Me estáis destruyendo la autoestima.

—No tenías —dijo Lara.

—Eso ha sido innecesario.

—Y preciso —añadió ella.

Erik apareció en ese momento. Con esa calma suya que siempre parecía ordenar el caos sin esfuerzo. Miró la escena. A Magnus con la corona torcida. A Lara con cara de victoria. A Freya riéndose. Y luego a mí.

—¿Siempre es así? —preguntó en voz baja.

—Peor —respondí, y sonrió.

—Perfecto.

Y entonces me besó. Sin aviso. Sin ceremonia. Sin que el mundo dejara de girar, pero como si por un segundo lo hiciera solo para nosotros.

Cuando se apartó, su frente rozó la mía. Y el ruido alrededor desapareció un poco. Solo un poco.

—Te ves feliz —susurró.

—Lo soy —respondí.

Pero no era suficiente. No era todo.

Porque en ese instante algo dentro de mí cambió.

Fue breve. Muy breve. Pero lo sentí. Un destello. No del presente. Sino de otra vida.

Madera. Fuego. Un cielo más oscuro. Una ceremonia distinta. Más antigua. Más salvaje.

Y Erik. El mismo Erik. Pero no exactamente.

"Siempre te encontraré."

Su voz sonaba más grave. Más antigua. Más segura.

Y yo… yo llevaba algo parecido a esta misma pulsera. Pero sin saberlo aún.

Volví al presente de golpe. Y él seguía ahí. Mirándome. Como si hubiera notado algo que yo aún no sabía explicar.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Tragué saliva y sonreí sin saber por qué.

—En que da miedo lo fácil que es estar contigo —dije.

Erik no respondió de inmediato. Solo me observó. Con esa calma suya que siempre parecía entenderme antes que yo misma.

—No es fácil —dijo al fin.

Hizo una pausa. Y añadió:

—Es inevitable.

El mundo volvió a encajar. Otra vez.

Se inclinó hacia mí. Más despacio esta vez. Sin prisa. Sin caos. Solo él. Y me besó otra vez.

Más profundo. Más suave. Más nuestro.

Cuando nos separamos, sus labios siguieron cerca de los míos. Y yo cerré los ojos un segundo.

Y entonces lo vi. Otra vez.

No como un recuerdo claro. Sino como una sensación.

Una boda antigua. Un mismo hombre. Una misma promesa. Y una frase que no era de ahora, pero que sentí como si lo fuera.

"Si el mundo se rompe, te buscaré entre las cenizas."

Abrí los ojos y Erik seguía allí. Real. Cálido. Vivo.

Y sonrió. Como si supiera exactamente lo que acababa de pasar dentro de mí.

—Alba —susurró.

—Dime.

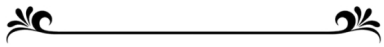
—Te encontraría igual —dijo—. Incluso si no recordara tu nombre.

Y entonces entendí algo que me atravesó por completo.

Que no era la primera vez. Que quizá no sería la última. Pero que, en todas, yo siempre acababa aquí. Con él.

Y lo besé otra vez. Porque no había otra respuesta posible.

Epílogo



Erik

Seis años después…

Seis años.

A veces todavía me costaba creer lo rápido que el tiempo había pasado desde aquel día en el que Alba cruzó la puerta de mi casa por primera vez.

Seis años desde que todo lo que yo creía sólido se reorganizó alrededor de algo que no supe nombrar al principio, pero que ahora reconocía con una claridad absoluta: ella. Alba.

Mi vida no volvió a ser la misma después de ella. Y, honestamente, no la quería de otra forma.

La casa ya no era solo mía, era nuestra.

La madera seguía siendo la misma, el fiordo seguía rompiendo contra las rocas con la misma calma eterna, pero dentro… todo cambió.

Risas en cada esquina. Juguetes en el salón. Vida.

Alba nunca volvió a Málaga. No porque no pudiera, sino porque no quiso. Y eso, para mí, fue el mayor regalo que me habían dado en la vida.

Se quedó, y con el tiempo dejó de ser "la mujer que llegó en verano". Se convirtió en el centro de todo.

Freya la llamó "mamá" al día siguiente de nuestra boda. Sin pensarlo y sin dudarlo. Solo lo dijo, como si siempre hubiera sido así. Alba se quedó inmóvil un segundo y luego lloró.

Yo también. Porque en ese momento entendí que no había vuelta atrás, que aquello era hogar.

Alba nunca volvió a ejercer como restauradora de arte, pero no perdió su técnica ni su arte; lo transformó.

Empezó a pintar. Al principio, en silencio, como quien buscaba algo que no sabía explicar. Luego con una intensidad que me recordaba demasiado a lo que yo sentía cuando la miraba.

Sus cuadros no eran solo cuadros, eran recuerdos.

Fragmentos de algo que ninguno de los dos debería recordar, pero que ambos sentíamos como propio.

Los mismos símbolos. Las mismas miradas. Los mismos mares. La misma sensación de haber estado ya allí.

Cuando los expuso por primera vez en una galería de Bergen, la gente habló de "arte emocional inexplicable". Yo solo los miré y supe la verdad.

No eran recuerdos inventados. Eran ecos.

Nuestro hijo nació unos meses después de la boda. No hubo debate ni duda sobre cómo se iba a llamar.

Einar. El nombre cayó sobre la mesa como si siempre hubiera estado allí esperando. El mismo nombre, el que una vez existió en otra vida que ninguno podía probar, pero que ambos sentíamos como real.

Cuando lo sostuve por primera vez, supe que el ciclo no había terminado, solo había cambiado de forma.

Dos años después nació Ingrid. Pequeña, fuerte, con la mirada de Alba y el carácter que probablemente me hará envejecer antes de tiempo.

Freya ya tenía once años, y la había visto convertirse en lo que siempre debió ser: hermana mayor. La mejor que cualquiera podría imaginar.

Protegía a Einar como si fuera suyo desde siempre, y a Ingrid la adoraba como si el mundo dependiera de ella.

Magnus, mi hermano, seguía siendo el caos con patas de siempre. Pero ahora con familia.

Lara y él se casaron poco después de nosotros, y sí, seguían discutiendo igual que el primer día. Pero también se seguían mirando igual.

Tenían dos hijos, Erik de cuatro años y Hans de dos, y esperaban una niña, Helga.

Lara decía que será la única que podrá sobrevivir a esta familia sin volverse loca. Probablemente tenga razón.

Los padres de Alba y su tía Carmen venían a visitarnos en Navidad y a veces en verano también. Otras veces íbamos nosotros junto con mis padres.

Mi madre adoraba a Alba como si siempre hubiera sido su hija. Mi padre la respetaba como si hubiera nacido en esta tierra. Y Alba… Alba encontró aquí algo que no sabía que estaba buscando: raíces nuevas sin perder las antiguas.

Podría hablar de todo lo demás. Del trabajo, de la casa, de los años, pero todo eso era secundario. Porque lo único que nunca había cambiado era Alba.

A veces la miraba sin que ella lo notase y pensaba en lo imposible que sería explicar lo que sentía sin sonar exagerado. Porque no era solo amor, era reconocimiento. Es destino. Era algo más antiguo que nosotros.

Y aún podía recordar lo que mi abuelo decía. "Cuando la encuentres, no tendrás que decidir. Solo lo sabrás." Y tenía razón.

Miré al exterior y vi a Alba en la terraza, pintando como siempre. Einar dormía e Ingrid también. Freya, en cambio, estaba leyendo en el sofá. Y la casa estaba en paz.

Me acerqué a ella sin hacer ruido, observándola, y entonces lo pensé, como tantas otras veces. Si todo esto fuera solo una vida, sería suficiente. Pero no lo era. Lo sabía, lo sentía, lo reconocía.

Alba levantó la mirada y sonrió al verme.

—¿Qué miras? —preguntó.

Me acerqué y le acaricié la mejilla.

—A ti —respondí.

Ella sonrió de nuevo, como si ya conociera la respuesta.

—No tengo ninguna duda de que te encontraría otra vez —dije en un susurro mientras Alba me miraba en silencio.

Y sabía que lo entendía porque ella también lo sentía. Siempre lo había sentido.

Me incliné y la besé, un beso suave y lento, como si el tiempo no importara. Y mientras lo hacía, pensé en algo que no dije en voz alta. Algo que sabía con la misma certeza con la que respiraba.

Una vida no será suficiente. Ni dos. Ni tres. Porque si el mundo existe de la forma en que lo creía ahora, la encontraría. Una y otra vez.

En cada vida. En cada historia. En cada tiempo. Y volvería a amarla. Siempre.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu
